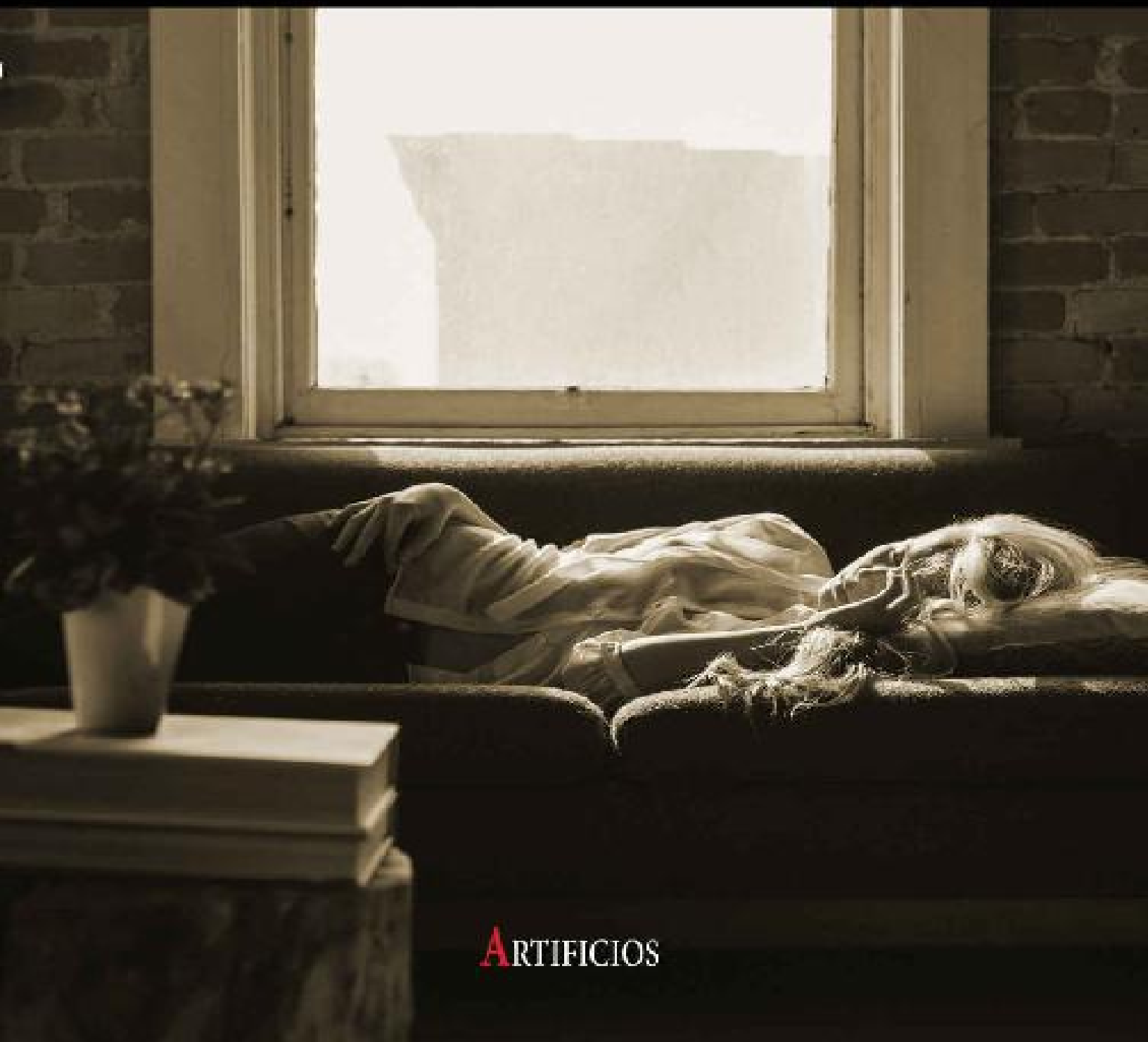


Patricia Moreno Raya
La tercera planta



ARTIFICIOS

La tercera planta

COLECCIÓN *Allegra Noir*

© Del texto: Patricia Moreno Raya

© Del prólogo: Miguel González Richart

© De la edición: Editorial ARTIFICIOS*

Primera edición: febrero de 2017*

Segunda edición: agosto de 2018

Depósito Legal: GR 271-2017

ISBN: 978-84-945497-6-2 IBIC: FA, FF, FR

Foto de cubierta: Benjamin Combs

Foto de la autora: Manuel Emilio Moreno Raya

Diseño y maquetación: Artificios

Impresión: Gami s.l.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico por fotocopia, registro u otro método sin permiso previo y por escrito de los titulares.



Patricia Moreno Raya

La tercera planta

ARTIFICIOS
Colección *Allegra Noir*

Prólogo

Miguel González Fichart

Cuando la autora del libro que te dispones a leer me encargó encabezar su relato, aparte de sentirme muy halagado, noté que tendría que enfrentarme a algo desconocido: mi primer prólogo.

En realidad, casi tan desconocido como lo es para mí la persona que firma esta novela. O incluso tan desconocido como lo soy yo para ella. Y es que, el hecho de que jamás haya visto (créeme, es así) a la inventora de esta historia y no sepa de ella más que lo primordial, puede parecerte algo insignificante, irrelevante, pero espera, tiene su enjundia.

Empecé (y tú lo estás haciendo ahora) a leer un relato con ojos vírgenes, sin tener demasiado claro qué esperar de él, sin ni tan siquiera saber si me engancharía. Un reto, sin duda. Como lo fue, seguro, para la creadora del universo que te atraparé en las páginas consiguientes.

Aunque la historia cuenta con unos escenarios cuidadosamente descritos, unos personajes confeccionados al detalle y un hilo conductor perfectamente tramado, tal vez lo que más me haya impresionado sean las reflexiones intrínsecas en cada capítulo, además de los inesperados y a veces curiosos giros de guion.

Espera, amigo lector. No adelantemos acontecimientos.

¿No te estaré contando demasiado? Seguro que no sería del agrado de alguien que estás a punto de conocer.

Déjame que te avance, eso sí, que estás a punto de adentrarte en una trama tan especial y elástica que bien podría convertirse en un caso de rabiosa actualidad o servir como argumento para una de esas viejas dramatizaciones radiofónicas. Una novela romántica, con tintes de traición, con el casi siempre inevitable aderezo de los celos y servida con toques de una inusitada realidad. Lista para ser degustada como si se tratase de un dulce tiramisú bañado con un café demasiado amargo.

Como la vida misma, ¿no?

Llegados a este punto, ¿no te apetece enfrentar un nuevo reto? ¿Jugar a ponerte en la piel de los personajes? Pensar: “Yo tengo un amigo que se parece a... O que haría las veces de...”.

¡Adelante! Si lo disfrutas una décima parte de lo que yo lo hice, te aseguro sin miedo a equivocarme que habrá valido la pena.

A César Requesens

Ahora que somos amigos y que hemos llegado a este punto, espero que te logres librar de este vago. Si no hay ninguna manera de hacerlo, mátaló. Personalmente me agradaría que lo hicieras; es más, te admiraría enormemente. Y si llegaras a necesitar ayuda, puedes contar conmigo.

herMann hesse, *Demian*

27 de Mayo de 2016

Eran las dos de la tarde y el sol de Málaga calentaba mis manos sudorosas a la espera de utilizarlas para acabar con su vida. Había llegado el momento.

Los compañeros de Víctor comenzaron a salir de la Facultad de Medicina tras asistir a la primera sesión del curso de Nutrición en Pediatría. Él saldría el último como siempre; su parsimonia y perfeccionamiento en recoger sus apuntes, bolígrafos y demás enseres le hacían ir con el tiempo justo. Atravesó la puerta diez minutos más tarde.

Con la garganta áspera y el corazón desbocado, me sentía incapaz de realizar mi trabajo. Le observé sabiendo que sería la última vez. Sus ojos almendrados enmarcados por unas cejas perfectas y su barba descuidada, pero estudiada hasta el último milímetro, lo convertían en el hombre más atractivo que jamás he conocido.

El amor que siento por él me paralizó los pies y creí por un segundo que no podría hacerlo. Indecisa, introduje la mano en el bolso y acaricié suavemente la pistola que él mismo me había regalado semanas atrás...

Claudia observaba distraída cómo el camarero del bar de siempre tecleaba a toda prisa algo que probablemente podría esperar. El local, con las mesas llenas a cualquier hora del día, causaba la sensación de estar en la ciudad con más movimiento del país. Claudia analizaba la expresión de la cara del chico sentado en la mesa contigua: sostenía un libro, pero tenía la mirada perdida, probablemente buceaba entre sus miedos y olvidos, ya que sus ojos reflejaban arrepentimiento y frustración. Mientras tanto, Helena, su mejor amiga, le hablaba acerca de los despidos que iban a producirse en su trabajo en las próximas semanas.

—¿Me estás escuchando?

—Sí, perdona. Estoy un poco distraída. ¿Entonces van a echar al auxiliar?

—¡No! ¿Ves como no me estás escuchando? Van a reducirle la jornada, pero hay rumores de que uno de los adjuntos vamos a la calle.

—Bueno, no te preocupes, no serás tú —respondió Claudia de mala gana.

Estaba cansada de sus historias de siempre, las discusiones con sus compañeros, el miedo a sus jefas y su desánimo de cada día de ir a la farmacia. Había perdido la ilusión por aquel trabajo por el que un día sintió vocación, pero que ahora le asqueaba y la hacía infeliz. Helena siguió hablando durante una hora más y Claudia, ensimismada en sus pensamientos, dejó que el tiempo pasara.

Acabaron el café y se despidieron con un beso en la mejilla, prometiendo verse de nuevo la tarde siguiente.

Helena observó a su amiga marcharse. Envidiaba cómo el tiempo no pasaba por ella y las atentas miradas de los hombres a su paso. Envidiaba también la seguridad en sí misma, su independencia. Una larga melena, de tirabuzones pelirrojos, caía por su espalda de una forma tan natural que también atraía la mirada de las mujeres. Cuando perdió de vista a Claudia, se dio media vuelta rumbo a casa con Víctor, su marido.

Claudia, ajena a las miradas, continuaba su camino. Pasó junto a su antigua Facultad de Derecho y sintió nostalgia de aquellos años en los que lo más importante eran sus amigos, Helena y Víctor, y en los que no era consciente de la velocidad del mundo. A pesar de aquellos días que pasó estudiando leyes y decretos, no se dedicaba a ninguna rama del derecho. Colaboraba en una revista semanal del diario regional de Granada para enmascarar su verdadera ocupación.

Había heredado de su padre la serenidad, la sangre fría y la falta de empatía. Había heredado también la fuerza y la pasión por lograr los objetivos impuestos. Desde hacía varios años, especialmente desde que su padre faltaba, vendía la vida de otras personas. Aceptaba encargos en los que ella era la responsable de la ejecución de una muerte deseada.

Claudia vivía en el número 9 de la calle Salamanca, un pasaje peatonal junto a plaza Bibarambla, estrecho y con poca luz, pero con mucha vida debido al elevado número de granadinos y turistas que paseaban por sus adoquines, en un edificio que compró su padre y en el que ahora estaba sola. Tres plantas de las que apenas ocupaba la primera, y en la que tenía un pequeño despacho donde en ocasiones trabajaba. Viajaba con frecuencia por España, tanto por negocios como por placer. La última vez que tuvo un encargo como sicario fue en Madrid. Hacía ya tres meses de aquello y el dinero ahorrado empezaba a escasear. Desde entonces su teléfono no sonaba.

Cuando llegó a casa se descalzó, encendió el ordenador y leyó las últimas páginas de aquel

cuaderno digital en el que relataba con detenimiento sus trabajos.

10 de Febrero de 2016

Elvira Salazar es el nombre de mi última víctima. Vivía en Madrid. Con ella experimenté una técnica que no había utilizado antes; no podía repetir con frecuencia los mismos métodos para evitar ser descubierta.

Este caso era arriesgado. Desde los ataques bioterroristas en Estados Unidos en 2001 había estado dándole vueltas al tema. Conociendo la pasión de Helena por la microbiología, le dije cuáles eran mis intenciones, usar cepas de alguna bacteria. Tras estudiar a fondo mis opciones, me ofreció la posibilidad de esperar pacientemente a que pudiera acceder a alguna siembra del laboratorio de la facultad donde ella colaboraba en un proyecto de investigación.

Y con el pánico entre las manos, sabía que si no manipulaba bien la muestra podría infectarme. Una noche en la que Helena tuvo que quedarse hasta tarde trabajando, a esas horas en las que la oscuridad invade los pasillos de aquel enorme edificio del campus, entré con ella y con precaución preparamos el sobre que al abrirse produciría la liberación de esporas del carbunco.

Si todo salía bien, tres días después Elvira Salazar moriría creyendo padecer un simple resfriado...

Envié el sobre y esperé.

Hoy he viajado a Madrid para comprobar el resultado. Llegué a la estación de Méndez Álvaro pasadas las tres de hoy. Tomé la línea 6 del metro en dirección a Usera. La cobertura del móvil era inestable, pero aun así recibí un mensaje de Víctor: “He discutido con Helena, ¿podríamos vernos?”. Decidí no responder en ese momento, aunque me extrañó, ellos nunca discutían.

Cuando llegué a mi destino me dirigí hacia la salida. Fui al número 67 de la calle Antonio López, pasado el puente. Una avenida amplia, propia de las grandes urbes y pesar de eso no había apenas coches circulando; daba la sensación de estar en una ciudad desierta, pero en la que podía suceder algo inesperado en cualquier momento. Estaba en obras y sentí la mirada de los trabajadores recorrer mi cuerpo a pesar de que ese día llevaba solo unos vaqueros y una blusa blanca, ropa cómoda para el viaje. No había pasado desapercibida como deseaba.

Iba a subir al piso donde vivía Elvira Salazar cuando sonó mi teléfono. Era Víctor otra vez.

—Estoy fuera por negocios. Dime, qué pasa.

—Helena ha descubierto lo de Sofia.

—Pero... ¿es que has vuelto a verla? Te lo advertí, no sé qué esperabas. Me sorprendí a mí misma; estaba más afectada de lo que pensaba. —¿Cuándo vuelves? Necesito que hablemos, ya sabes que eres mi mejor amiga —suplicó.

—Helena también es mi mejor amiga. Ahora te tengo que dejar, te llamo más tarde.

Aturdida aún por la conversación subí a la quinta planta. Toqué al timbre de la puerta de mi víctima. Abrió un hombre de mediana edad, con poco pelo, ojos grandes y enrojecidos, y un gesto de dolor en los labios.—Buenas tardes, mi nombre es Sonia Eleudas. Me gustaría ofrecerle una oferta que no podrá rechazar para el seguro de su casa —dijo con la típica sonrisa de foto.

—No es un buen momento —balbuceó.

—¿Cuánto paga actualmente?

—Señorita, le he dicho que no es un buen momento. Ha muerto mi hermana, ¿podría dejarme en paz o va a seguir siendo una pesada insoportable que no respeta ni la hora?

Cerró con un portazo que hizo temblar las paredes. Objetivo conseguido.

Ya solo me queda cobrar la mitad del dinero que me falta: cinco mil euros.

Tres meses después, la relación entre Helena y Víctor no había mejorado. Durante el primer mes, ambos habían hecho un esfuerzo por suavizar el ambiente y tener un segundo comienzo. Ella sufría cada noche en la que él llegaba más tarde de la cuenta y lloraba imaginando el motivo, pese a que él le había prometido que no volvería a ver a Sofía. Le contó que la conoció un día al salir del hospital. Era amiga de una compañera de trabajo y fueron a tomarse los tres una cerveza. Coincidió con la época en la que Helena, tras su jornada en la farmacia, subía a la facultad a diario para trabajar en el laboratorio y Víctor se sentía abandonado.

—Sé que no es una excusa, pero solo te veía por la noche y estabas tan cansada que te ibas a la cama enseguida. No hablábamos más allá de los estipulados buenos días y buenas noches. Me sentía perdido y te echaba de menos.

—Sus palabras sonaron sinceras, pero Helena no soportaba imaginarlo con otra.

—Solo tenías que decírmelo y no acostarte con una zorra que no respeta a un hombre casado.

—Tienes razón. Perdóname.

Helena lo besó en la mejilla zanjando la conversación y dándole un poco de tregua. Lo quería sin límites. En aquel momento la foto de esos primeros años juntos que había junto a la tele parecía reírse de ella. Fueron tan felices que no podía creerse que se estuviera acabando. Contempló la imagen unos minutos: él, con ese atractivo casi prohibido, la miraba como si no existiera nadie más. Unos ojos que transmitían la infinitud del mar y la sumergían en sus profundidades. Una mirada que borraba cualquier pensamiento y le hacía sentir que las nubes podrían ser el destino de su descanso.

Dejó pasar los días, que se le hacían enormemente largos y aburridos. Volcaba sus frustraciones en el trabajo y en Claudia. Al menos podía contar con alguien. Se sentía sola, con su familia en Sevilla, solo tenía el apoyo de ella, y a veces su frialdad le hacía sentir que exageraba con tantas quejas y preocupaciones. Claro —pensó—, a ella le resultaba fácil, no había sido capaz de comprometerse nunca.

Unas semanas más tarde, el teléfono de Víctor sonó mientras estaba en la ducha. Normalmente se lo lleva al baño para ponerse algo de música, pero ese día parecía haberse olvidado. Helena, sin dudarle y en contra de sus principios, se acercó de inmediato para ver quién era. Había tres mensajes de un número que no estaba registrado en el teléfono. Sin preámbulos los abrió:

18:33: Aún siento tus besos por mi cuello y tus dedos por mi espalda.

18:34: ¿Nos vemos dentro de media hora? 18:37: ¿Estás ahí?

Los borró todos. Se vistió y se fue a la calle antes de que Víctor saliera de la ducha. Le dejó una nota escueta para que no se preocupara ni sospechara.

Media hora más tarde el teléfono volvió a sonar. Era una llamada del mismo número.

—¿Por qué no me respondes? ¿Es que no te apetece volver a verme? Yo lo estoy deseando.

—Sofía, te he dicho mil veces que no me llames. No he recibido ningún mensaje tuyo. Pero vale, si quieres nos vemos. Mi mujer no está, así que puedo ir sin problemas. Donde siempre a las ocho y media.

—¿Tanto me vas a hacer esperar? Víctor colgó y salió de casa.

3

Claudia necesitaba un nuevo encargo o no iba a poder seguir pagando las facturas. Derrochaba el dinero en cuanto lo cobraba y ahora estaba en números rojos.

Aquella mañana había quedado para almorzar con Víctor. Hacía semanas que no se veían y tenían que ponerse al día. La cita era en un pequeño bar de la calle General Narváez, un lugar encantador en el que se podía conversar sin interrupciones. Se saludaron con un sencillo beso y sonrieron con complicidad. Se sentaron en la barra y les atendió el dueño, un señor sonriente y amable cuyo aspecto coincidía con la silueta dibujada en la entrada. Mostraba familiaridad en el trato. Era el lugar favorito de Claudia. Pidieron un par de cervezas y un plato de *rissotto* de setas para compartir.

—Tengo que contarte algo. Sigo viendo a Sofía.

—¿Acaso te has enamorado de ella?

—¡No!

La gente del restaurante los miró tras el grito de Víctor.

—No sé qué me está pasando. Me hace olvidar por unas horas que mi vida es aburrida y monótona —continuó.

—¿Cómo puedes decir eso? Estás casado con una mujer increíble, eres un prestigioso pediatra, independiente, disfrutas de una libertad que no todos los matrimonios tienen y tú te estás aprovechando de eso.

—Lo sé. Pero creo que ya no la quiero. Me acuesto a su lado cada día, y no siento el deseo de pasar junto a ella toda la noche despierto hasta ver amanecer.

—Piénsate bien las cosas. Algunos errores son imborrables. Hay un punto en el camino en el que no cabe marcha atrás, y creo que tú lo estás rozando. Reduce o te vas a estrellar.

—Estás muy guapa cuando te pones a filosofar así, tan seria, ¿lo sabías?

—No digas tonterías. Vamos a pagar que me tengo que ir. He quedado con Helena, si quieres te llamo luego y te cuento.

—De acuerdo. Gracias. Yo esta noche veré de nuevo a Sofía. Voy a zanjar todo esto.

—Eso espero.

Se despidieron con un sutil abrazo, de esos en los que un simple roce transmite más cariño que cualquier otro gesto. Claudia, confundida, salió del restaurante y fue a casa a cambiarse de ropa. La verdad era que se había arreglado demasiado y se sentía fuera de lugar. Se quitó los tacones de color chocolate y se calzó sus manolequinas grises. Más cómoda y con sus vaqueros de siempre salió de nuevo a la calle en busca de su única amiga.

Habían quedado para dar un paseo por el parque, en las afueras. Aquel día de primavera era el primero de la temporada que reflejaba que el verano se estaba acercando. Cuando Helena llegó, a Claudia le pareció que habían pasado varios años por ella. Hacía solo una semana que no se veían, pero su amiga se había descuidado muchísimo. Llevaba un pantalón mostaza y una blusa azul marino. El pelo, recogido en un moño, se veía sucio y enmarañado. Tenía el rostro cansado, unas ojeras de tonalidad oscura y los labios apretados en un gesto de sufrimiento.

—Mi matrimonio está roto —dijo Helena—. Víctor todavía me engaña... —balbuceó.

—¿Cómo sabes que sigue viéndola? —En el momento en el que pronunció esas palabras,

Claudia supo que había metido la pata.

—¿Tú lo sabías? ¿Sabías que seguían juntos y no me lo habías dicho?

—... Me hizo prometer...

—No me lo puedo creer. Eres lo único que tengo y resulta que ¡tampoco eres real!

—Va a dejarla. De verdad que si esto hubiera continuado te lo habría dicho, créeme, por favor.

Helena derramó una lágrima de sabor amargo. El dolor se multiplicó por dos, y la decepción se manifestó en su rostro cada vez más tenso.

—No quiero volver a verte.

Claudia, petrificada, vio cómo su amiga se iba con el paso acelerado y sin volver la vista atrás. Tendría que haberlo previsto. El sonido del teléfono móvil la apartó de sus pensamientos. Una llamada de número oculto.

—Me gustaría hablar con Claudia Vargas.

—¿Quién la llama?

—¿Es la señorita Vargas?

—Identifíquese. —Comenzaba a impacientarse.

—Me gustaría citarme con usted, tengo una propuesta para Sonia Eleudas.

Por fin un nuevo encargo, pensó.

—Mañana a las cinco de la tarde en la placeta de Fátima, junto al número 6.

Claudia colgó sin esperar una respuesta. Quien fuera sabía su verdadero nombre.

Sofía Quesada aguardaba a Víctor en ropa interior. Miraba por la ventana esperando verlo llegar, pero llamó a la puerta antes de lo que imaginaba. Se puso delante del espejo en lugar de abrir y analizó cada detalle de su rostro. Sus ojos grises eran pequeños, pero despiertos y con mucha vitalidad. Se los había pintado de negro con verdadera intensidad, perdiendo ese toque de inocencia que podrían tener sin el maquillaje. Sus labios, de tonalidad granate, atrevidos, esperaban ser besados con la pasión enfermiza que había recibido de su amante. Su tez, pálida y joven, reflejaba la inmadurez de sus años y la inexperiencia de sus actos. Abrió la puerta decidida y convencida de que la esperaban esas horas con las que soñaba cada día. Y allí estaba él, con la mirada clavada en ella y el corazón acelerado por el deseo. Acarició la cintura desnuda de Sofía con fuerza, con una sensación de posesión y se perdió en su cuello, en su pelo y en su aroma. Tras unas horas que transcurrieron veloces, Víctor comenzó a vestirse de espaldas a ella.

—Quiero decirte algo. —Esperó a que Sofía le prestara toda su atención—. Tenemos que dejar de vernos. Quiero arreglar las cosas con mi mujer, no puedo arrojar todos estos años por la borda.

—¿Y a mí sí? Unos meses contigo han significado más que mi vida entera.

—Eres muy joven, no lo comprendes.

—Lo comprendo perfectamente. Soy para ti un aperitivo antes de una gran comilona. De acuerdo, vuelve con ella. Sabes que te arrepentirás.

—Nunca te dije que la dejaría. Nunca te he engañado. En cambio, tú a mí sí. Prometiste que no habría sentimientos entre nosotros.

—Todo el mundo sabe que esas promesas nunca se cumplen. —Y abrazó a Víctor, que seguía de espaldas—. No me dejes. Volvamos al principio. Sin ataduras.

—Hay para ti alguien mejor que yo. —Se deshizo de su abrazo con suavidad—. Yo solo debía haber sido una aventura, no un amor. Sabes que estar contigo ha sido un regalo que jamás creí merecer, pero tiene que acabarse, pequeña.

—Como salgas ahora por esa puerta, se lo contaré a tu mujer.

—Ya lo sabe. No vayas de lista.

Comenzó a desesperarse. Creía que sería más fácil. Tampoco quería dejarla, estaba enganchado, pero le había prometido a Claudia que lo solucionaría.

A Claudia..., ¿y qué le importaba ella? Se sintió confuso.

—Cielo, estoy aturdido. Necesito pensar. No quiero haceros daño y os estoy haciendo daño a las dos. Sabes lo que me gustan tus besos...

Sofía sonrió creyendo haber ganado la batalla. Volvió a envolverle con sus brazos y besó su cuello. Desabrochó su camisa y se enroscó en su cuerpo. Lo besó en los labios y le susurró al oído:

—No te vayas aún.

6 de Mayo de 2016

Esta tarde llegué antes de lo previsto a la placeta de Fátima, cansada por subir demasiado deprisa las estrechas y empinadas calles del Albaicín. Hacía un calor espantoso, el sudor se concentraba sobre mi frente y maldije los días veraniegos de esta primavera. Observé los bares de la zona y eché un vistazo en el interior. Todo parecía en orden. En los locales no había muchas personas, alguna pareja tomando un café o grupos de amigos bebiendo unas copas. Decidí esperar fuera, intentando pasar desapercibida, sentada en un banco junto a una mujer de raza gitana. Me saludó amablemente, como si me conociera de toda la vida, pero yo mantuve la mirada fija en mi objetivo: el número 6. La mujer susurró en voz alta algo relativo a mi falta de educación, hice caso omiso. Mi reloj de pulsera, un regalo de mi padre, marcó las cinco, aunque nadie había aparecido por allí. Odiaba la impuntualidad y más en casos de trabajo así que, decidida a abandonar la plaza, me levanté.

—¿Eres la señorita Eleudas? —dijo de pronto la mujer del banco.

—¿Y tú eres?

—Te están esperando dentro del bar Ladrillo.

Dudé si entrar o no. Debía haber sido yo quien analizara primero al cliente. No podía fiarme de nadie, debía estar alerta, pero los problemas de Víctor y Helena me estaban afectando; además la necesidad de dinero me obligaba a confiar. Fui hasta la puerta del bar y me quedé en la entrada. Sentí de inmediato la mirada fija de una señora de unos sesenta y cinco años que estaba sentada al fondo del local y que antes me había pasado desapercibida. Su rostro relajado y amable me sonrió. Levantó la mano a modo de saludo. Yo, fingiéndome impasible y serena, me acerqué despacio. Observé al camarero pero me trató como cualquier camarero a cualquier cliente.

—Hola, Claudia. Mi nombre es Evarista Rueda. Siéntese.—¿Por qué me llama Claudia?

—¿No es su nombre? No quisiera equivocarme de persona.

—Preferiría que habláramos fuera.

—Hace demasiado calor, ¿no le parece? Tras un silencio incómodo pregunté.

—¿Qué quiere de mí?

—Debería imaginárselo.

Desde luego que me lo imaginaba. Llevaba un modelo de contrato en el bolso para ahorrar tiempo.

—Aclárese —dije.

—Verá. Tengo una casa en Torrenueva desde hace más de treinta años. Paso allí todos los veranos. Pero me la ha ocupado un hippie descarado y maleducado. Fui a limpiar el piso hace un par de semanas y no pude entrar. Por la ventana me enfrenté con ese desvergonzado; obviamente no llegamos a ningún acuerdo. Pensé en llamar a la policía, pero la justicia en este país..., ya sabe, los sinvergüenzas siempre tienen las de ganar. Me ahorré esa llamada y preferí hacérsela a usted. Mi amiga Encarnita me facilitó su teléfono. Ella era muy amiga de su padre, que en paz descansa, y ya me ha contado lo bien que trabajaba él. Lo que le pido es sencillo. Quiero que el niño ese deje mi casa y como no ha accedido por las buenas, deseo que me lo quite usted de encima.

—Si no surge ningún problema deberá pagarme cinco mil euros antes de hacerle una visita a su amigo y otros cinco mil cuando ya tenga la casa despejada.

—¿Y no podría rebajarme un poco esos precios?

—Mire, yo no vendo patatas. No hay ofertas. Lo toma o lo deja.

—Vale, hija, vale.

—Aquí le dejo el contrato. Léalo y ponga sus datos. Básicamente es un contrato de prestación de servicios de limpieza; todo legal. Ingrese la mitad del dinero en la cuenta que dice ahí. En unos días quedaremos de nuevo y me hará entrega de una copia firmada.

Me levanté sin más y desaparecí de aquel lugar en el que me sentía cada vez más asfixiada.

No me gusta que conozca mi nombre.

Recuerdo a Encarnita Sotelo a la perfección.

Una mujer solitaria y pensativa, una persona que no encaja en un mundo de leyes y normas. Quizás por eso fue primero cliente y luego amiga de mi padre. Amiga íntima, intimísima. Aquello fue antes de lo de Teresa.

Lo que no entiendo es por qué le ha dado mi verdadera identidad.

Días antes de que Evarista se decidiera a llamar a Claudia, la desesperación y los nervios consumían su pequeño cuerpo. El odio, ese sentimiento que creía que jamás conocería, decidió colarse en su vida. Acababa de llegar de Torrenueva. Había ido alcanzar algún acuerdo económico con aquel tipo que ahora vivía en la que un día fue la casa de sus sueños.

Allí pasó la mejor Navidad de su existencia, con su marido, un hombre que murió a los pocos meses de casarse privándola de amor para siempre. Ambos eran jóvenes y se escaparon del mundo para refugiarse en aquel trocito de cielo junto al mar. Pasado el 6 de enero de aquella época mágica, decidieron dejar el abeto junto a la ventana del salón y buscar cada instante un motivo diferente por el que celebrar algo. Pero pocas jornadas felices sucedieron tras esa Navidad eterna. Su marido se marchó de la existencia sin motivos y Evarista dejó allí su paraíso para esconderse entre la gente de la ciudad.

Pero ese día, en Torrenueva no se veía el árbol de Navidad, ese día a través de la ventana no había nada parecido a aquel hogar que construyeron juntos. Tras observar cómo su mundo se tambaleaba, una sensación como venida de otro universo fue tomando forma en las manos de Evarista, que apretaba los puños con fuerza mientras las lágrimas fluían por sus arrugadas mejillas y salpicaban su memoria de ira y tristeza. Transcurrieron muchos minutos hasta que se recompuso y fue capaz de llamar al timbre.

—¿Quién es? —se oyó desde dentro de la casa.

—Abre.

—¿Quién eres?

—¡Que abras la puerta te he dicho!

No abrió la puerta, pero asomó la cabeza por la ventana.

—¡Anda! ¡La vieja! —dijo en tono jocoso.

—¡Sal de mi casa, niño del demonio!

—¿Tu casa? No es la primera vez que te digo que no me voy a ir de aquí.

—¿Dónde has metido mis cosas? ¿Y el abeto?

—¿El arbolito medio roto y lleno de polvo que estorba- ba? Pues verás... no te imaginas el frío que pasamos el otro día mis colegas y yo en la playa la otra noche...

—¿No lo habrás...?

—¡Cómo ardía!

—Serás... serás...

Evarista, a punto de romperse de nuevo, se dio media vuelta y se fue con aquel odio viajando por sus entrañas y apoyándose en unos recuerdos que se marchitaban por momentos.

De vuelta en Granada y con la furia reflejada en sus manos petrificadas, recibió una llamada de su amiga Encarnita. “Quizás me venga bien desahogarme con alguien”, pensó. Cenaron en el lugar de siempre, aunque Evarista no comió apenas. Le contó lo sucedido hora antes en su casa de Torrenueva.

—Ha destruido lo poco que me quedaba de mi Juan, ha quemado nuestro pasado.

—¿No llamas a la policía?

—¡Qué dices! ¿Estás loca? Eso no serviría para nada... Pasarían años hasta que pudiera recuperar la casa, si es que ese día llega.

—¿Y no quieres esperar a que se vaya por su cuenta?

¿Crees que se quedará mucho tiempo?

—Ay, Encarnita, si ya no es el tiempo que se quede. Es que esa casa es mi refugio, donde acudo para hablar con Juan, para contarle mis cosas, para llevarle flores. Ahora siento que me falta la mitad de mi vida... Y hasta he pensado... bueno, nada.

—Dime, dime. ¿Qué has pensado?

—No veas la peste a porro que salía por la ventana. Seguro que no es lo único que se mete...

Evarista hizo una pausa, para pensar si decir o no lo que llevaba todo el día paseándose por su mente. Al final lo dijo.

—He pensado... que en uno de esos chutes o borracheras... ¡que ojalá no se despierte!, ¡jale!, ¡ya lo he soltado!,

¡pensarás que soy una persona horrible!, pero es que no sé qué hacer...

—¿Estás segura de que deseas eso?

—Sí...

—Te voy a dar el teléfono de la hija de mi amigo Damián, para que hables con ella...

—¿Damián? ¿El que murió hace años? Me acuerdo de él y de su hija. Debe ser ya una mujer. ¿Y en qué crees que puede ayudarme? ¿No será psicóloga?

Sofía dormía envuelta en unas sábanas blancas impregnadas de perfume pero vacías de sentimiento. Cuando se despertó en aquella habitación de hotel Víctor ya no estaba. Sobre una mesita auxiliar le esperaba el desayuno junto a un estrecho jarrón que contenía una rosa de color amarillo. Una nota que solo podía haber sido escrita con la caligrafía de un médico expresaba una simple despedida, un frío adiós de esos que por alguna razón se sabe que son para siempre; se había ido de verdad. La observó con el rostro paralizado y el corazón roto. Apretó el papel con fuerza, con la misma mano que acababa de tocar el deseo y que ahora era prisionera de la traición. Un abandono anunciado pero inesperado. Una sucia huida por la puerta de atrás, fría y calculada.

Sofía no probó bocado. Recogió sus cosas, que no eran pocas, y volvió a casa a su rutina de siempre. Vivía con su tía en un pequeño apartamento de la calle Delfín, en el barrio de La Chana, una zona de ambiente familiar alejada del centro de la ciudad, de su bullicio y de su gente.

—Ya estoy en casa —dijo Sofía en un sollozo.

—Vida mía, ¿qué te pasa? —Evarista se preocupó con solo verla entrar por la puerta.

—Me ha dejado. Ya no me quiere. Me ha mentado. ¡Le odio!

Comenzó a llorar amargamente sobre el hombro de su tía, que la consolaba como podía y desde el desconocimiento de la verdadera historia. Evarista le trajo una taza de tila para ver si se calmaba. Sofía, desplomada en el sofá, miraba su teléfono móvil esperando una llamada con una disculpa. Pero eso no sucedió.

En el cuarto de baño y delante del espejo observó que había salido del hotel sin desmaquillarse. La pintura de los ojos, hinchados por un llanto desesperado, formaba parte ahora también de sus pómulos, y las ojeras de color negro le daban un aspecto demacrado. Se sintió la chica más fea del planeta. La noche anterior se veía atractiva y segura de sí misma, en cambio ahora estaba avergonzada por no haberse mostrado ante aquel hombre tal y como era. Con él se transformaba y se convertía en eso que él quería, en una persona distante en sentimientos, pero apasionada y fogosa. Aunque ella no sabía ni cómo ni cuándo se había enamorado. Le quiso sin pensar en las consecuencias, sin pensar en cómo afectaría a su vida. Le quiso sin sentido, con los ojos cerrados.

Sofía se había criado con su tía; cuando tenía un año, perdió a sus padres en un accidente de tráfico. Evarista era la hermana mayor de su madre y la quiso como solo puede quererse a una hija. Sofía sintió el calor de una familia, pero tenía un vacío que nadie podría ocupar jamás. De alguna forma había estado alejada de los hombres y cuando comenzó a sentir mariposas en el estómago no fue capaz de acercarse a los chicos de su edad. Se convirtió en una joven encerrada en un mundo que se había creado solo para ella, en una realidad idealizada. Cuando comenzó la universidad todo cambió. Se enamoró de su profesor de Lingüística, siete años mayor que ella. La historia de amor surgió gracias a que compartían la curiosa afición por el programa *Cifras y Letras* y organizaron juntos un torneo en la *facultad*. Sofía era una chica correcta, encantadora y guapa. El inicio de esa relación fue pasional e intenso. Cuando Sofía probó el sabor del deseo, comenzó a jugar y aprendió cosas que quizás nunca debió haber aprendido. Esa historia se acabó tan rápido como surgió y su corazón fue fortaleciéndose con los años hasta convertirse en quien era ahora, una persona que roza el amor con las yemas de los dedos, pero que huye cuando sus manos sienten la suavidad que transmite. Adicta a los hombres. Adicta al amor. Y adicta al dolor de una ruptura.

No sabía por qué no quería desprenderse de él, por qué esta separación era diferente. Quizás porque no la había forzado ella. Porque creía que aún no había llegado el momento de separarse, aún tenía que enamorarse también él. Por primera vez un hombre no era para ella, sino que ella era para él. Sintió esta pérdida como una derrota, como el fracaso de una lucha.

8 de Mayo de 2016

Hoy, dos días más tarde de nuestro primer encuentro, Evarista volvió a llamarme. Nos vimos en el mismo lugar a la misma hora. Esta vez no hubo conversación. Se mostró nerviosa. Le temblaban las manos cuando me entregó los papeles y un justificante del ingreso. Estaba pálida y ojerosa. Los labios, sin color, le temblaban como si fuera a echarse a llorar en cualquier momento. No duró más de tres minutos. Ya en casa, me senté en el sillón junto a la ventana. Con una taza de café solo, me dispuse a leer los datos que me había facilitado. La vivienda que tenía que “limpiar” estaba situada en la calle Peñón de Jolúcar, apartada del centro del pueblo, en un barrio humilde.

Fui hasta allí en mi Toyota Yaris del 2000; hacía semanas que no lo cogía. Conduje en dirección a Torrenueva con la adrenalina circulando por mi sangre, viajando por mi cuerpo. Abrí la ventana y el viento revolvió mi pelo como si también quisiera escapar. Me gusta sentirme feliz y al mismo tiempo libre, me gustan esos momentos en los que no sabes dónde estás, pero sabes que ese es tu sitio.

Llegué al pueblo en cincuenta minutos. Busqué el lugar con la ayuda de mi GPS y aparqué en la calle Larra, una perpendicular a Peñón de Jolúcar que quedaba frente a la casa. Saqué del maletero una bolsa con los restos de una ventana rota y coloqué estratégicamente los cristales por el suelo. Pinché una rueda. No tenía de repuesto. Llamé al timbre. Me abrió la puerta un joven con el pelo rapado en forma de figuras extrañas que parecían más cicatrices que un peinado artístico. Llevaba un pendiente en la oreja izquierda, algo que siempre había detestado pero que en él me gustó. Me mostró una perfecta sonrisa de chico atrevido y despreocupado.

—¿Puedo ayudarte?

—Eso espero —dije señalando al coche, manteniendo la calma y una mirada seductora. —Se me ha pinchado una rueda y no sé dónde hay un taller cerca. Una suerte que estuvieras aquí, pensé que todas las casas estarían vacías.

—Podemos llamar por teléfono y en media hora tendrás un mecánico. ¿Quieres pasar mientras? ¿Te apetece un té?

¿Una copa quizás?

Iba a ser verdad que aquel chico era un descarado. Tenía la casa hecha un desastre. Todo desordenado y patas arriba. El olor era desagradable y las ventanas cerradas mantenían el ambiente sobrecargado.

—¿Qué quieres beber? —me dijo.

Lo miré haciéndole creer que estaba intimidada.

—Solo agua, gracias.

—Yo estaba tomando ron miel, ¿quieres? Pruébalo.

—De acuerdo.

Sonreí sin apartar mis ojos de los suyos. Era verdaderamente guapo y me sentí atrapada por él. Sirvió dos copas y me ofreció una. Nos sentamos junto a la ventana del salón, en un sofá verde, envejecido y muy incómodo.

—¿Vives aquí todo el año? —le pregunté.

—Sí, me encanta el mar.

—Tu acento me dice que eres de fuera, ¿cuál es tu historia?

—¡Uy!, ¡qué curiosa! —Una sonrisa satisfecha reflejaba que estaba acertando siendo tan cercana con él—. Soy madrileño. He estudiado bellas artes en Granada y ahora estoy de retiro pensando qué hacer con mi vida. Me encanta esto y es inspirador sentir la inmensidad del mar a

tres pasos de casa.

—Sí. Eres afortunado por tener esta casa.

—Bueno, no es mía. Es alquilada. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí? Sobre todo, por esta zona.

—Estaba agobiada con el trabajo y he decidido despejarme. Quería ir a un sitio más alejado, pero al final he acabado perdiéndome.

—Oye, veo que te ha gustado el ron, ¿quieres más?

Lo cierto era que estaba riquísimo y me lo había bebido muy rápido.

—No, tengo que coger el coche para volver.

—Una copa más no te hará ningún daño, es suave. Dejé que me sirviera. Estaba a gusto charlando con él.

No solía conocer a gente nueva y mucho menos a una de mis víctimas, pero en este caso decidí pasarlo bien.

Llamaron a la puerta más pronto de lo que esperaba; era el mecánico. Arregló la rueda en un pis pas. Tras soltar el típico “Esto a un hombre no le hubiera pasado” se fue.

—Gracias por este ratito, has sido muy amable. Por cierto, no me has dicho tu nombre.

—Rodri —Me dio dos besos delicados, cerca de la comisura de los labios y sonrió de nuevo.

—Yo soy Sonia. Me gustaría comer algo antes de volver a Granada, ¿te apetecería acompañarme?

—¡Claro que sí! Podemos ir a recoger una *pizza* y volver a casa. Así podría enseñarte mis dibujos. ¿Te gustaría verlos?

Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien. Comimos, bebimos, reímos... Hasta que sonó mi teléfono. Era un mensaje de Víctor: “He dejado a las dos. ¿Podemos vernos?”. Tecleé: “Estoy en la playa. He bebido, no puedo coger el coche”. Contestó: “Envíame ubicación y te recojo”.

Habría sido irresponsable por mi parte pasar la noche con Rodri. Nos tomamos otra copa y seguimos hablando. Me desahugué con él contándole cosas que nunca le habría dicho a nadie, al fin y al cabo en unos días estaría muerto.

Cuando me marché de allí, Víctor me estaba esperando fuera. Le dije a Rodrigo que volvería a por mi coche dos días más tarde. Me besó con intensidad y me susurró:

—Lo estoy deseando.

Le sonreí y salí de esa casa que será su perdición.

Víctor la estaba esperando dentro del coche. Cuando Claudia entró, él arrancó y aceleró con rapidez, sin ni siquiera mirar a su amiga.

—No me gusta que no estés cuando te necesito.

—Estaba trabajando, ¿qué te pasa?

—¿Estás borracha? —dijo al oír sus palabras trabadas primero y al oler su aliento después.

—He tenido que tomarme un par de copas para disimular, pero me encuentro perfectamente.

—Claudia sonreía con lo que Víctor denominó “cara de atontada”—. Bueno, ya puedes empezar a contarme. Has dejado a Helena y a Sofía, pero seguramente mañana te acostarás con alguna de las dos, ¿me equivoco?

—Sí, te equivocas. Quiero cambiar de vida. Hoy he hablado con un colega de Málaga. Es jefe del servicio de pediatría del hospital Quirón. Hay una vacante y me la ha ofrecido. Lo estoy pensando, creo que me voy a ir de Granada. Quizás sea la mejor solución para alejarme de esta vida que me tiene atado, de esta vida en la que me metí siendo un crío y de la que ahora quiero escapar. Me gustaría mucho sentir tu apoyo, que me animaras. Estoy solo y no sé qué hacer.

—¿Que te quieres ir? ¿Y acaso necesitas mi aprobación? Piensas dejarme prácticamente sola, ¿y quieres que yo sea la que te dé el empujón?

—¿Cómo? No conozco a nadie más independiente que tú. Además, Málaga está a poco más de una hora, probablemente nos veríamos con la misma frecuencia que ahora, pero me desligaría de las cadenas que me unen a esta ciudad.

Claudia lo miró fijamente y por primera vez en su vida lo vio. Observó la expresión de Víctor cuando conducía, con el rostro relajado y la mirada fija en la carretera. Sus manos parecían descansar sobre el volante, unas manos ahora desnudas de compromiso.

—No me gustaría que te fueras, pero si esa es tu decisión, adelante.

—¿No vas a decirme nada más?

—No. Ya tenías la decisión tomada antes de venir a recogerme. Quieres que te dé permiso, pero no creo que esa sea mi labor. Vete si eso es lo que quieres.

—¿No vas a intentar entenderme al menos?

—Te entiendo. Tú lo has dicho, ya nada te ata a Granada. No hay nada ni nadie que te importe lo suficiente como para quedarte.

—Estás siendo injusta conmigo. Oye, ¿por qué no te vienes? Tu trabajo lo puedes hacer en cualquier lugar, vente y empecemos de cero.

—No necesito empezar de cero. Eres tú el que quiere irse, no me utilices a mí como excusa o como si irse a otra ciudad fuera algo que todo el mundo querría hacer. Pero no quiero seguir hablando del tema, al menos por hoy.

El viaje continuó en completo silencio. El rostro de Víctor se tensó y sus manos abrazaron el volante. Claudia se sentía molesta y él no sabía por qué. Lo cierto era que no quería estar mal con su amiga, había sido su apoyo durante los últimos años y sin ella se sentiría cojo. Acudía a ella para desahogarse de sus problemas, pero también para compartir sus logros y sus triunfos. Era parte de su vida y, al sentirla lejos, la idea de mudarse dejó de parecerle tan buena.

Paró el coche lo más cerca que pudo de la calle Salamanca. Claudia había ido mirando por la ventana todo el camino y al detenerse se limitó a coger su bolso y a abrir la puerta.

—¿Ni siquiera vas a despedirte? —dijo él.
Ella lo miró con esos inmensos ojos verdes, ahora tristes y más intensos.
—Adiós.
Víctor la miró a su vez. Y también por primera vez la vio.

Los días sin Víctor estaban siendo para Sofia una terrible pesadilla. El trabajo, a pesar de que estaba contratada a media jornada, se le hacía eterno. Por las tardes daba apoyo de Lengua y Literatura en un colegio concertado de la ciudad. Las mañanas las dedicaba a estudiar inglés, porque ahora los centros de enseñanza obligatoria debían ser bilingües y su trabajo corría peligro. Recibía clases particulares de un joven británico, William Sinclair, que estudiaba cuarto de biología y estaba en España con una beca de excelencia. Era el típico chico inglés con los típicos rasgos ingleses. Rubio, sin un corte de pelo establecido, alborotado y despeinado y que le tapaba los ojos, unos ojos pequeños, de un azul intenso y adictivo para el sentido de la vista. Su sonrisa era perfecta y su simpatía lo dotaba de más atractivo del que necesitaba.

Cuando Sofia aún se veía con Víctor, trataba a William con sensualidad y seguridad, con esa personalidad que llamaba la atención de los hombres provocando en ellos el deseo de algo más que un beso. Pero cuando ocurrió lo de Víctor, se deshizo en sí misma y ahora no era más que otra mujer en un mundo lleno de otras mujeres iguales a ella. Ya no quería destacar ni gustar.

Aquel día William no quiso quedarse con la duda y le preguntó con aquel acento tan irresistible para la antigua Sofia:

—¿Te ocurre algo? Estás distraída, triste, distante.

—*No problem. Don't worry.* —Intentó sonreírle.

—Ya no eres tú. Creía que te gustaba.

Decir las cosas en un idioma que no era el suyo le facilitó las cosas, como a cualquiera. Es como si las palabras no tuvieran el mismo significado siendo al fin y al cabo las mismas.

—Pensaba que entre nosotros podría haber algo. Me mirabas de diferente forma que otras chicas. Me gustas, Sofia.

—Lo siento. Nada ha cambiado entre tú y yo, solo tengo una racha mala, pero se me pasará.

—¿Entonces querrás salir a comer conmigo un día?

—Claro que sí.

Continuaron la clase con una tensión que nunca había habido entre ellos, con silencios incómodos y conversaciones banales.

William se fue decaído y decepcionado. Para él las clases carecían de interés económico, era su forma de conocer gente en Granada. Puede que pareciera el típico perroflauta pero su familia era propietaria de numerosas fábricas y desde que cumplió la mayoría de edad disponía del generoso fideicomiso que le había dejado su abuelo. Y estaba enamorado de Sofia. Era tímido, pero la timidez no le impedía dar pasos hacia delante. Comprobó con los años que esa vergüenza de su adolescencia no le aportaba nada bueno, aunque pensó que si se le notaba en sus actos o palabras, tampoco era malo; él era así y su vida no estaría influenciada por eso. Con esta máxima iba a dar sus clases a Sofia y solo decidió hablarle de sus sentimientos cuando empezó a notarla distante. Ahora que ella le había dicho que no se preocupara, se preocupó aún más porque eso significaba que, además de que le pasaba algo, no confiaba en él.

Habían transcurrido solo diez minutos desde que dejó a Sofia, cuando decidió dar media vuelta. Ella abrió la puerta con los ojos rojos y húmedos y tras un sollozo lo abrazó.

—William...

Él la envolvió en sus brazos fuertes y la pegó a su cuerpo. Le besó el cabello y olió ese aroma

con el que soñaba cada noche. Acarició su espalda.

—Llévame lejos. Sácame de aquí.

De la mano salieron y en silencio caminaron durante más de cuarenta minutos hasta llegar a casa de él.

Helena dejaba transcurrir los días intentando pasar el mayor tiempo posible ocupada. Hacía guardias extraordinarias en la farmacia y estaba el resto de horas en la facultad tratando de llenar su mente escribiendo aquel artículo interminable sobre las técnicas de diagnóstico de la tuberculosis. No avanzaba a buen ritmo pero al menos no iba a casa más que para dormir.

Ya hacía un par de semanas que Víctor se había ido y el olor de su colonia seguía adherido incluso a las cortinas del dormitorio, el de su gel la envolvía en la ducha y el de su piel aún podía percibirse en los cojines del sofá.

Aquella noche llegó a casa alrededor de las nueve. Vivía en la calle San Antón, cerca de la farmacia. Víctor y ella eligieron aquel ático meses antes de casarse, soñando juntos con el calor de un hogar que compartirían el resto de sus vidas. Ahora era un lugar demasiado grande para Helena, con demasiados rincones, con recuerdos escondidos y esperanzas frustradas. Se preparó una ensalada para cenar y puso la televisión. Cuando consiguió abstraerse con un programa de Cuatro que le encantaba y que le impedía pensar en nada, le llegó un mensaje al móvil.

Era Claudia.

21:33: Sé que estás enfadada, pero necesito que hablemos, es un tema de trabajo.

Helena no contestó y maldijo el mensaje por haberle hecho volver a pensar en aquello que se esforzaba en olvidar. Pasados unos veinte minutos por fin se sintió de nuevo calmada y distraída con la tele, pero su teléfono volvió a sonar. Claudia la estaba llamando.

—¿Qué quieres?

—Por favor, perdóname. —Claudia intentó comenzar la conversación de la forma más suave que pudo, realmente deseaba arreglar las cosas.

—¿No era algo de trabajo? Dime qué quieres y déjame en paz.

—Nunca quise herirte, al contrario, quería evitarte sufrimiento; además Víctor también es amigo mío.

—Te he dicho que me digas qué quieres y que me dejes en paz.

—De acuerdo. Necesito insulina. ¿Podría recogerla mañana a primera hora en la farmacia?

—Estoy cansada de ser tu cómplice, además ya no te debo nada. No quiero seguir manchándome las manos de sangre.

—Te prometo que será el último favor que te pida.

—Pásate mañana a las nueve.

Helena colgó el teléfono sin despedirse. Hacía años que colaborada en sus asesinatos.

Nunca se implicaba, no quería saber los motivos de los asesinos ni la vida de sus víctimas, pero la ayudaba sin demasiados remordimientos.

Víctor fue el primero en conocer a Claudia; entre ellos siempre había habido más confianza de la que Helena creía. Él había tenido un romance con una compañera de carrera de Claudia y aunque esa relación quedó en agua de borrajas, entre los dos se forjó una amistad tejida con hilo de oro. Claudia y Helena se conocieron en una fiesta universitaria en el barrio del Realejo. Se creó entre ellas una complicidad casi instantánea y en poco tiempo se convirtieron en un grupo inseparable de tres. Compartieron piso los cursos siguientes.

Una noche, tras la muerte del padre de Claudia y con unas copas de más, les contó el legado que su progenitor le había dejado. Necesitaron semanas para asimilar aquella noticia; tras numerosos

gritos y acusaciones, lágrimas y miedo, y gracias a la fuerte amistad que los unía, llegaron a un pacto. Claudia les daría un generoso porcentaje de sus ganancias, y Víctor y Helena no solo no la delatarían, sino que colaborarían con ella. Después de varios “trabajos”, se convirtió en un “juego” provechoso para los tres.

Ahora que se había acabado, que los años la habían vuelto insensible ante la muerte, Helena se preguntaba si había tenido una vida equivocada al conocer a Claudia y la culpó de lo que le estaba pasando. Antes no le había importado formar parte de aquellos homicidios sin nombre, pero ahora que sentía la traición de su amiga y de su amor transpirar por sus poros, decidió que esa existencia que llevaba tenía que acabar. Sería fuerte y al día siguiente cuando se encontraran le diría que quería olvidar todo lo que tuviera que ver con ella; una amistad putrefacta que ya no impediría que comenzara a florecer un nuevo futuro.

10 de Mayo de 2016

Quedé con Helena esta mañana, temprano, media hora antes de que abriera la farmacia. Llegué con diez minutos de adelanto y la esperé alejada de la puerta. Fue puntual, algo raro en ella. Me pidió que me acercara y entramos por la parte de atrás, a la que se accede desde un portal de la calle perpendicular a la entrada principal. Encendió una luz tenue que apenas podría verse desde fuera. Sin haber pronunciado ni una sola palabra se dirigió hacia la cámara frigorífica. Sacó los envases de insulina y los introdujo en una bolsa térmica. Me la entregó y me miró con una seriedad impropia de ella. No la reconocía.

—Lo siento. Sabes que te quiero —le dije.

—Se acabó. No vuelvas a llamarme. Desde que os conocí a ti y a Víctor mi vida ha girado en torno a vosotros. He estado atada a un amor que me cegaba y me impedía ver el sol, encerrada en una oscuridad que vosotros dos habíais creado para mí. Me has convertido en asesina de tus víctimas y me has hecho creer que yo no tenía nada que ver. Favores de amiga, me decías, pero no era así. He estado estos años disfrazada de ti y de Víctor, vestida con vuestros actos, vuestros pensamientos, vuestras decisiones y vuestros sentimientos. Dejé de ser yo misma el día en que decidí ser la mujer de Víctor. El día que comencé a ser quien él quería. Y sin darme cuenta también me convertí en tu sombra. Te he querido tantos años que no he reparado en el terror que eso me produce. Quiero olvidaros a los dos y que no volváis a aparecer.

—Víctor quiere irse de Granada, tranquila, que no lo verás más. Y yo... te he pedido perdón. Nunca te he ocultado quién soy, lo sabías desde el principio. No es justo que me eches en cara cosas que nunca te he obligado hacer y por las que además te he pagado. No me culpes por tus decisiones. Mi error ha sido no contarte algo que quizás debería haberte contado, aun traicionando la confianza de Víctor.

—Lo que tú digas. Pero repito, se acabó. No vuelvas a ponerte en contacto conmigo y mucho menos a pedirme otro “favor”. Si lo haces, habrá consecuencias.

—¿Me amenazas? Si me delatas te salpicará también a ti.

—Estoy dispuesta a correr el riesgo.

No puedo creer que me dijera esas palabras. A mí. No estoy dolida ni triste por el final de esta relación. Estoy cabreada porque me ha culpado de hechos que hemos realizado de la mano. Incluso nos divertía planear estrategias imposibles a priori. Pero me ha mandado a freír espárragos porque su marido le ha sido infiel. Sin ella no voy a poder hacerme cargo de los trabajos que tenga. Si no me facilita material estoy perdida... Al menos lo del okupa voy a poder concluirlo.

Volví a casa con la furia reflejada en mis pasos. Me vestí con la ropa que supuse que a Rodrigo le gustaría. Luego cogí un taxi en Camino de Ronda para ir a la estación. Odio los autobuses, pero no me quedó otra.

Durante el viaje me llamó Víctor.

—¿Qué quieres?

—¿Comemos juntos? Necesito que estemos bien. Te quiero en mi vida.

—No es posible, voy de camino a Torrenueva.

—¿Vas a ver al tipo ese?

—Voy a hacer algo más que verlo. No puedo hablar, estoy en el autobús.

—... ¿Nos vemos esta noche?

—No sé si habré vuelto. Te llamaré cuando pueda. A mí también me gustaría verte, he hablado

con Helena.

—Helena me da igual. Quiero verte a ti.

—He de colgar. Adiós.

Tenía el pulso acelerado, estaba nerviosa. Esto no podía estar pasando. Cerré los ojos unos minutos para intentar relajarme y concentrarme en la ejecución de Rodrigo, pero el zumbido de mi teléfono volvió a aturdirme.

Era un nuevo trabajo. Hacía meses que no recibía tantas llamadas y una parte de mí se sintió molesta. Por lo que me dijo mi nueva clienta, la víctima era otro chico joven. Trabajaba en la radio en un programa de música.

Quiso darme más detalles para que pudiera localizarlo, pero no la dejé; antes preferí citarme en persona con ella para aclarar las condiciones y firmar el contrato de servicios de “limpieza”.

Llegué a Torrenueva con retraso. Estaba perdida en aquel pueblo que parecía deshabitado en esta época del año, pero aun así llegué hasta la casa de Rodri. Llamé al timbre y tras un par de minutos esperando abrió la puerta. Iba en bañador y sin camiseta. Tenía la piel manchada de pintura de colores. La sonrisa blanca con la que me saludaba me decía que recordaba con detalle nuestro último encuentro.

—Hola, preciosa. —Me dio un beso en la comisura de los labios a la vez que rodeaba mi cintura con sus brazos.

—Hola, guapetón. —Sonreí sin darme cuenta y miré sin reparos su cuerpo semidesnudo.

—Pasa, no te quedes ahí. Me gustaría enseñarte lo que estoy haciendo.

Me llevó a la planta de arriba, a una habitación abuhardillada donde había lienzos y esculturas de varios materiales. También había dibujos a carboncillo y algún que otro boceto inacabado dispersos por el suelo.

—Me parece un lugar increíble. —Realmente estaba asombrada. Pensé que el mundo iba a quedarse sin un verdadero artista y sentí un ápice de remordimiento por ser la culpable de aquella pérdida. Luego pensé en Evarista, la verdadera culpable, y en el dinero que iba a recibir. Me recompuse de inmediato.

—Elije uno. El que quieras.

—Dibújame. Eso es lo que quiero.

—Dibujarte sin ropa es lo que quiero yo.

Me desabroché los botones de la camisa y la dejé caer al suelo. Me descalcé y me deshice de los pantalones. Dejé que mis tirabuzones cayeran por mi pecho y miré a Rodri esperando una respuesta. Él, que no pareció sorprenderse, cogió uno de sus cuadernos y comenzó a dibujarme. De fondo sonaba el tema de Love of Lesbian, *Universos infinitos*, y el ambiente, antes algo tenso y ahora transformado en naturalidad, nos envolvió en un momento único.

No pronunciamos ni una sola palabra mientras Rodrigo dibujaba en el papel. Cuando acabó se acercó con una sonrisa pícaro y me lo enseñó, una silueta casi perfecta. Yo sonreí también. Vino a mí con la intención evidente de tocar mi cuerpo desnudo, pero di un paso atrás y cogí mi ropa del suelo. Bajé las escaleras para escabullirme de sus manos porque, aunque las deseaba, no podía permitirme descuidar la atención. Cuando él llegó, unos minutos después, yo ya estaba vestida y él llevaba puesta la camiseta.

—Me ha gustado mucho... ha sido genial... eres genial.

—¿Te apetece tomar algo?

—¿Vodka quizás?

—Vaya, sí que empiezas fuerte. ¿No quieres comer algo primero?

—No tengo hambre —mentí.

—Hay vodka en la cocina, en la puerta junto a la lavadora. Sírvete uno y ya que estás ponme otro a mí también.

—Se tumbó cómodamente en el sofá y se encendió un cigarro—. Estoy cansado, me has hecho trabajar —dijo sonriendo mientras cerraba los ojos en actitud chulesca.

No me gustaron sus formas, pero me vino de perlas para el plan. Cogí dos vasos de la montaña de platos sucios que había en la pila. Los fregué con insistencia, estaban pegajosos y olían a perros muertos. Serví un poco de vodka en uno de los vasos y en el otro, el mío, eché solo agua. Volví al salón y le ofrecí su copa.

—Ya que hemos intimado, te contaré un secreto —dijo.

—¡Uy! La cosa se pone interesante. Después te contaré yo otro.

—Me gusta que vayamos a sincerarnos, sí. Mi secreto es que no pago ni un céntimo por esta casa. La ocupé cuando vi que nadie vivía aquí y no me lo pensé dos veces. Necesitaba perderme unos meses y encontré el lugar ideal.

—¿Acaso no tienes dinero para pagar?

—Sí, me saco un dinerillo con mis obras, pero no creo que haya que pagar por una vivienda en la que nadie vive. Vino una vieja un día e intentó entrar, pero yo ya había cambiado la cerradura. Que me fuera de aquí me dijo, hasta llegó a amenazarme, ¿te lo puedes creer? ¿Qué iba a hacerme una mujer de esas que solo se dedican a pasear al perro?

—No deberías fiarte de las apariencias. —Si él supiera—. Al fin y al cabo es la dueña, podría echarte en cualquier momento, ¿no?

—Hasta que me puedan echar por la fuerza habrán pasado tantos meses que ya ni siquiera querré vivir aquí. Le dije que de esta casa no me movía nadie y ya no ha vuelto a venir más. Seguro que la asusté y como mucho llamará a la policía, pero no lo creo.

Bebía como si fuera agua y dudé por un momento si no me había equivocado y le había dado mi vaso. Bebí un sorbo y respiré tranquila.

—Anda, dame, que te sirvo otro —le dije.

Repanchingado en el sofá me dio el vaso, encantado de tenerme allí de sirvienta y modelo particular.

—Ahora te toca a ti, Sonia. ¿Cuál es tu secreto?

—Al lado del tuyo, no es nada. Creo que me he enamorado del marido de mi mejor amiga. — Qué bien me sentó pronunciar esas palabras en voz alta.

—Qué mala —habló como si mi afirmación careciera de importancia.

—Pues que sepas que eres la primera persona a la que se lo digo.

—¿Y por eso no quieres que me acerque a ti?

—Supongo.

Pasada una hora, Rodrigo llevaba más de cuatro vasos de vodka y yo más de cuatro vasos de agua. El momento clave se estaba acercando, el alcohol que había bebido ya empezaba a ser el suficiente como para que su azúcar en sangre comenzara a disminuir.

—Sonia, guapa, tráeme algo de comer de la cocina, tengo hambre.

No podía permitirle que comiera. Le traje otro vaso lleno de vodka y me senté en el sofá junto a él.

—¿Y no preferirías comerme a mí?

—¿Ya estás olvidando al maridito de tu amiga? Anda, ven aquí.

Me besó torpemente, nada que ver con el beso de la última vez. El aliento alcoholizado me revolvió el estómago y dejó de parecerme el chico atractivo que conocí dos días atrás.

—¿Y si pones un poco de música? —le dije para quitármelo de encima.

Puso el mismo CD de antes mientras se bebía de un trago el resto de bebida que le quedaba. Se tambaleó, tropezó con sus propios pies y cayó de bruces en el suelo. Se golpeó con fuerza y se oyó su risa. Una carcajada de borracho al que ya todo le daba igual. Aprovechando su penoso estado fui hacia mi bolso, que había dejado en un perchero junto a la puerta, cogí los cartuchos de insulina y me los guardé en el bolsillo. Me acerqué a él con otro vaso más y me senté en el suelo. Se lo bebí de un trago y sus párpados comenzaron a cerrarse. Y antes de quedarse dormido me dio tiempo de decirle al oído:

—Había otro secreto que me hubiera gustado contarte.

Rodrigo al fin cerró los ojos.

Le he inyectado la insulina suficiente como para causarle un coma hipoglucémico que ha sido su sentencia de muerte.

Víctor se encontraba en una situación nueva. Había cambiado de vida casi de la noche a la mañana y se sentía a la deriva. Tras la ruptura con Helena se alojaba en un pequeño estudio de la calle Emperatriz Eugenia; un hogar diminuto y acogedor que sería tan solo temporal. Podía permitirse algo mucho mejor, pero aún tenía que decidir el rumbo que iba a tomar.

Una parte de él quería volver con ella, habían pasado mucho tiempo juntos, habían creado algo en común, y le pertenecía a ella. En ocasiones la echaba de menos y en otras el simple hecho de tener que divorciarse le creaba una apatía enorme que le hacía esforzarse por seguir queriéndola. Olvidar una existencia juntos le parecía más difícil que seguir viviendo una mentira. Echaba de menos los primeros años, las risas, la complicidad, la pasión y la ternura que Helena le daba. Pero los últimos años, el descontento de su mujer le provocaba cierto rechazo. Había perdido el deseo y la locura que sentía entonces, esa fuerza que se apoderaba de él y que le impulsaba a besarla, a despertarla a media noche para crear una realidad mejor que los sueños. Iba a ser cierto eso de que el enamoramiento dura tan solo unos pocos años. Pasados estos, se acomodó a la vida de matrimonio estándar que siempre había detestado en los demás. Una vida aburrida y monótona, estable, eterna.

Cuando la relación de pareja comenzó a tambalearse, Helena le propuso tener un hijo, una alegría nueva que les despertara de aquella pesadilla. Pero Víctor trabajaba con niños y pese a sentir adoración por ellos, sabía lo que conllevaba traer uno al mundo. Trabajaba para los niños pero no quería vivir para ellos. Con su negativa, la brecha que había entre la pareja se afianzó y acabaron por tener una relación cordial y distante. Convivían en paz sin más preocupaciones que ellos mismos. Pero conoció a Sofía y vio en ella un desahogo, una ventana abierta en medio de su cárcel infinita. Volvía a casa lleno de vida, y se encontraba con una mujer atormentada por un trabajo que no le gustaba y un hombre que ya no la quería.

Cuando Víctor pensaba en esto, sentía alivio tras haberse separado. Eran sentimientos contradictorios. El mundo que había construido se había derrumbado. Ahora estaba en su mano crear uno nuevo lejos de sus problemas. Era una oportunidad. Pero por más que lo intentaba, no podía quitarse a Claudia de la cabeza. Había sido su apoyo desde que la conoció, su mejor amiga, su familia. No quería perderla ni alejarse de ella y los últimos encuentros y las últimas conversaciones entre ambos lo tenían desconcertado. Acababa de llamarla por teléfono, estaba volviendo a Torrenueva para recoger su coche y terminar con ese último encargo, pero le trastornaba que le hubiera dicho que no sabía si volvería a Granada esa noche. No conocía sus planes, pero se sentía molesto sabiendo que estaba lejos. Llevaba varias semanas queriendo verla cada día y necesitando sus palabras para poder seguir adelante...

Alguien llamó a la puerta.

Pocas personas conocían su nueva ubicación y deseó que quien esperaba al otro lado no fuera Helena.

—Hola, ¡amigo! —Era Lorenzo Rivas, un compañero de la facultad, un buen colega y el que le había ofrecido el puesto en Málaga. Se dieron un fuerte abrazo—. He ido a tu casa y Helena me ha dado tu nueva dirección. ¿Pero qué os ha pasado?

—¿Qué haces tú aquí? —Por fin un respiro, pensó Víctor—. Es una larga historia y no me apetece hablar de eso ahora. Me alegro tanto de que hayas venido, necesitaba un poco de compañía. Pero pasa, hombre, ¡no te quedes en la puerta! ¿Por qué no me has llamado antes?

—Quería darte una sorpresa y la sorpresa me la he llevado yo. Pero, ¿dónde te has metido? Ya podrías haberte buscado un sitio más grande, y menos claustrofóbico.

—Es algo temporal —respondió Víctor molesto.

—¡Claro que es temporal! Te vienes conmigo a Málaga, ya sí que no tienes motivos para dudar. Si hubiera sabido antes lo de Helena te habría insistido más, pero ahora no tienes excusas.

Lorenzo parecía contento con la noticia o más bien despreocupado. No le dio importancia a la separación o quizás ya se lo esperaba.

—Tengo que pensármelo aún, esas decisiones no deben tomarse en caliente.

—¿No me digas que hay alguien más?

—No exactamente. La decisión es solo mía, pero tengo que meditarlo.

—De acuerdo. Anda, arréglate que nos vamos por ahí.

Ya verás lo bien que te sientan unas cuantas cervezas.

A Víctor no le quedó más remedio que ponerle un poco de ganas a la noche e intentar disfrutarla.

En casa de William olía a mandarinas. Era un apartamento pequeño en una segunda planta situado en el barrio del Sacromonte, donde compartía edificio con otros forasteros que al igual que él encontraban la ciudad de Granada un lugar único para vivir. El piso, desprovisto de la mayoría del mobiliario que la gente denominaba indispensable, tenía una enorme terraza desde donde poder observar la Alhambra. En el salón tan solo había un sofá “biplaza” de color verde limón, una mesa baja de madera sobre una alfombra de colores y una tele antigua que funcionaba casi con total seguridad como decoración. Sofía se sentó en el sofá y se hundió en él. Se recostó y fijó su mirada en la nada. Con la mente en aquella habitación de hotel que ahora le parecía tan lejana, recreaba cada momento compartido con Víctor. Las lágrimas se derramaban por su tez blanca y limpia sin que fuera consciente de que con ellas se escapaba la última gota de humanidad que quedaba en ese corazón resquebrajado.

—Estás llorando —susurró William sabiendo que nadie lo escuchaba—. ¿Qué te pasa? Puedes confiar en mí.

—Dice que va a volver con su mujer, aunque sé perfectamente que no la quiere. Ha jugado conmigo y... —Envuelta en un mar de lágrimas comenzó a balbucear palabras que William no podía entender.

—Ya hablaremos cuando estés más calmada. Necesitas descansar. Yo te cuidaré.

Sofía lloró durante horas y por primera vez se sintió protegida junto a un hombre, arropada por sus brazos y creyendo que allí nada malo podría pasarle. Se quedó dormida profunda y plácidamente. Las pesadillas que la perseguían en sueños desaparecieron entre la niebla de sus recuerdos y al despertar se sintió descansada y reconfortada a pesar de tener los ojos hinchados y enrojecidos.

William le preparó una taza de chocolate caliente acompañada de unas pastas inglesas y unos frutos rojos que le abrieron el apetito de inmediato.

Cuando llegó la noche se sinceró:

—Lo conocí un día tomando unas cañas. Es compañero de una amiga y en cuanto lo vi supe que quería ser alguien en su vida. Solo hicieron falta unos minutos para sentirme unida a él. Hubo una conexión absoluta, hablamos sin ser conscientes del transcurso del tiempo. Y así las horas se hicieron días y los días semanas. Le quise desde el primer momento y creía que él a mí también. Al poco tiempo fue cuando me contó que estaba casado y que no quería comprometerse conmigo, pero me avisó demasiado tarde. Yo ya me había imaginado un futuro con él, y supongo que sí, demasiado pronto. A pesar de eso, le dije que yo no sentía nada y que podíamos seguir divirtiéndonos. Lo engañé porque sus manos al tocarme me llevaban a otro mundo y sus besos eran mucho más que una pasión pasajera. El engaño funcionó y creamos una relación al margen de su vida que llenaba de emoción mis días. Todo cambió cuando lo descubrió su mujer. Me dijo que él mismo se lo contó porque quería arreglar las cosas y ser sincero, pero yo no lo creo. Sé que me quiere, lo sé... —Sofía, pálida y con la mirada fija en el vacío, bebió un poco de agua para calmar su áspera garganta—. Pero finalmente se fue, me dejó una mañana en la que creí despertar en el infierno, una mañana en la que la soledad me golpeó y me mostró la realidad tal y como era. Y desde entonces no sé cuál es mi camino. Le he llamado varias veces, pero no me responde. Le escribo mensajes, *e-mails*, pero es como si hubiera desaparecido. A veces me pregunto si no

estaría todo en mi imaginación, si no me lo habré inventado.

William la observaba con atención, escuchando cada palabra de esa confesión que era un secreto a voces. Se sintió un tonto por creer que ella había querido algo con él. Es lo que ocurre cuando alguien te gusta, pensó, el menor detalle nos hace creer que es recíproco.

—No tenía ni idea de lo que estabas pasando..., yo te veía tan feliz que pensaba que la vida te sonreía. Cualquiera cosa que pueda hacer por ti solo tienes que pedírmelo. Intentaré ayudarte, te lo prometo.

—Gracias. Me ha venido bien desahogarme —Se acercó y lo besó en la mejilla.

—¿Te apetece que salgamos? No tengo comida en casa y me muero de hambre. Además, te vendrá bien que te dé el aire. ¿Qué me dices?

—Está bien, pero si no te importa me gustaría darme una ducha primero.

—Claro, te sacaré una toalla.

Sofía entró en el cuarto de baño, que era tan minimalista como el resto de la casa. Pensó en William. Le había dicho lo que sentía por ella, pero había hecho caso omiso a sus palabras. Le parecía atractivo, no iba a negar que alguna vez se había planteado tener algo con él, pero era demasiado joven para ella; aunque podría hacerle olvidar por una noche aquel desorden de sentimientos que bailaban en su cabeza. Cuando se duchó, salió del baño envuelta en la toalla y con los pies descalzos se acercó al salón.

—Me visto y nos vamos, ¿vale?

—Tómate tu tiempo, no hay prisa. —Él la miró de arriba abajo cuando se dio la vuelta. Contempló sus piernas hasta el borde inferior de la toalla.

Víctor y Lorenzo entraron en un restaurante chino de la calle Pedro Antonio de Alarcón. Había pocas mesas ocupadas debido, probablemente, a que el local era muy grande. Les atendió una chica joven, de no más de diecisiete años. Pidieron un menú del día cada uno. Ese restaurante les traía buenos recuerdos, era donde solían cenar todos los domingos de su época universitaria.

—La quisiste desde el primer día, ¿qué ha pasado?

—Es cierto. La quise desde el día en que la conocí. —Al pronunciar estas palabras, Víctor se dio cuenta de que no era en Helena en quien pensaba—. ¿Que qué ha pasado? El tiempo, eso es lo que ha pasado...

—El tiempo debería de haberos unido más, no separaros. Eso es una pareja, futuro. Aunque qué voy a saber yo del amor...

—Bueno, tampoco yo. Quizás Helena no era el amor de mi vida. Me equivoqué creyendo que era ella.

—¿Y quién es entonces? Yo llevo toda la vida buscando lo que tú tienes y ahora tú lo vas a dejar pasar.

—No hay que conformarse con algo que sabes que es bueno aunque no te guste. He sido feliz con mi mujer, pero era algo pasajero; pasajero y quizás demasiado duradero. Lo sé desde hace tiempo, pero no quería aceptarlo.

—Ves como sí hay otra persona.

—He tenido una historia con una chica, pero también he acabado haciendo las cosas mal con ella. Para mí solo era un poco de diversión, un desahogo, pero ella se ha enamorado. Le he roto el corazón a dos mujeres increíbles en cuestión de unas semanas, y esa es una de las razones por las que quiero marcharme a Málaga... pero no quiero arrepentirme.

—¿Y por eso vives en un zulo? Lo que tienes que hacer es recuperar a Helena.

—No. Eso lo tengo claro. Esa relación se ha acabado, ya te he dicho que ya no la quiero.

—¿Esa? ¿Acaso con la otra chica no ha acabado?

Víctor no quería hablarle de Claudia, todavía no quería reconocer ese sentimiento que aún no comprendía. Quiso cambiar de tema, pero la puerta del restaurante se abrió y se quedó sin palabras. Era Sofia con otro chico, un extranjero guaperas que le pasaba el brazo por encima de los hombros.

William solía ir ese restaurante con sus compañeros de clase. Cuando Sofia entró, el olor del local se pegó a su ropa y a su pelo, y de inmediato el lugar le causó mala impresión. Se sentaron en una esquina escondidos y cuando él estaba apartándole la silla para que se sentara, el cuerpo de ella se tensó y los poros de su piel se humedecieron de sudor y ansiedad. Vio a Víctor varias mesas más allá acompañado de otro hombre de su misma edad, con poco pelo y algo de sobrepeso. Su primer pensamiento fue salir corriendo de allí, escapar. Tras respirar profundamente, su instinto le animaba a acercarse a él y suplicarle amor eterno. Al final, optó por la tercera opción que fue la de apartar la mirada,

sentarse junto a William y actuar con toda la normalidad que fuera capaz. Ella sabía que Víctor notaba sus nervios y su tensión, pero aun así hizo el esfuerzo de intentar pasarlo por alto.

—Está ahí —le dijo a William.

—¿Quién?

William se giró para mirar sin disimulo. Sofia le apretó el brazo llamando su atención, pero él no le hizo caso. Fue entonces cuando Víctor se levantó de su silla y se dirigió hacia ella.

—Me alegro de verte. ¿Podría hablar a solas contigo?

A Sofia le temblaban las piernas. Quería decirle que no, que se fuera a freír espárragos, pero se sintió más débil que nunca.

—Disculpame un momento —le dijo a su acompañante, que le respondió con mirada de pocos amigos y con la súplica de que no se fuera con él.

Sofia y Víctor se refugiaron donde nadie pudiera oírlos.

—Qué bien que nos hemos encontrado, quería pedirte perdón por la forma en la que me fui el otro día del hotel. Debí haberme despedido o haber hecho las cosas bien. Me alegra ver que sales con alguien, y que el karma te ha recompensado por mis actos equivocados.

—¿Pero qué dices? Me la jugaste bien jugada. No te disculpes, nada va a cambiar me pidas perdón o no. Has vuelto con tu mujer, olvídate de que yo haya existido alguna vez en tu vida, o en tus mejores sueños.

—No he vuelto con ella.

En ese momento a Sofia se le cayó el mundo encima.

—¿Cómo que no?

—No. Tenías razón. Ya no la quería. Voy a empezar de cero lejos de aquí y me gustaría estar en paz contigo.

Ella vio una puerta abierta y pensó que quizás ahora podría jugar sus cartas sin más oponentes que ella misma.

—¿Así que te vas? —Sofia hizo una breve pausa—. Al final acabé conociéndote mejor de lo que pensabas. No sé qué respuesta esperas que te dé... Como ves, estoy acompañada.

Con las fuerzas recuperadas en un solo segundo, se dio media vuelta y volviendo a ser ella misma se sentó junto a William, se acercó a él con la dulzura de una niña y la seguridad de una mujer y le besó esperando encender una hoguera en el corazón de Víctor.

12 de Mayo de 2016

Tengo que digerir el último asesinato. Lo he alargado demasiado y he acabado implicándome con alguien que no debería haberme importado. Aunque me ayudó a no echarme atrás su estúpido comportamiento de las últimas horas. Al fin he acabado y tengo que dejar de pensar en ese caso y tomarme el trabajo como lo que es. Pero no puedo quitarme de la cabeza a Víctor y una parte de mí piensa que mi “oficio” me impedirá comprometerme con alguien; ¿quién va a querer estar con una asesina?

Hoy me he citado con mi último cliente en la Fuente de las Granadas. Era una mujer aproximadamente de la misma edad que Evarista, una mujer que vestía como si tuviera veinte años menos, pero traicionada por las arrugas de su rostro. No me miró a los ojos. Me entregó un sobre y se fue. Volví a casa con paso rápido y lo abrí. Eran los datos de la víctima, Manuel Camañas, la dirección de su casa y la de su trabajo. La rutina de sus días, sus horarios, sus manías y sus *hobbies*.

Esta misma tarde he ido a la radio donde colabora Manuel en un programa. Llegué a la hora de la salida y me quedé ante el edificio. Me crucé con un chico joven, demasiado joven a mi parecer. No era él. Llevaba una tarjeta colgando del cuello con su nombre y su cargo: “A. Górriz. Becario”. Me miró con descaro y sonrió con una mueca de pervertido que me hizo odiarle de inmediato. Me mantuve seria y le sostuve la mirada, cosa que le intimidó y apartó la vista.

La siguiente persona que salía era una señora de unos cincuenta años. Ella, en cambio, ni siquiera percibió mi presencia.

Pasados más de diez minutos nadie salió de allí; temí haber llegado tarde, pero cuando comenzaba a desesperarme otro chico apareció.

—Disculpa —le dije—. Mi nombre es Claudia. Trabajo para la revista dominical del *Granada y Actualidad* y me gustaría ver al director de la cadena para hacerle una propuesta.

—No te lo recomiendo —me respondió secamente.

—¿Por qué?

—Tiene muy malas pulgas. Probablemente te mande a paseo. Lo siento, pero tengo prisa. Está en la primera planta por si te decides a subir. Suerte.

Y allí me ha dejado Manuel Camañas plantada delante del edificio y sin saber qué hacer.

Claudia llegó a casa más cansada de lo habitual. Tenía el salón hecho un asco; decidió echarse un rato y luego dedicaría la tarde a ordenar aquel desastre. Se quedó dormida de inmediato y tuvo un sueño. Era ella con unos siete años, jugando en el jardín de una casa que nunca tuvo. Su padre le traía la merienda, unas galletas que él mismo había horneado. Estaban deliciosas, con sabor a frambuesas y a nueces. Las mojó en el vaso de leche, que le goteó por el vestido amarillo de flores que tanto le gustaba. Su padre, con una sonrisa, le limpió las manos y las manchas de la ropa como pudo y la animó a seguir jugando.

Claudia se despertó solo media hora después con la sensación de haber dormido más tiempo. Pensó en su padre, una persona tan diferente a la del sueño, y en ella que nunca había jugado como las niñas de su edad, siempre encerrada en el dormitorio viendo la televisión y leyendo libros para adultos. De su madre no tenía ningún recuerdo, ni siquiera una foto para saber cómo era. Murió en el parto el día en que ella nació. Su padre borró todo el rastro que dejó de su vida y jamás supo de ella. Eliminó esos recuerdos de su mente y se dispuso a hacer lo previsto. Se tomó una taza de café y comenzó por ordenar la mesa que había junto a la ventana, llena de cartas del banco, papeles sucios, revistas antiguas y libros que no leería. Despejó el salón y guardó en una caja las cosas que le gustaría conservar. Subió a la tercera planta donde solo tenía trastos y recuerdos olvidados. En un rincón guardaba las cosas de su padre, su ropa, sus libros y sus fotos. Se acercó despacio, pensando bien lo que iba a hacer; aquel sueño le había despertado el interés por despolver esas cajas. Hacía años que su padre ya no estaba y nunca había rebuscado entre sus enseres. Pidió a Teresa, la que era su compañera sentimental cuando murió, que guardara sus pertenencias y se las mandara. Claudia no quería hacerse cargo de ese mal trago.

La primera caja que abrió contenía las revistas de su padre y sus libros de poesía. Ojeó un poco las páginas y encontró el poema de Bécquer que ensayó tantas veces cuando era niña para un recital del colegio. Sonrió recordando aquello y pensó que a pesar de lo fría que fue su infancia, la poesía la refugió de la falta de cariño de su padre.

La siguiente caja la sorprendió. Eran papeles sueltos, algunos grapados. Datos personales de las víctimas de los asesinatos de su padre. La vida de cada uno de ellos, su profesión, su edad, el nombre de sus familiares. Estaban ordenados por fecha y le llamó la atención que ninguno era anterior a su nacimiento. Comenzó a raíz de que Claudia llegara al mundo y su madre lo abandonara.

Cuando la curiosidad estaba apoderándose de las manos de Claudia y quería abarcar aquellas declaraciones de muerte, sonó el timbre. Lo dejó todo tal cual, podría continuar más tarde.

El timbre volvió a sonar. Tenía que bajar tres pisos. Abrió la puerta. Era Víctor.

—¿Puedo pasar o te pillo en mal momento?

Se dieron dos besos distantes y tensos.

—Al final has vuelto hoy. Sabía que no me llamarías.

—Es un poco tarde para visitas, ¿no crees?

—Pensaba que a mí no me considerabas una visita. Siento molestarte, pero quiero hablar contigo. Necesito tu apoyo, ya te lo dije. Además, ha venido Lorenzo hoy para convencerme de que vaya con él a Málaga y... se ha enterado de lo de Helena.

—Pues vete a Málaga. En ningún momento te he dicho que no lo hagas. No quiero saber nada

más. Se ha roto mi relación con Helena por tu causa, por encubrirte en tus deslices, por protegerte de tu propio engaño. La he perdido por tu culpa y además te vas a ir tú. En cierto modo tuve que elegir entre los dos y como una idiota te elegí a ti.

—Y yo a ti.

—No digas tonterías.

—No las digo. Llevo un tiempo pensando que algo estaba ocurriendo entre nosotros. Me he encontrado con Sofia. —Al oír su nombre, Claudia frunció el ceño—, no me pongas esa cara. Le he pedido perdón. Tengo un sentimiento de culpabilidad por haberle hecho daño, y no sé cómo desprenderme de él. Pero por fin me he liberado de ella y también de Helena.

—Helena no es solo tu mujer, ha sido tu mejor amiga durante todos estos años, no deberías querer liberarte de ella.

—Mi mejor amiga siempre has sido tú. Siempre he contado contigo más que con ella y nunca he querido darme cuenta. —Víctor se acercó a Claudia lentamente, paso a paso, y rozó sus dedos con los de ella. No le devolvió el gesto, pero tampoco se apartó. —..., necesito que estés a mi lado.

—Lo que te pasa es que te da miedo estar solo. —La respiración de Claudia estaba entrecortada, le costaba mantener la compostura sintiendo la mano de su amigo junto a la suya.

—No, no es eso. —Se acercó aún más y acarició la palma de su mano de arriba abajo hasta las yemas de los dedos.

—Esto no puede ser. Sabes quién soy. No deberías estar...

Víctor no le dejó acabar la frase. Acercó su cuerpo hasta notar el de ella y acarició sus labios con los suyos. Sonrió comprobando que no había rechazo y por fin unieron sus bocas en un beso.

William acompañó a Sofia a su casa. Desde que había hablado con Víctor su actitud había vuelto a cambiar, de nuevo volvía a ser la chica que le había hechizado. Le preguntó si quería pasar la noche con él, pero ella declinó la oferta. Quedaron en verse al día siguiente para sus clases y se despidieron con un sencillo beso.

Ya en casa, pese al cansancio, Sofia no quería acostarse aún. Daba vueltas de acá para allá pensando en Víctor y en cómo recuperarlo ahora que por fin era libre. Evarista, que tenía el sueño ligero, salió de su habitación.

—Cielo, ¿estás bien? —le dijo a su sobrina.

—¿Te he despertado?

—No, hija. Tengo la mente en otro lugar y no podía pegar ojo.

—¿Por qué? ¿Te pasa algo? —Sofia notó el semblante de su tía apagado. Había estado unos días ausente por el tema de Víctor y no se había preocupado de ella.

—No... bueno... sí. —Evarista dudaba si contarle o no aquello que le quitaba el sueño. —¿Recuerdas el okupa de la casa de Torrenueva?

—Claro. ¿Has vuelto a ir? ¿Te ha hecho algo?

—No. Se ha marchado al fin... mejor dicho, lo han encontrado muerto dentro de la casa.

—¿Cómo? —dijo Sofia impactada por la inesperada noticia.

—Como lo oyes... Ya podemos recuperar lo que es nuestro.

—No te diré que me alegro, es una desgracia que se haya muerto...

—Sí, pero un alivio para nosotras —respondió Evarista—. Ahora nos toca limpiar la pocilga que ha dejado el *hippie*. Me voy a la cama a ver si consigo dormir algo. No te acuestes muy tarde.

—Buenas noches.

La historia de Víctor desapareció de la mente de Sofia de inmediato. Ahora su tía le había dado motivos de peso por los que calentarse la cabeza. Ciertamente que aquel okupa la tuvo angustiada durante los últimos meses, pero de ahí a no sentir lástima le olía a gato encerrado. Se sentó en el sofá y se quitó los zapatos. Cruzó las piernas y encendió la tele para intentar evadirse y coger el sueño. En la mesa que había junto al sofá, la que tenía la base del teléfono inalámbrico, estaba la agenda de su tía. Sofia la cogió. Evarista era de las pocas personas que aún anotaban los teléfonos en papel. Allí estaban los números de sus amigas, vecinos y demás conocidos. Hojeó también el resto de la agenda donde apuntaba sus quehaceres diarios. Había una cita, entre nombres de médicos y listas de la compra, que había tenido lugar días atrás.

6 de mayo. Sonia Eleudas SA. Placeta de Fátima. 17.00. Dos días después había otra anotación.

8 de mayo. Sonia Eleudas SA. Primer pago.

Y junto a la cita, escrito con tinta roja, “cinco mil euros ahora y cinco mil al acabar el trabajo”, y lo que parecía un número de cuenta bancaria.

Sofia no había oído nunca hablar de esa tal Sonia y su tía había quedado con ella por un asunto de dinero. Y lo más extraño era que se lo había ocultado. Normalmente le contaba todo.

—¿Qué haces con mi agenda? —Evarista, en la puerta del pasillo que comunicaba el salón con los dormitorios, miraba a su sobrina decepcionada.

—... Estaba buscando el teléfono del primo Isaías —mintió Sofia.

—Pues no te veo mirar en el listín.

—Ya... he estado curioseando un poco, nada más, lo siento —se disculpó pensando que le parecía desmesurada la actitud de su tía y aprovechó el momento para preguntarle—. Por cierto, ¿quién es Sonia Eleudas? —Evarista palideció al oír ese nombre. Se puso tensa y a la defensiva.

—¿Encima que figoneas en mis cosas te atreves a preguntarme? —Evarista hablaba en un tono cada vez más alto y más agudo.

—Pensaba que me lo contabas todo.

—Pues ya ves que no. Y ya veo yo que a partir de ahora debo esconder mis cosas.

—Tampoco es para ponerse así, estás exagerando.

—¿Yo? ¡Tú que te piensas! ¿Que el mundo gira alrededor de tu ombligo? —Nunca había visto a su tía de ese modo, estaba fuera de sí.

—Creo que lo mejor será que me vaya a dormir. No pensaba que fuera tan grave, no volverá a ocurrir.

—Desde luego que no, ya me encargaré de ello. —Evarista cogió bruscamente su agenda y se volvió a su habitación cerrando la puerta con un sonoro cabreo.

Sofía sintió que aquella mujer no era su tía. No la reconocía. Se fue a su dormitorio y encendió el ordenador. En la página de un buscador tecleó “Sonia Eleudas SA”, pero no aparecía nada que respondiera a ese nombre. No conseguía quitarse la actitud de su tía de la cabeza. Evarista era su única familia, todo lo que tenía. No podía dormir, estaba nerviosa y no lograba dejar la mente en blanco. Decidió llamar a William.

—¿Te importa si cojo un taxi y voy para tu casa? Acabo de discutir con mi tía y no me apetece pasar la noche con ella.

—De acuerdo, aquí te espero. ¿Estás bien?
Sofía colgó sin responder.

Helena seguía siendo víctima de la rutina de cada día. El mismo horario, el mismo trabajo y los mismos problemas. La ruptura la estaba llevando mejor de lo que había esperado. Se había mentalizado pensando que no les había ido bien durante los últimos años, y aunque una infidelidad no podía ser justificada, la separación habría sido inevitable. Envuelta en sus pensamientos, se sobresaltó cuando llamaron a la puerta. Se miró al espejo y observó sus ojeras y su pelo encrespado. Resopló y fue a abrir.

Era Lorenzo, el amigo pesado de Víctor.

—Ya te dije ayer que Víctor se ha ido y te dije también dónde vive ahora. Si no está allí, estará en casa de su amante, pero como comprenderás la dirección de esa fresca no la sé.

—Relájate un poco. Venía a verte a ti, a hablar contigo.

Con Víctor estuve ayer.

—¿A mí? ¿Y a mí por qué?... Bueno, pasa si quieres.

Lorenzo entró en la casa que había sido de su amigo y que ahora no parecía la misma. Hacía días que nadie la limpiaba, el ambiente estaba sobrecargado, y las ventanas cerradas y las persianas bajadas le dieron una sensación claustrofóbica casi inaguantable.

—¿Y bien? —le dijo Helena impaciente por saber qué quería.

—Puedes contar conmigo para lo que necesites. Nos conocemos desde hace muchos años y aunque sea amigo de Víctor también me considero amigo tuyo. Solo quería ofrecerte mi mano.

—Ah. Gracias, pero estoy bien. —Helena había olvidado lo que era sentir el apoyo de alguien—. He pasado unos días malos; ya me estoy recuperando. En fin, la vida es eso, recibir bofetadas de vez en cuando y aprender a esquivarlas.

—¡Anda, mujer! No hables así, hazme el favor. Lorenzo nunca le había caído bien a Helena, sin embargo ese día se sintió agradecida de recibir su visita.

—¿Te apetece tomar algo?

—No, ya me voy. Solo quería decirte que aquí me tienes, sabes mi teléfono, no dudes en llamarme.

—Lo haré.

Se abrazaron distanciados y Lorenzo se marchó. Al salir del portal se fijó en el buzón, que al entrar había ignorado. Un tachón a bolígrafo, intentando ocultar torpemente el nombre de Víctor, hacía destacar el letrero de entre todos los demás. Aunque una cosa quedaba clara, en esa casa ya solo vivía Helena Beltrán.

Claudia se despertó aquel sábado de mayo con la sensación de felicidad plena instaurada en cada poro de su piel. Sonrió al abrir los ojos y ver cómo Víctor inundaba la cama. Él aún dormía. Lo observó unos minutos y acarició aquel pelo despeinado que descansaba en la almohada. Por un instante creyó haberle querido desde siempre.

Luego se acordó de Helena, esto sí que no se lo perdonaría nunca. Los remordimientos, que ella nunca antes había sentido, le impedían disfrutar completamente de aquel instante.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —dijo Víctor entre bostezos.

Claudia sonrió al escuchar su voz despreocupada.

—No lo sé. No puedo dejar de pensar en Helena...

—No quiero hablar de ella. Por una vez vamos a pensar en ti y en mí sin que ella forme parte de nuestros planes.

—Pero siempre ha estado ella.

—Eso no es cierto; te repito que no quiero hablar de ella.

—Es mi amiga.

—Vámonos a Málaga juntos. —Víctor zanjó el tema de Helena—. Tú puedes trabajar en cualquier ciudad. Vente conmigo y empecemos de cero.

—No creo que pueda. Lo siento. —Se levantó de la cama y bajó a la cocina a preparar café.

Se escapó de las preguntas de Víctor con el corazón acelerado pidiéndole a gritos que aceptara. Pero su mente, su vida y su trabajo le impedían seguir sus instintos. Él bajó cuando el olor a café recién hecho le abrió el apetito. Claudia observaba el exterior a través de la antigua ventana de madera, que parecía nueva tras haberla restaurado. Víctor observaba a Claudia de espaldas. Su fina silueta, que se adivinaba tras el pijama de lino, le hizo sentir ganas de abrazarla y subirla de nuevo a la habitación, pero se contuvo. Le acarició el pelo y le dio un suave beso en la mejilla.

—Clau, no puedes escaparte así de las situaciones difíciles. Tenemos que sentarnos tranquilamente y hablar.

—Otro día. Hoy me gustaría que te marcharas.

Víctor no esperaba esa respuesta, pero no la contradijo. Subió a la habitación, se vistió y desapareció antes de que ella se hubiera arrepentido de haberle pedido que se marchara.

Cuando el nudo de la garganta le permitió recuperar el aliento, Claudia subió a la tercera planta, donde guardaba las cosas de su padre. Volvió a ojear aquellos papeles que acusaban a su padre de todos sus asesinatos. Abrió otra caja y encontró varias libretas de pasta negra y dura. Con las manos temblorosas abrió la primera y encontró lo que parecían borradores de cartas. Cartas escritas a los familiares de sus víctimas.

A la señora de Ortega 8 de agosto de 1988

Mi más sentido pésame. Su marido ha muerto y probablemente no encuentre una explicación a ese hecho inesperado.

Todo estaba programado. Firmó su sentencia de muerte el día en que dejó morir a E.H.G. en la mesa de su quirófano. Ha sido una muerte justa. Ahora ya no tendrá que compartir cama con

un asesino.

S.E. SA

Estimado G. López: 15 de abril de 1990 Su padre ya no se encuentra entre nosotros.

Siento por

lo que está pasando, pero no debe usted sufrir. Su padre murió para hacer justicia. Mató a H.R.T. en un postopera- torio. Merecía pagar por ello.

S.E. SA

Todas las libretas estaban llenas de cartas del mismo estilo y la mayoría, especialmente los primeros cuadernos, dirigidas a familiares de cirujanos y otros profesionales sanitarios como enfermeras responsables de ingresados en cuidados paliativos o farmacéuticos que habían dispensado dosis erróneas de medicamentos. Esos errores causaron la muerte de los pacientes. Los motivos por los que le encargaban aquellos “trabajos” eran negligencias profesionales.

Se pasó horas y horas leyendo aquellas páginas. Las últimas fueron de los “casos” que llevaron juntos, cuando su padre le estaba enseñando cuál debía ser su camino, cuando solo tenía dieciséis años. Recordó aquella época con una mezcla de nostalgia y remordimiento. Pero ella no había elegido ese camino, estaba siguiendo los pasos que su padre le había marcado y por primera vez en su vida Claudia se preguntó el porqué. Se había negado desde siempre a sentir amor por alguien, había encerrado sus sentimientos en un baúl bajo llave y ese día intentaban colarse por algún agujero de aquella cárcel.

El móvil de Claudia sonó. Era un mensaje de Víctor. 13:46: Te echo de menos.

Ella le respondió: “No sabes quién soy. Ni siquiera yo misma lo sé”.

Él contestó:

13:49: Descubrámoslo juntos.

Claudia guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón de su pijama, bajó las empinadas escaleras y decidió abstraerse con trabajo que tenía atrasado de la revista. Tenía que escribir un artículo sobre la incipiente apertura de un centro comercial cercano a la ciudad que en teoría ofrecería numerosos puestos de trabajo, pero que aún estaba en el aire. Ocupó su mente durante varias horas y por primera vez en varios días consiguió desconectar de sus fantasmas.

13 de Mayo de 2016

Hoy volví a la radio y me presenté ante el jefe. En nombre de la revista para la que colaboraba, le pedí un espacio en la cadena para hablar de lugares recónditos de Granada. Me extrañó lo que Manuel Camañas me había insinuado de él; me pareció un hombre amable y de buen trato. Aceptó tras contactar con la dirección de la revista, dándome un espacio de diez minutos a la semana. No era mucho, pero el suficiente para poder rondar por allí de vez en cuando y pasar desapercibida. Vi al becario de acá para allá llevando cafés a una sala de reuniones. Me asomé por la cristalera y vi a Manuel hablando fervientemente con el resto de sus compañeros. Pasada un rato salió cabreado y mirando al suelo con gesto de desaprobación.

—Hola —le dije.

Me miró y su asombro me informó de que no esperaba volver a verme.

—Ah. ¿Hablaste con el jefe al final?

—Sí, esta misma mañana. Me parece que ahora somos compañeros.

—Me alegro mucho por ti. Mi nombre es Manuel. ¿Tú eres...?

—Claudia. —No estaba acostumbrada a que un hombre olvidara mi nombre.

—Disculpa, es que tengo la cabeza en otro sitio.

—¿Nos tomamos un café y me cuentas qué tal el ambiente por aquí? —dije señalando la máquina.

—De acuerdo. Dame cinco minutos y estoy contigo. Los cinco minutos se convirtieron en quince. Me cabreaba tener que esperar, pero respiré profundamente e intenté tener paciencia.

—Perdona. Quería zanjear un asunto. Si lo prefieres salimos fuera, yo ya he terminado por hoy.

—Estupendo.

Me llevó a un bar que había al cruzar la calle, un sitio oscuro y cutre. Jamás habría entrado en ese local por decisión propia, pero hice de tripas corazón y me senté junto a él en la barra.

—Y bien, ¿qué te gustaría saber?

—Háblame un poco de la gente, ¿hay alguien a quien deba evitar?

—Como en todos sitios; por lo general, la mayoría son buenos compañeros, salvo alguna excepción, claro. Verás, está Alejandra, la secretaria, que es muy amable y muy dispuesta, pero si no quieres que se meta en tu vida límitate a hablar con ella únicamente de trabajo. Luego está Josefa, colabora en un programa de cocina y recetas, y como persona... deja mucho que desear. Y... creo que ya está. — Manuel hizo una breve pausa mientras pensaba si se dejaba a alguien en el tintero. —... No, también está Luis, el típico prepotente que te deja en evidencia con tres palabras que diga. Es el hombre alto y con gafas con el que nos hemos cruzado a la salida, si puedes evitarlo mejor que mejor. ¡Y nadie más que se salga del tiesto!

—Entonces... Alejandra, Josefa y Luis...

—Y ahora háblame de ti. ¿Te dedicas desde siempre al periodismo?

—Más o menos sí. Estudié derecho, pero lo cierto es que cuando llegué a tercero de carrera descubrí que no me gustaba en absoluto, aunque decidí acabarla y una vez terminada plantearme el rumbo de mi vida, y bueno, como siempre me ha gustado el mundo de la comunicación, finalmente decidí hacer de mi gran pasión, mi trabajo.

—Qué suerte que lo hayas conseguido. Yo creo que también podría decir que esta es mi pasión, aunque la comparto con el deporte. No sería completamente feliz si una de las dos cosas me faltara.

Le observé entonces de arriba abajo con descaro y sin disimulo. Era un chico fuerte y de

complexión atlética. Pero había algo en la expresión de su rostro, un retazo de tristeza.

—Antes, en la radio, me ha parecido que estabas discutiendo, ¿hay algún problema...?

—Ya sabes, lo de siempre, pero no tengo muchas ganas de hablar del tema...

Transcurrieron un par de minutos incómodos, de esos en los que deseas estar en cualquier otra parte.

—¿Y desde cuando trabajas aquí? —pregunté.

—Hace bastante, pero también estuve en Madrid, donde estudié y donde viví mis mejores años.

—¿Cómo empezaste?

Manuel sonrió recordando la historia que me iba a contar, con una sonrisa pura, propia de la verdadera felicidad.

—No había acabado aún la carrera. Escuchaba cada noche un programa que me encantaba, admiraba el trabajo que hacían y un día, sin pensarlo dos veces, llamé por teléfono. Sabía que era casi imposible que dejando el currículum me llamaran, no tenía experiencia y nada en apariencia que aportar y por eso preferí llamar. En realidad era mi voz lo que necesitaba que escucharan. — En ese momento reparé por primera vez en su voz, cálida, suave, alegre y profunda—. Les dije que quería trabajar con ellos y no sé si fue por lo inusual de la situación que me pidieron que fuera para hacerme una entrevista... y en fin... así empecé. Había olvidado cómo era hace unos años, me parece mentira que ahora me sienta tan atrapado y sin una vía de escape a la vista, con la cantidad de soluciones que siempre me he buscado.

—A lo mejor deberías rescatar a ese antiguo Manuel.

—Creo que es imposible...

—Nada es imposible —dije en un susurro, mientras pensaba en Víctor y en cómo mi nueva vida me perseguía atropelladamente.

—Ojalá tengas razón, Claudia.

Y en ese momento me di cuenta del gran error que había cometido. Me había llamado Claudia. Para él no soy Sonia Eleudas. Para él soy Claudia Vargas.

Emprendí el camino a casa decepcionada y sintiendo que me empezaba a fallar la experiencia. Miré la hora en el móvil y vi que tenía cuatro llamadas perdidas de Víctor. Me sentía triste, así que le devolví la llamada.

—¿Dónde te metes? —me dijo angustiado.

—Estaba trabajando. Dime, ¿quieres que nos veamos?

—¡Sí! ¿Dónde estás para que te recoja?

—Llegando a mi casa, te espero allí.

Solo quería perderme en sus brazos y olvidar la inseguridad que cada día formaba parte de mí.

Llegó cinco minutos más tarde que yo. Entró con fuerza y decisión, me besó y dejé pasar las horas entre su cuerpo y mis sábanas. Nos despertamos tras una siesta más que merecida, cuando ya había anochecido. Me sentí pequeña al lado de Víctor y protegida por primera vez en mi vida. Olvidé quién soy y me acurruqué junto a él.

—Me gustaría contarte algo. He abierto las cajas con las cosas de mi padre. Había muchos documentos de su pasado, de cuando murió mi madre y comenzó con los asesinatos. En sus inicios solo mataba a médicos que habían cometido alguna negligencia; aceptaba encargos en los que creía que la muerte estaba justificada.

—¿Solo médicos? ¡De la que me he librado! —dijo en tono burlón.

—No te rías. Me gustaría saber sus motivos. Seguiré indagando, debe haber alguna explicación. —Nos quedamos en silencio unos minutos hasta que me atreví a preguntarle—. ¿Cómo puedo gustarte?

—Cuando pienso en ti no pienso en tu trabajo. No creo que eso sea lo único que te defina. Me he acostumbrado. Y claro que cuando me lo contaste sentí terror, pero creo que te quise desde siempre, por eso nunca me lo tomé como algo que pudiera alejarme de ti.

—Mi padre me hizo ser quien soy. Yo no decidí tener esta vida.

—¿Estás pensado dejarlo?

—No lo sé. No me asusta la muerte, no la temo. No sufrí cuando murió mi padre, pensé que era lo que tenía que ser. Tampoco sufrí nunca por no tener madre. Pero ahora te miro... y no me imagino un mundo en el que tú no estés. Víctor me ha abrazado y en el silencio de la noche nos hemos querido a escondidas, dejando atrás por unas horas esta existencia que me atormenta.

Sofía pasó aquella noche en casa de William. No quiso hablar demasiado con él, prefirió acostarse temprano e intentar dormir sin pensar en lo que había sucedido con su tía. Garabateó aquel nombre en una hoja, Sonia Eleudas SA, y se fue a la cama con esas letras dando vueltas en su cabeza. Se durmió antes de lo que habría pensado, y fue en sueños cuando comenzó a abrir los ojos. Las letras bailaban mientras el cuerpo de Sofía se iba tensando.

S o n i a e l e u d a s s a. Nadie. Lado. Días. Sala. Suelo.

Sueldo. Sana. Sisa. Asesina.

Sofía despertó de un salto. No podía ser. Cogió la hoja donde había escrito aquel nombre y con los ojos aún entreabiertos escribió todas esas palabras con las que había ido soñado.

Asesina a Sueldo.

El okupa muerto. El malestar de Evarista. Los gritos. El malhumor.

No, pensó Sofía. Es imposible. Llamó a su tía de inmediato.

—... ¿Dónde has dormido?... —le preguntó nada más descolgar.

—¿Quién es Sonia Eleudas? —interrumpió Sofía.

—No me gustaría volver a discutir, cielo. Ya te dije que no son cosas que te incumban.

—Me incumben, sobre todo si esa mujer es la asesina del okupa de la casa de Torrenueva.

—¿Cómo lo has...? —Evarista enmudeció.

—Sí, sí. Lo sé.

—¿Qué sabes?

Sofía no contestó. Soltó el teléfono y lloró.

Pasó varios días en casa de William. Le contó lo sucedido con su tía y las conclusiones a las que había llegado. No acababa de creérselo. Al día siguiente Evarista la llamó, pero Sofía no quiso responder. Intentó dejar que transcurriera el tiempo con la mayor normalidad posible, ocupando su mente con el trabajo y las clases de inglés. Y de vez en cuando también pensaba en Víctor.

William, cauteloso, respetó el momento por el que pasaba Sofía, pero al tenerla viviendo en su casa se le hacía difícil contener sus impulsos. Se besaron en alguna ocasión, pero sabía que ella no ponía el corazón en esos besos y que su amor viajaba en busca de aquel hombre que vieron en el restaurante chino.

—¿Sigues pensando en él? —le preguntó un día aun sabiendo la respuesta.

Ella le miró con los ojos tristes, queriendo justificar con una mirada dulce el sabor ácido que se formaba en su garganta con solo hablar de él.

—No creo que esto sea lo mejor.

—Yo creo que sí. Estás viviendo conmigo, sabes lo que siento por ti, y aunque sean respuestas lo único que puedes darme, me conformaría. ¿No has hablado con él desde aquel día que le vimos?

—No —mintió—. Con todo esto de mi tía no he tenido ocasión de llamarle. Pero no te voy a engañar, no consigo quitármelo de la cabeza.

—Yo cada vez siento algo más fuerte por ti y verte a todas horas no ayuda demasiado. No sé si puedo seguir ofreciéndote cama otro día más.

Sofía no se esperaba aquello. Si la echaba, ¿a dónde iba a ir? No pensaba volver con su tía,

desde luego.

—Dame unos días. —Se sentó junto a él en el sofá verde—. Tú me gustas mucho, ya lo sabes. Solo necesito un tiempo para olvidar el dolor, para recuperarme y creer en mí. En nosotros.

—Es muy difícil eso que me pides. No sé cuánto tiempo voy a poder seguir.

—Te prometo que será poco. Víctor ha sido importante para mí y está pasando por momentos difíciles con la separación. Me gustaría ofrecerle mi amistad en la medida en que sea posible. Solo te pido unos días para volver a la normalidad. Si después sigues pensando igual, me iré. —Sofía cogió la mano de William—. Tienes mi palabra.

Se acercó y le besó suavemente, acarició sus brazos con languidez desatando una apetito que no debiera haber desatado.

—No sigas, Sofía...

—Dejémonos llevar por una vez.

A horcajadas sobre él, rodeó su cuello con las manos y le besó de forma intensa. Y entrelazaron sus cuerpos olvidando aquellas palabras que hablaban de distancia. Y fueron felices durante unos minutos fugaces disfrazados de amor. Desnudo en el sofá, William se quedó dormido. Sofía se deshizo de su abrazo y se vistió rápido. No había sido sincera con la única persona que tenía a su lado en esos momentos, pero no podía perderlo. Algunos juegan al amor mientras continúan sus vidas en ese universo paralelo que es la realidad. ¿Conseguiría también aprender a hacer eso? Observó a William, tan perfecto. Sonrió y pensó que podría acostumbrarse a él, pero no quería darse por vencida tan pronto. Cogió el móvil y marcó el teléfono de Víctor. Lo había borrado de su agenda, pero se lo sabía de memoria; esas cosas que se hacen sin sentido pero que resultan útiles tarde o temprano. No respondió. Volvió a llamar, esta vez con el corazón acelerado por un nuevo rechazo. De nuevo no hubo respuesta. Le envió un mensaje: “¿Cómo estás? Espero que todo vaya bien. Un abrazo”. Al fin contestó.

12:46: Hola. Todo bien. Abrazo.

¿Ya está?, pensó Sofía. Y le volvió a escribir: “¿Recuerdas aquella heladería de la calle Puentezuelas? Me encantaría un helado, ¿me acompañas?”.

12:53: No puedo, gracias por la invitación. Quizás en otra ocasión.

“¿Te viene mejor esta tarde?”.

12:59: Voy a pasar el día entero con Claudia. Lo siento. “Claudia, ¿tu amiga Claudia? ¿La amiga de tu ex?”.

13:07: Mi pareja.

Sofía leyó el último mensaje más de cien veces. ¿Cómo que su pareja? ¿Había dejado a Helena por Claudia y no fue capaz de dejarla por ella? ¿Le dijo que quería volver con su mujer y fue una mentira para estar con otra? Furiosa, se adecentó para salir y dejó a William soñando con la felicidad que jamás tendría.

Aquella mañana de trabajo había sido relajada para Helena. Volvía a casa tras esas cinco horas a las que siempre temía, pero que ese día le habían resultado inexplicablemente amenas y fructuosas. Oscar, su compañero, que por lo general era un tanto pedante y sobreactuado, la había tratado con el cariño y con el respeto de los que Helena pensaba que él carecía. Aunque el buen humor que había protagonizado la jornada se deshizo en un abrir y cerrar de ojos cuando llegó a casa. En la puerta la esperaba una chica joven, de veintitantos años, fumando un cigarro y mirando la hora cada tres segundos.

Helena llegó con las llaves en la mano y se dispuso a abrir la puerta con prisa.

—¿Eres Helena? —dijo la chica.

—La pregunta es ¿quién eres tú, qué haces en la puerta de mi casa y qué quieres? —Estaba perdiendo la paciencia y temiéndose lo peor.

—Mi nombre es Sofía. Soy amiga de tu marido.

—Mi exmarido. Y ya no vive aquí si es a él a quien estás buscando.

—Te busco a ti. Quiero hablar contigo.

—Un momento... ¿Sofía? ¡No será cierto que eres “esa” Sofía y que has tenido la poca vergüenza de presentarte aquí!

—Ya veo que sabes quién soy. Venía a contarte algo.

—Mira, niñaata, vete por donde has venido. No me interesa nada de la vida de Víctor y mucho menos de la tuya.

—No creo que debas faltarme al respeto, yo no te he faltado a ti.

—¿Ah, no? ¡Te acostabas con mi marido!

—Sí. Pero yo me enamoré de él. En todo caso el que no te respetó fue Víctor, yo solo luché por lo que quería y él no me paró los pies, al revés, acabó buscándome, así que siento haber aparecido en vuestra vida, aunque quien acabó con vuestro matrimonio no fui yo, fue él.

—Quizás tengas razón, pero sigo sin querer tenerte delante. Di lo que hayas venido a decir y vete.

—De acuerdo. Claudia y Víctor están juntos, me lo ha dicho hoy.

—Eso son estúpidas invenciones tuyas, es imposible. — Helena se negaba a aceptar una realidad que desde hacía años le rondaba la cabeza.

—Solo quería que lo supieras para ahorrarte sufrimiento en un futuro.

—Vaya, que considerada. Quítate de mi vista, ya me has hecho suficiente daño siendo una hija de la gran puta, que no has tenido bastante y vienes aquí a seguir metiendo el dedo en la llaga manchándote la boca de mentiras.

—Sí, sí, lo que tú digas. En fin, ya lo sabes. Me voy. Que seas muy feliz dentro de tu pompa de jabón multicolor.

Sofía se fue con aires de grandeza y dejó a Helena rota de dolor por un hecho que rechazaba dentro de sus pensamientos. ¿Su amiga y su marido estaban juntos? Entró en casa con los ojos humedecidos por el rencor y el enfado más que por la tristeza. Llamó a Claudia antes de pensárselo dos veces.

—¿Qué alegría que me llames! ¿Cómo estás?

—Hipócrita, mentirosa, malnacida. Ya sé que estás con Víctor. Ha venido esa amante suya, Sofía, y me lo ha contado.

—¿Qué dices? Hace tiempo que no tienen ningún tipo de relación, no te fíes de ella.

—Qué bien lo sabes, ¿eh? Me parece muy sucio lo que estáis haciendo.

—Te recuerdo que fuiste tú la que quiso que desapareciera de tu vida, no pretenderás controlarla ahora que no me quieres ver ni en pintura. Ni a mí ni a Víctor. Debería darte igual lo que hagamos.

—Vamos, que me lo estás confirmando. Pues fíate un poquito menos de él, que lo que me hizo a mí te lo hará a ti, sobre todo porque detrás de esta historia sigue la zorra esa metiendo cizaña. Tú sabrás dónde te metes, pero no vengas a buscarme cuando te haya abandonado como a un perro pulgoso.

Helena colgó llena de ira y se derrumbó sobre la cama en un sollozo. No hacía más que recibir palos de las personas por las que habría dado la vida en el pasado. Ahora, sola y sin saber a quién acudir, llamó a Lorenzo con la esperanza de olvidar por unas horas lo desgraciada que era.

16 de Mayo de 2016

Hoy he acudido a mi primer día en la radio con el propósito de acercarme más a Manuel. He ido con el tiempo suficiente para pasar un rato con él antes de entrar en antena. Cuando he llegado, lo he visto junto a la máquina de café hablando por teléfono o más bien discutiendo. Parecía realmente cabreado y se oía su voz a distancia. He esperado disimuladamente junto a la galería de pósteres y diplomas que se exponía en una parte de la sala principal mientras observaba cada uno de sus movimientos.

En cuanto zanjó la conversación se acercó a mí.

—¿Cómo estás? ¿Nerviosa? —me preguntó.

—Que va, lo tengo todo bajo control.

—Has venido pronto; empiezas dentro de una hora.

—He llegado antes, la novatada del primer día...

—Si quieres te invito a un café, aunque sea de este trasto viejo...

Manuel sacó dos cafés de esos que saben a cualquier cosa menos a café; dulce, empalagoso.

—¿Te encuentras bien? —dije.

—Llevo unos días bajo de ánimos, pero estoy bien.

—Sé que no nos conocemos apenas, pero si necesitas desahogarte, puedes contar conmigo.

—Tampoco quiero aburrirte, ni que te lleves una impresión equivocada.

—Te prometo que no será así.

—Es un tema complicado... —dijo bajando la voz hasta casi el susurro—. Mi suegra me trae por la calle de la amargura. Intenta separarnos a mi mujer y a mí. Nunca le gusté demasiado. Es rica y siempre creyó que yo no estaba a su altura. Ahora la cosa ha empeorado. Estamos intentando tener un hijo, pero Eisa no se queda embarazada y parece que eso es lo único que mi suegra acepta de nuestra relación, la posibilidad de darle un nieto... y me culpa a mí de robarle el sueño de tener nietos. Vaya chapa que te estoy soltando...

—En absoluto. Debe de ser duro que tu suegra no te acepte.

Así que la señora que me había encargado acabar con la vida de Manuel era su suegra. Recordé su aspecto, tan ataviada con grandes joyas y vestida como si fuera la madrina de una boda importante. Una sensación desconocida comenzó a hacerse con mi voluntad, como si me hubiera abandonado mi frialdad. Conocer de primera mano aquella historia me hizo sentir animadversión hacia la suegra y lo más parecido a la lástima por él. Tenía que matarlo y lo cierto era que no me hacía ninguna gracia.

—Lo último que tienes que hacer es darle el gusto a esa bruja de sentirte mal por lo que ella diga.

—Lo sé, pero no deja de ser la madre de la mujer a la que quiero. No puedo hacerle daño enemistándome con su madre.

—¿Y ella no le importa que su madre te haga daño?

—Intenta mediar entre los dos, pero no consigue demasiado...

—Cuánto lo siento. Y con respecto a no poder tener hijos, ¿habéis ido al médico?, ¿os habéis hecho pruebas?

—Sí, estamos esperando los resultados; probablemente sea culpa mía.

—O a lo mejor es que no ha llegado vuestro momento. No me reconocía a mí misma, ni a mí ni a la empatía que estaba sintiendo por aquel desconocido al que tenía que matar. Maldije a Víctor y a esta brecha de sentimientos que había abierto en mi corazón y que sangraba a borbotones.

Aquella noche olía a jazmín por las calles de Granada. Helena se había citado con Lorenzo en la plaza del Carmen para cenar de tapas en la calle Navas, una zona turística del centro de la ciudad, pero con un encanto especial, también para los propios granadinos. Él se retrasó unos diez minutos y la encontró sentada en un banco frente al ayuntamiento. Miraba el teléfono móvil con la pantalla en negro. No tenía llamadas ni mensajes. Sus labios apretados de manera constante reflejaban la desdicha. Él se sentó a su lado y sonrió con ternura intentado mostrarse más cercano de lo que realmente era.

—Me alegro de que me hayas llamado hoy, mañana habría sido tarde — dijo Lorenzo bromeando—. Me vuelvo a Málaga a primera hora.

—¡Pues sí que he tenido suerte entonces! Gracias por venir.

—No tienes por qué darlas. Siempre es un placer verte. Charlaron durante un rato en aquel banco y rieron en alguna ocasión. Helena olvidó la existencia de su exmarido y de su examiga e incluso creyó que podría volver a ser feliz.

—¿Y cómo es que te vas mañana?

—Me han llamado del hospital y me han pedido que vuelva. Ha nacido un bebé “seismesino” de setecientos gramos y me necesitan al pie del cañón. Hay varios compañeros de baja, y ya sabes... las bajas no se sustituyen y los residentes no pueden con todo el trabajo. Ni deben. Así que es probable que incluso me vaya esta misma noche.

—¿No te habrás quedado porque te he llamado?

—¡Claro que no! —mintió Lorenzo—. ¿Y si hubiera sido así, qué?

—Helena se quedó callada lo que pareció una eternidad. No sabía qué responder ante la atenta mirada de él. —¡Que es broma, mujer! Quítame esa cara de espanto, anda, que no soy tan feo.

Ella no pudo hacer otra cosa que soltar una carcajada. Una risa que le pareció ajena porque hacía semanas que no se escuchaba a sí misma reír.

Pasearon un rato juntos después de cenar y de beberse un par de cervezas que a Helena le supieron a gloria. Se hizo más tarde de lo que a ambos les habría gustado y tomaron el camino de vuelta a casa. Una vez en el portal de ella, tocaba la inevitable despedida.

—Llámame cuando vuelvas a Granada.

—Estás invitadísima a venir a Málaga cuando quieras.

—No me vendría mal un viajecito de fin de semana; lo pensaré.

Helena fue a besar a su amigo en la mejilla, pero Lorenzo buscó sus labios con la destreza de un experto. Ella se apartó de inmediato.

—¿Qué haces? No pensé que...

—Lo siento, no he debido atreverme...

—No puedo cometer el mismo error que Víctor con Claudia. Te agradezco la compañía que me has ofrecido, nada más.

—Tienes razón. Lo he pasado tan bien que solo me faltaba ponerle la guinda a la noche. — Intentó suavizar el momento.

—Tú sí que estás hecho una guinda —bromeó ella.

—¡Si es que estás muy guapa! ¡Qué tonto ha sido Víctor dejándote ir!

—No hablemos más de él.

—Anda, ven aquí y dame un abrazo, tonta.

Se abrazaron con cariño y sin tensiones. Una amistad florecía entre las hojas secas que el viento había amontonado sobre su vida y la despertaba de aquella pesadilla.

Claudia llegó ese día a casa con la sensación de estar equivocándose. No podía implicarse con sus víctimas, eso era algo completamente intolerable. Tenía que olvidar aquel apego hacia Manuel y no debía importarle si merecía morir o no. Creía que la que merecía morir era la suegra, pero al fin y al cabo por hacer eso no cobraría y necesitaba el dinero.

Llamó a Víctor para que le consiguiera unos viales de potasio del hospital. Antes ese trabajo solía hacerlo Helena; era la que le facilitaba el material necesario para que las muertes parecieran naturales, pero ahora... la relación entre ambas había dejado de existir. Él le prometió que haría lo posible por conseguirselos y le dijo que se pasaría a verla en unas horas.

Claudia aprovechó para descansar y se tumbó en el sofá en la segunda planta, junto a la mesa de trabajo. Se quedó dormida casi sin darse cuenta y despertó una hora más tarde envuelta en un mar de lágrimas. Había vuelto a tener un sueño. Esta vez con su madre, de la que no sabía absolutamente nada; una pelirroja como ella, con la vitalidad recorriendo su cuerpo y con la sonrisa vistiéndolo su rostro. En el sueño, sus padres se querían como cualquier matrimonio en sus comienzos. Su madre acariciaba su vientre en el que Claudia estaba gestándose y su padre la abrazaba henchido de felicidad. Aquel sueño tan vívido despertó el amor de Claudia hacia su madre, un amor que su padre se había pre-ocupado de ocultar en aquel corazón de piedra que construyó para su hija. Esa imagen inventada se tatuó de forma permanente en los recuerdos de Claudia y se sintió dichosa por sentir la presencia de alguien olvidado.

Ensimismada en sus pensamientos, tuvo que sonar el timbre tres veces para que lo oyera. Bajó despacio las escaleras, dejando en cada escalón un trocito de su tristeza para dar paso a la emoción de ver a Víctor. Abrió la puerta y su amor inundó a Claudia con una oleada de besos. La pasión poseía cada uno de los movimientos de la pareja. Y dejaron que el tiempo fluyera entre sus cuerpos. Se sentía aterrada ante esta nueva vida y sobre todo por cómo iba a afrontarla. Tenía miedo al cambio, a mirar hacia una dirección de la que jamás tuvo consciencia.

—¿Me has podido conseguir los viales?

—Sí, bajé al almacén antes de salir del hospital, a esa hora la gente está más preocupada de marcharse que de controlar quién entra. —Se levantó y de su chaqueta sacó el cloruro potásico destinado a acabar con la vida de Manuel Camañas—. Además, tengo otra cosa para ti.

Víctor le entregó un paquete de tamaño medio envuelto en papel de periódico.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

Claudia no recordaba la última vez que había recibido un regalo. Cuando lo cogió, le sorprendió lo pesado que era. Miró a Víctor con incertidumbre y con la típica ilusión frente a lo desconocido. Lo abrió despacio, disfrutando cada momento, el roce de sus manos con el papel y los pliegues que escondían un secreto para ella. Tras desenvolverlo encontró una caja de cartón normal y corriente, más bien antigua y desgastada. Víctor vio decepción en la mueca de Claudia.

—No pongas esa cara. Abre la caja.

Lo miró intentando ocultar el repentino desánimo. En el fondo esperaba el regalo habitual que se hacen los amantes. Una joya quizás. Pero había olvidado que ella no era normal y corriente. La abrió forzando la misma sensación del principio aun sabiendo que no lo conseguiría. Cuando descubrió lo que contenía, fue sorpresa y admiración lo que pudo leerse en sus ojos esmeralda.

—Es... —balbuceó ella.

—Sí, una Welrod auténtica.

Claudia sostenía la pistola como si se tratara del mayor tesoro que jamás pudiera poseer.

—Mi padre siempre quiso tener una. Pensé que ya solo quedaban ejemplares en los museos.

—Sabía que te gustaría.

—¿Dónde la has conseguido?

—Eso me lo guardaré como un misterio. Quizás algún día te lo cuente. Debes esconderla bien y no usarla.

—No pensaba hacerlo. La pondré junto a las cosas de mi padre, en mi corazón también es un regalo para él.

Claudia se acercó para besar los labios de Víctor con una alegría que él nunca le había visto.

—Me gustaría proponerte algo. Un plan —dijo él.

—¿Más sorpresas?

—Perdámonos el fin de semana en algún pueblecito de la sierra de Cazorla. Olvidemos nuestros mundos y creemos por unos días uno solo para nosotros, ¿te apetece?

—Mucho. Necesito aclarar algunas ideas sobre mí misma y alejarme de aquí me vendrá genial.

—Claudia sonrió como una niña y sintió la agitación de emprender el vuelo y dejar a sus pies los escombros de una vida que creía que ya no le pertenecía.

Aquella mañana las nubes decoraban el cielo oscuro intentando impedir el comienzo de un nuevo día. Sofía seguía viviendo en casa de William, mientras él se debatía entre el amor y el odio que se mezclaban formando una inestabilidad casi incontrolable. La observó mientras dormía haciendo suyo el momento e intentando creer que la dueña de su cama le había entregado también su alma. Pero eso solo ocurría mientras los ojos de Sofía permanecían cerrados, cuando su mirada no le desmentía sus ilusiones y esperanzas.

William se levantó y dejó a Sofía invadir todo su lecho. Comenzó a dar vueltas por el amplio salón intentando tomar por fin alguna decisión que lo sacara de aquel limbo que él mismo había creado. El móvil de Sofía, posado sobre la mesa de madera que había frente al sofá, parecía invitarle a que lo cogiera. Conocía la clave de desbloqueo y tras unos minutos, inerte frente al teléfono, decidió buscar en él la información que sabía que encontraría. Fue directo a la carpeta de mensajes recibidos y vio con terror que los últimos eran de Víctor. Lo que se temía. Él la rechazaba sin disimulo. Había otra persona en su vida, pero eso no impedía que Sofía le siguiera queriendo. Un amor desbocado que no le permitía entrar en su vida. Una idea, disparatada quizás, fue tomando forma en la mente de William. No fue un arrebato, tampoco algo premeditado, pero fuera lo que fuera, se vistió con prisa y rebuscó entre las cosas de Sofía hasta encontrar las llaves de la casa de Evarista. Fue al dormitorio y besó a Sofía, quien entre sueños creyó oír que le decía “Te quiero y voy a liberarte de las cadenas que te impiden venir hacia mí”.

Ya en casa de Evarista llamó al portero automático. Respondió una voz femenina, “¿Quién llama?”, y al no obtener contestación colgó.

William esperó pacientemente frente al portal a que Evarista saliera. Pasaron unas dos horas hasta que eso sucedió, y tras unos diez minutos, por seguridad, subió en busca de su objetivo. Buscó en el salón, junto al teléfono, donde Sofía le dijo que estaba la agenda de su tía, pero solo encontró una libreta en blanco. Buscó entonces en el dormitorio, en el armario, debajo del colchón y en los cajones de la mesita. Desesperado y creyendo que había hecho el viaje en balde, vio sobre un estante vacío, completamente a la vista, aquello que estaba buscando. Sin ser consciente de que sus impulsos le llevaban al lugar indicado en el momento justo, abrió la agenda de Evarista en busca del número de teléfono de la tal Sonia Eleudas. Miró en todas las páginas de aquella maldita agenda. Vio su nombre escrito cada día de los que se había citado con ella, pero no estaba su teléfono por ningún lado, tan solo el número de cuenta y las cantidades pagadas. Miró en todas las páginas de aquella maldita agenda que se empeñaba en ocultar lo que tanto ansiaba. Y así, como suceden las cosas cuando estas deben ocurrir, sin explicación pero por algún motivo justificado, William no se lo pensó dos veces y marcó en su móvil el número que aparecía junto al nombre de Claudia Vargas en un papel que había suelto justo en esa página de la agenda donde aparecía Sonia Eleudas.

—¿Diga? —respondió una voz femenina al otro lado.

—Me gustaría hablar con Sonia Eleudas —dijo William probando suerte.

—¿Quién la llama y qué desea? —respondió Claudia.

Unas horas antes de que Claudia recibiera la llamada telefónica que le cambiaría la vida, se encontraba de nuevo en la tercera planta buscando algo que explicara el porqué del rumbo que siguió su padre hasta convertirse en quien era.

Entre cajas y cajas solo encontraba más de lo mismo. Borradores de cartas de venganzas resueltas que despertaban aún más su incertidumbre. Escondida entre el resto de trastos y cubierta por una gruesa capa de polvo, estaba una carpeta de cartulina de color azul oscuro. La limpió por encima y la abrió. La primera imagen que encontró fue una fotografía de una mujer parecida a ella, aunque mayor. Semejante a la mujer de su sueño, pelirroja y esbelta, sonriente y serena. Llevaba el pelo recogido en una larga coleta que unía los tirabuzones en uno solo y que dejaba caer libremente por delante de su hombro derecho. Sus ojos oscuros eran diferentes de los de Claudia, pero iguales que los de la mujer que vio en su sueño. Se sorprendió a sí misma con las mejillas humedecidas por las lágrimas. Era la primera vez que veía una foto de su madre y lo cierto era que nunca le había preocupado hasta ahora. El resto de papeles que contenía la carpeta eran las cartas que ella le había escrito a su padre, que las guardó en secreto hasta su muerte. Y por último, un sobre roto y amarillento se ocultaba tras la solapa de la carpeta azul. Lo abrió esperando encontrar otra carta quizás más íntima u otras fotos más personales, pero lo que había dentro no era algo que hubiese podido esperar. Era el certificado de defunción de su madre, Carolina Ruiz Flores, firmado por el ginecólogo que la atendió en el parto donde perdió la vida. Era el doctor Agustín Sáez. Agustín Sáez, se repitió a sí misma e intentó borrar las ideas que tomaban forma en su cabeza. Tras unos minutos en los que se quedó paralizada, decidió llamar a Teresa, la pareja de su padre.

—Hola. Soy Claudia, Claudia Vargas.

—Sé perfectamente quién eres, hija. Ya era hora de que me llamas —dijo Teresa con la típica voz de una persona triste y desencantada con la vida.

—Me gustaría hablar de mi padre. He estado mirando las cajas que trajiste cuando él murió y he encontrado cosas que me han hecho hacerme muchas preguntas y he pensado que quizás tú puedas darme algunas respuestas.

—Ven a verme cuando quieras, ya sabes donde vivo, siempre serás bien recibida en mi casa. Bueno, nuestra casa, este siempre será tu hogar.

—No quiero que te pongas melancólica. No deseo recordar de manera trágica lo que pasó. Ambas sabemos quién era mi padre, pero algo me dice que tú sabes mucho más que yo. Y de mi madre también me gustaría hablar. Él me ocultó todo sobre de ella y ahora quiero explicaciones acerca de lo que pasó. Y sobre su muerte.

—De acuerdo. Yo ya sabía que este día acabaría llegando y si te soy sincera esperaba que hubiera ocurrido antes. Ya te lo he dicho, ven cuando quieras.

—El sábado a primera hora.

—Bien. Te estaré esperando.

—Adiós.

Claudia nunca había sentido demasiado apego hacia Teresa a pesar de que su madrastra le había ofrecido siempre su cariño. En cierto modo tenía suerte de haber sentido su apoyo, aunque Claudia nunca lo hubiera apreciado. Tras colgar el teléfono, este sonó. No reconocía el número.

Respondió.

—¿Diga? —dijo Claudia.

—Me gustaría hablar con Sonia Eleudas, por favor — dijo una voz joven con acento claramente inglés.

—¿Quién la llama y qué desea?

—Me gustaría encargarle un trabajo —respondió la voz, temblorosa y cargada de inseguridad.

—¿De qué se trata?

—Quisiera que desapareciera una persona que se está interponiendo entre mi chica y yo...

—No quiero detalles. —Ya se había acercado más de lo que debería a Manuel y se le estaba haciendo cuesta arriba acabar con esa vida. Quizás eso le facilitaba la ejecución del trabajo, pero su conciencia comenzaba a despertarse y en esta ocasión evitaría conocer los aspectos personales —. Dígame el nombre y sus datos de contacto. Yo le facilitaré un número de cuenta donde hacer el primer ingreso. Una vez hecho el pago me encargaré de hacer lo que me pide.

—Se trata de Víctor Sáez. Es pediatra en el hospital materno infantil de Granada.

Las palabras se clavaron en el pecho de Claudia como la peor daga envenenada que pudiera atravesarle el corazón.

—... Ahora mismo tengo otro trabajo y no sé cuándo podré hacerlo—dijo Claudia.

—Lo necesito ya —respondió la voz masculina al otro lado del teléfono.

—Ya le he dicho que ahora mismo me resulta imposible.

Tendrá que esperar.

—Mire, acabo de averiguar que su nombre es Claudia Vargas. Sé también que ha cometido un asesinato en Torrenueva hace poco. Tiene que matar a Víctor Sáez o acabará entre rejas.

¿Habría dado con ella a través de Evarista? Ella sabía su verdadero nombre. En ese caso ella también iría a la cárcel si la delataba. A lo mejor era un amigo de Rodrigo el okupa, que había estado investigando su muerte. Quizás dejó pistas en la casa de Torrenueva y el mecánico la podría reconocer. Millones de dudas asaltaron a Claudia que se quedó sin habla. Había dejado cabos sueltos.

—¿No dices nada? —preguntó el chico, que comenzó a tutearla—. Mañana mismo ingresaré los cinco mil euros en tu cuenta.

—No le he dicho cuánto tiene que pagarme ni tampoco le facilitaré el número de cuenta.

—Ya te he dicho que sé muchas cosas de ti, Claudia Vargas. Tras pronunciar esas palabras la línea se cortó. No podía matar a Víctor, pero no podía ni siquiera pensar en el hecho de ser juzgada por todos los crímenes que tenía a sus espaldas. Acabaría en la cárcel, muriendo despacio al respirar el aire envenenado que emanaba de las húmedas paredes de su celda. ¿Víctor se estaba interponiendo entre el chico de la llamada y su novia? Había otra mujer en la vida de Víctor y a pesar de haber sospechado que eso podría suceder, se desmoronó ante un desamor que pedía a voces ser salvado.

19 de Mayo de 2016

Me he vestido sin saber qué ropa estaba escogiendo, me he peinado sin mirarme al espejo, me he lavado la cara con agua tibia y he salido a la calle sin haber tomado ni siquiera un café. Me siento prisionera de unas contradicciones que me impiden sentirme libre.

De camino al estudio de radio recibí un mensaje de Víctor que ni me molesté en leer. Preferí llamarle.

—¿Tienes la maleta preparada?

—¿Qué maleta? —dije.

—Claudia, nos vamos esta noche a Cazorla. Tengo el hotel reservado y unas cuantas sorpresas más —me respondió con entusiasmo.

—Lo siento, no puedo ir. Había olvidado decírtelo, pero tenía planes.

—¿Qué planes? Pensaba que ya estaba más que hablado.

—No. De todas formas, no pierdas el viaje, vete tú con algún amigo. O con alguna amiga.

—Con quien quiero ir es contigo.

—Sé que hay alguien más. Ve con ella. Tú y yo nunca nos prometimos lealtad, supongo. —No pude callármelo. Necesitaba escuchar que todo era mentira, aun a sabiendas de que nada de lo que dijera fuera cierto.

—No hay nadie más, ¿de dónde te has sacado esa tontería? No seas así. Te recojo esta tarde a las seis en punto.

—Ya te he dicho que no puedo.

—¿No me crees? Yo solo quiero estar contigo.

—No te creo. Pero además de eso, mañana he quedado con Teresa, la mujer de mi padre.

—Bueno, yo lo he intentado. Haz lo que te dé la gana. Víctor me colgó enfadado. Sus palabras me habían aliviado, aunque no solucionaban nada, al contrario.

Llegué antes de tiempo al estudio para hablar un rato con Manuel. Conocer los problemas de otros me hacía olvidar los míos.

—¿Cómo estás hoy? —le pregunté.

—Tengo que contarte algo, pero mejor cuando salgamos, si te parece bien. Te espero a que termines y te invito a una cerveza. —Aturdida por el repentino cambio me adapté a las nuevas circunstancias.

—Vale, pero esta vez el sitio lo elijo yo, si no te importa

—dije bromeando.

Manuel parecía una persona diferente. Se veía que la felicidad le había devuelto un pedacito de la vida que alguien le había robado. Tras grabar el programa, fuimos al bar de unos amigos. Estaba en la calle Sol, que paradójicamente siempre me había parecido oscura y sin interés. Impaciente por conocer qué le pasaba, le metí prisa:

—Bueno, dime, ¿qué te tiene tan contento?

—¿Recuerdas lo que te conté sobre mi suegra?

—Claro, cómo iba a olvidarlo.

—Pues deberías —me dijo sonriente.

—¿Cómo dices?

—Que lo olvides todo. Pero todo, todo. Voy a ser papá. Sentir la felicidad de mi nuevo amigo me hizo creer que

la vida era más valiosa de lo que pensaba, y decidí en ese mismo instante que Manuel no debía morir. No se lo merecía.

—¿No dices nada? —inquirió Manuel.

—Me alegro por ti —respondí paralizada—, ¿y tu suegra lo sabe?

—Aún no.

—¿Puedo darte un consejo?

—Claro, dime. Me ayudó mucho el otro día hablar contigo. Me alegra haberte conocido. — Impactada por sus palabras y por cómo había dado la vuelta a una situación que él desconocía, sentí como se humedecían mis ojos. Hacía años que había aprendido a ocultar mis lágrimas y esta vez lo logré, pero dejaron un regusto amargo en la garganta que me dejó sin habla—. ¿Y bien? Dime lo que querías decirme.

—No se lo digas a tu suegra y vete con tu mujer a otra ciudad, lejos de ella. Esa mujer solo te aportará infelicidad.

—Pero que cosas dices, Claudia. Mi vida está aquí.

—Te aseguro que no.

En esta ciudad le espera la muerte, una muerte que no podría evitar si continuaba cerca de mí.

Era viernes por la noche y William había decidido cocinar para Sofía algo especial. Pasó toda la tarde preparando *sushi* y colocándolo artísticamente en una bandeja. Compró una botella de vino para acompañar aquel momento que sería mágico.

Ella volvió del trabajo cansada, deseando tumbarse en la cama y dormir hasta el día siguiente. Entró en la casa de su compañero arrastrando los pies y con un humor gris y apático, pero el aroma a vainilla la despertó de ese estado y vio con asombro cómo las velas iluminaban con luz tenue el camino que la llevaba hasta la mesa del salón. William la miró a la espera de una señal que le indicara que aquel esfuerzo había merecido la pena. Ella sonrió con la tristeza instaurada en sus ojos y le abrazó como solo se puede abrazar a un amigo.

—¡Me encanta! —Y le besó suavemente mientras cerraba los párpados, recreando la imagen de Víctor. Ella le preparó una cena así al que fue su amante tiempo atrás poniendo todo su amor en cada detalle.

—Siéntate, debes estar cansada, cariño.

A Sofía no le gustó que le hablara así, dando por hecho que entre ellos existía una relación que no era real, sin embargo, no le dijo nada. Intentó disfrutar del momento y saborear cada bocado sin pensar.

—Para mí es un placer regalarte momentos como este. Sofía... —de repente se puso serio, como si fuera a decir algo importante.

—No, no digas nada, por favor. Yo sigo igual que antes.

—¿Igual, igual?

—Sí.

Por primera vez no le importó ese rechazo, porque en poco tiempo Sofía sería únicamente para él. Cenaron tranquilos, cada uno con sus pensamientos ocupando su mente y el silencio reinando en la casa. Cuando terminaron, ella se fue a la cama besándolo de nuevo. Él saboreó el beso y le dio las buenas noches. Recogió la mesa despacio y con cuidado. Fregó los platos y limpió la cocina. Cuando todo estuvo perfecto hizo una llamada telefónica:

—Mañana a primera hora comprueba tu cuenta bancaria, habrá crecido sustancialmente. A ver si así te das más prisa.

—Ya te he dicho que no puedo aún, quizás más adelante

—respondió Claudia al otro lado del teléfono.

—Y yo te he dicho que lo necesito ya. Te la estás jugando, Claudia Vargas.

Tras dos minutos de silencio absoluto ella dijo:

—De acuerdo, lo haré.

—Así me gusta, señorita, así me gusta.

William colgó visionando el triunfo futuro. Víctor dejaría de ser un problema para Sofía, desaparecería de sus objetivos y acabaría por olvidarle. Y allí estaría él para consolarla.

Mientras tanto, en el cuarto Sofía no podía dormir. Estaba muy cansada y su mente viajaba en busca de un amor inventado e imposible. Con el móvil entre las manos accedió a la galería de imágenes y observó lentamente las fotos que tenía junto a Víctor. Sin poder contenerse le llamó, esta vez con número oculto.

—Soy yo.

—Tú. Otra vez tú —dijo Víctor con tono claramente molesto.

—Te echo tanto de menos. Por favor, quiero verte —su- plicó, insegura y atemorizada por un nuevo rechazo.

—No, ya sabes que no puedo darte lo que me pides, no me molestes más.

—No me cuelgues, ¡espera!

—Qué quieres.

—Me siento hundida, quiero que hablemos. Hablar contigo me relaja, me hace sentir yo misma de nuevo. Te prometo que no intentaré nada, no me hagas rogarte más que empiezo a sentirme ridícula.

—Bueno, vale. Se me han chafado los planes del fin de semana así que supongo que mañana podríamos comer juntos, donde siempre.

—De acuerdo, hasta mañana entonces —respondió ella, satisfecha por fin.

Solo unos minutos después de colgar, Sofia se quedó dormida plácidamente, deseando que las horas pasaran rápido para volver a verlo.

El sábado por la mañana amaneció con el cielo despejado. Un sol dorado iluminaba las calles del centro de Granada que ya, desde temprano, estaban abarrotadas. Claudia madrugó mucho aquel día y con un ápice de desconfianza salió de casa.

Teresa vivía en Capileira, un pequeño pueblo alpujarreño que parecía encantado; cuando los turistas lo visitaban se sentían protagonistas de un cuento de hadas. Claudia llegó pasadas las diez y media. Al salir del coche sintió el aire frío que contrastaba con el calor que había dejado atrás en la ciudad. Miró a su alrededor y de inmediato los recuerdos la invadieron. Allí había pasado su padre sus últimos años, cuando la enfermedad le impidió seguir trabajando y tomó la decisión de perderse en un paraíso terrenal. Paseó un rato por las estrechas calles del pueblo, respirando su aroma y sintiendo que nada era tan importante como para robarle aquel momento que era solo para ella.

Cuando decidió que estaba preparada, caminó hasta la casa de Teresa, junto a la Plaza de la Iglesia. Parecía recién pintada, la puerta de madera era probablemente nueva y las ventanas y el balcón estaban decorados con flores de todos los colores. Llamó al timbre y Teresa abrió de inmediato. Parecía que estaba esperándola junto a la puerta.

—¡Qué alegría verte! Estás guapísima.

Teresa la abrazó con la ternura de una madre, mientras Claudia se mantenía erguida sin devolverle el gesto.

La casa por dentro no concordaba con el aspecto que tenía por fuera. Era un lugar oscuro y frío. Los muros gruesos eran irregulares y las manchas de humedad no pasaban desapercibidas. Tras atravesar el recibidor y llegar a la sala de estar, la oscuridad se hizo más intensa. Era una habitación sin ventanas y tan solo una tenue luz amarillenta iluminaba el viejo sofá y la mesa camilla.

—Siéntate, hija.

—No me llames así. Nunca me gustó. Ni siquiera mi padre me llamaba hija —recordó Claudia pronunciando sus pensamientos en voz alta.

—Como quieras. —Teresa, visiblemente molesta, torció la boca en un gesto de desaprobación.

—¿Es cierto que mi madre murió al dar a luz? —Intentando alargar aquella situación lo mínimo posible, fue directa al grano.

—Sí —respondió Teresa escuetamente.

—¿Qué pasó?

—Tu padre no me habló mucho del tema.

—Pero tengo la sensación de que sabes todo lo que necesito saber. ¿Por qué murió?

—Tu madre ingresó en el hospital en su séptimo mes de embarazo con preclampsia. Estuvo dos días hospitalizada y la mandaron a casa recomendándole únicamente reposo. Solo una semana después volvió a ingresar y esta vez para no salir de allí viva. Tenía convulsiones cuando la ambulancia llegó a la casa de tus padres. Cuando quisieron hacer algo por ella solo les quedó practicarle una cesárea y salvarte a ti. Tu madre murió sin ni siquiera haberte visto la carita. Tu padre siempre creyó que si el médico la hubiera dejado en observación cuando ingresó la primera vez, ella no habría muerto. Siempre culpó al doctor Sáez por ello.

—Agustín Sáez —musitó Claudia.

—Sí, Agustín Sáez —repitió Teresa.

Tantos años la unían a Víctor y apenas sabía que había estudiado medicina por seguir los pasos de su padre, pero lo cierto era que nunca le había preguntado mucho más acerca de él. Víctor le había dicho que murió después de darle unas fiebres graves que le tuvieron en cama dos semanas. Fue después de pasar su último verano en Guinea con una ONG.

—¿Y mi padre?

—¿Qué quieres saber de tu padre?

—¿Tuvo algo que ver con la muerte de Agustín Sáez?

—¿Qué más hubiera querido él! Así empezó todo, cielo. No creo que a tu padre le hubiera gustado que te contara esto, pero llevo pensando tener esta conversación contigo desde que él murió. Nunca me pareció justo que desconocieras la historia, ni que te cargara a ti con sus fantasmas.

El silencio reinó en la sala de estar mientras Teresa abría la cajetilla de tabaco y se encendía un cigarro. El humo inundó por completo el aire fresco que antes las separaba y la neblina creó entre ellas aún más distancia.

—Claudia, tú eres quien eres por culpa de tu padre.

—No me conoces en absoluto, Teresa.

—¿Eso crees? Conozco tu frialdad y tu desencanto por la vida. Tu negatividad y tu pasividad frente a los sucesos inesperados. Conozco la desconfianza que sientes ante la gente y el disfraz que te puso tu padre al nacer que te hizo ser tan seria y tan arisca. Nunca has sentido amor por nadie y permíteme que dude si lo sentiste alguna vez incluso por tu padre. Nunca te habías enamorado y algo me dice que ahora lo estás. Por eso has venido, para buscar explicaciones.

—He venido porque encontré las cartas y otros papeles que pertenecieron a mi padre. También he encontrado una foto de mi madre y necesito respuestas.

—¿Justo ahora? ¿Qué te ha pasado? ¿Qué ha ocurrido en tu vida? Tus ojos ya no son tan distantes. Tu cuerpo sigue rígido y tienes esa postura tuya forzada que te hace parecer una estatua. Y no es culpa tuya, te hicieron así. Pero ahora tu mirada es profunda, inquieta y viva.

—No he venido aquí a que me psicoanalices. Si no quieres ayudarme, me voy de aquí, siempre he sabido arreglármelas yo sola. —Se levantó con el corazón en un puño. Lo hizo despacio, esperando a que Teresa la detuviera.

—Si quisieras irte te habrías ido hace ya un rato. Anda, siéntate. Voy a traerte una taza de café y te cuento tranquilamente todo lo que debes saber.

Claudia agachó la cabeza y sintió que por primera vez en su vida estaba en casa. Esperaba impaciente a que Teresa volviera de la cocina y continuara la conversación que necesitaba para poder seguir adelante. Esta sirvió el desayuno en una bandeja metálica, descolorida por el tiempo y probablemente por un mal uso.

—No tengo hambre, gracias.

—Tienes que comer, que estás muy flaca. Además, hice ayer una mermelada de tomate para chuparse los dedos. Pruébala. —Untó dos tostadas con mantequilla y las sirvió en dos platos, uno para cada una. Luego sirvió la mermelada en dos cuencos y los colocó junto a las rebanadas de pan.

—Venga, come.

Claudia le dio un bocado al pan recién tostado con la mermelada. En unos segundos su estómago le pidió más. El olor a café recién hecho y el sabor de las tostadas le abrió el apetito.

—Bueno, ¿por dónde íbamos?

—¿Qué tuvo que ver mi padre con la muerte de Agustín Sáez? —preguntó con la boca llena.

—Como te dije antes, nada. Tu padre pretendía matarlo cuando el doctor hubiera vuelto de

Guinea. Nunca antes había cometido ningún asesinato, pero perder a su mujer le hizo perder también la cabeza. Quería vengar la muerte de tu madre y organizó un plan para matar al doctor Sáez a la vuelta de su viaje, pero se encontró con que esa enfermedad tan mala lo mató primero. Y no se quedó en paz con esa muerte.

—Y así empezó todo.

—Sí. Conocía a varias personas que también habían perdido a familiares por lo que ellos creían que eran negligencias médicas en las que no se había hecho justicia, y desde el anonimato se puso en contacto para ofrecerles lo que acabó siendo un negocio.

—Y comenzó a matar...

—Se volvió loco, Claudia. Y a ti te convirtió en un monstruo.

—Tú se lo permitiste —la acusó.

—No, cielo. Sabes que eso fue mucho antes de conocerme...

—¿Por qué siguió matando?

—El dinero mancha a las personas de maldad. Además, nunca consideró vengada la muerte de tu madre.

—¿Y por qué me hizo a mí seguir sus pasos? ¿Por qué me hizo esto?

—Para él tú también debías vengar esa muerte injusta. Eras su hija y te manipuló a su antojo. No lo odies por eso, en realidad nunca te hiciste preguntas, nunca pusiste pegos.

—Yo no sabía que existía otro tipo de vida hasta que me fui de casa y entonces ya todo me daba igual. Como bien dices, el dinero mancha y tengo que vivir de algo.

—Ahora todo está en tus manos. Puedes hacer borrón y cuenta nueva.

—Si mi padre me hizo ser quien soy, quizás tuviera un motivo justificado.

—Nada justifica lo que hizo. El desamor lo convirtió en un asesino y a ti el amor te está devolviendo a la vida. Dime, ¿quién es él?

—El hijo de Agustín Sáez.

Claudia pronunció esas palabras con dolor en cada letra. Podía vengar definitivamente la muerte de su madre, de ella dependía hacer la justicia que su padre persiguió durante tantos años. Si Víctor moría, la pesadilla en la que nació por fin acabaría.

En casa de William el día comenzó con un nuevo despertar para Sofía. Su amigo se había ido a pasar el fin de semana a una fiesta Erasmus en un cortijo a las afueras de la ciudad. Desayunó tranquila, con la ilusión instaurada en su mente y los nervios en su corazón. Se dio un largo baño de espuma y sales, se depiló hasta el último vello de su cuerpo y se perfumó para no pasar desapercibida. Eligió un vestido poco apropiado para una comida informal, pero debía estar espectacular. De rojo, frente al espejo, se maquilló sutilmente realzando sus ojos grises y sus labios carnosos.

Cuando consideró que estaba lista, salió de casa y cogió un taxi.

Quince minutos después estaba frente a la puerta de la casa de Víctor. Llamó al timbre y tras unos segundos eternos la puerta se abrió.

—¿Qué haces aquí tan pronto? Habíamos quedado dentro de media hora —dijo Víctor, en pijama y despeinado.

—¿He llegado temprano? No me he dado cuenta de la hora que era, ¿Puedo pasar?

No esperó una respuesta y entró en el piso rozando a Víctor y besándole en la mejilla.

—Estás radiante, pensé que iríamos al bar de siempre.

—Sí, iremos allí —respondió ella con una sonrisa juguetona.

—Me ducho y nos vamos, no tardo.

—No hay prisa, tómate tu tiempo.

Sofía esperó a que Víctor entrara en el baño para comenzar a curiosear por la casa. Era un piso pequeño, oscuro y pobre en decoración. No había cuadros ni fotos, las paredes estaban completamente desnudas. Abrió un par de cajones, pero no encontró nada que despertara su interés. Se desilusionó; quizás si hubiera coincidido allí con Claudia podría haber intentado abrir una brecha entre la pareja. Sin hacer mucho ruido entró al dormitorio, que era igual de árido que el resto de la casa. Sacó de su bolso un frasco de perfume e impregnó de su aroma la almohada de la cama. Luego abrió un cajón de la mesita de noche y colocó dentro un tanga de color negro junto a la ropa interior de Víctor. Cuando dejó de oír el agua de la ducha, Sofía volvió al salón e impaciente esperó a que su ex amante saliera del baño.

Mientras tanto, Víctor intentaba alargar los minutos para retrasar lo máximo posible la cita con Sofía. No sabía por qué había aceptado aquel encuentro. No quería que hubiera tensión entre ellos, pero al mismo tiempo tampoco quería una amistad. Luego pensó que ya no podía hacer nada para remediarlo y solo le quedaba intentar disfrutar lo que pudiera del momento con la quizá se convirtiera en una amiga. Lo habían pasado bien juntos en el pasado, ¿por qué debía cambiar ahora por el hecho de que ya no se acostaban? Se vistió de manera más informal que Sofía. En esa ocasión no hacían buena pareja.

—¿Nos vamos?

—¿Ya estás listo? Es muy temprano para comer, ¿no crees?, ¿y si nos tomamos una cerveza aquí antes de salir?

—Tengo la nevera vacía —mintió—, mejor salgamos.

—Como quieras.

Pasaron en silencio hasta la Plaza de la Pescadería. Hacía un día increíble y la catedral, bañada por el sol, se imponía ante la estrecha calle que los separaba del templo. Se sentaron en la

mesa en la que habían compartido tantos momentos y por un instante Sofía creyó que nada había cambiado. Pidieron albariño, la especialidad de la casa, y un par de raciones.

—Estás muy serio y muy callado —dijo Sofía.

—Supongo que me he levantado con el pie izquierdo. Víctor no podía quitarse a Claudia de la cabeza. Lo había dejado tirado en un viaje que había preparado para ella, para los dos.

—¿Te ha pasado algo con esa amiga tuya?

—No creo que quieras hablar de esto, sobre todo si lo haces con ese “tonito”.

—Lo siento. Es raro estar aquí como siempre, pero tan distantes.

—No es como siempre, ha sido idea tuya vernos hoy y actuar como amigos.

—Nunca fuiste mío, supongo que en realidad nada ha cambiado. Tú tienes pareja, igual que antes, aunque ahora sea otra diferente. Nunca me alejé de ti por ese motivo, no entiendo por qué debo hacerlo ahora.

—Un pensamiento muy maduro, pero no me creo ese discurso tan conciliador. Espero que no me estés jugando una de las tuyas.

—Yo nunca haría nada que te perjudicara. Sabes que te quiero.

—Sofía, por favor...

—¿Qué pasa? ¿Es malo quererte? No te estoy diciendo que te odie, ni que sienta rencor por lo que pasó. Te estoy hablando de sentimientos buenos, ¿por qué iba a ser eso un problema?

—No creo que seas tan masoquista como para querer estamparte contra un muro una y otra vez.

—Eso debería de decidirlo yo. Sé lo que hay y te ofrezco mi amistad, ¿no la quieres?

—Si es sincera, la quiero.

—Lo es. Confía en mí.

—De acuerdo, pequeña.

Por un momento Sofía se arrepintió de haber dejado su rastro en el dormitorio de Víctor y se planteó si podría ser una buena idea tirar la toalla y ser solamente su amiga, pero descartó ese pensamiento al ver la sonrisa del hombre al que amaba. Al fin y al cabo en el amor y en la guerra todo vale y ella en esta guerra iba a usar sus armas.

El ambiente se fue relajando a medida que la botella de vino iba descendiendo y Víctor acabó agradeciendo aquel plan improvisado que le hizo olvidar por unas horas la distancia que Claudia había provocado, hasta que su teléfono sonó.

—¿Estás en casa? —preguntó Claudia, notablemente nerviosa.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—¿Podemos vernos?

—Voy para tu casa en quince minutos.

—Estoy llegando a la tuya.

—Salgo para allá.

Sofía no daba crédito al cambio de rumbo que había tomado la cita.

—¿Era Claudia?

—Sí y parecía preocupada. Adiós, peque. Me tengo que ir. Me ha encantado verte, espero que podamos repetirlo más a menudo.

—Repetiremos, de eso estoy segura.

Aquel domingo, Manuel Camañas no lograba olvidar la conversación con Claudia. A lo mejor tenía razón y debió haberse ido de Granada hacía años. No quería alejar a Eisa de sus familiares, pero no eran felices teniéndolos tan cerca. Mantenerse junto a aquello que te hace daño no debería justificarse con nada y Manuel lo hacía una y otra vez mentalizándose de que estar cerca de la familia de su mujer no podía ser algo tan malo. A media mañana bajó a la calle a comprar un regalo para Eisa, quizás un ramo de rosas y unos bombones, que a pesar de ser lo más clásico era un detalle que nunca había tenido. A su vuelta abrió el buzón para comprobar si había correspondencia y tan solo un sobre esperaba a ser recogido. Únicamente estaba escrito el nombre de Manuel con un rotulador negro de tinta gruesa. Cuando subió a casa, Eisa seguía dormida. Colocó las flores en agua y puso el jarrón en el centro de la mesa del salón, junto a los bombones. Luego se sentó en un sillón y en silencio observó el sobre durante unos minutos. Lo miró al trasluz. Se adivinaba un papel situado en una esquina, con muchos dobleces. Tardó un rato en decidirse a abrirlo. Cuando lo hizo y leyó su contenido, palideció y lo dejó caer al suelo en un suspiro. “En mis manos tengo el precio de tu vida. Pagarás con ella el secreto que guardas en los entresijos de tu corazón”. Era la tercera amenaza que recibía en la última semana. No le había contado nada a su esposa y cada vez le costaba más ocultarlo. No tenía ni la más mínima idea de quién podía mandarle aquellos mensajes. Solo sentía rechazo por parte de su suegra, pero la idea de que fuera ella la desechó de inmediato. Envuelto en sus pensamientos no escuchó a Eisa levantarse.

—¡Rosas y chocolate! —dijo al ver sus regalos.

—Buenos días, dormilona. —Manuel abrazó a su mujer como si hiciera tiempo que no la veía.

—Estás temblando, ¿qué te pasa?

—Estoy bien. Voy a hacerte el desayuno.

Fue a la cocina y le preparó un cuenco de cereales y un vaso de zumo de naranja.

—¿Qué es esto? —dijo Eisa al ver el papel y el sobre tirados en el suelo.

Manuel corrió para evitar que los cogiera y sobre todo que los leyera, pero llegó demasiado tarde. Ella le miró con los ojos húmedos.

—No lo sé —contestó él.

—¿Cómo que no lo sabes? Pone tu nombre —dijo Eisa con la voz trémula.

—Tranquilízate.

—¿Que me tranquilice...? ¿Cuándo la has recibido?

—Hoy.

—Llevas varios días muy raro... no es la primera carta... ¿verdad? ¿Y cuándo pensabas contármelo?

—No quería que te alterases, cariño. Anda, siéntate.

—¿De quién es? ¿Tienes una amante?

—¿Qué tonterías dices! No sé de quién puede ser, no tengo ni idea.

Y de nuevo recordó las palabras de Claudia.

—¿Y si...?

—Y si ¿qué? —preguntó Eisa impaciente.

—Llevo un tiempo pensándolo... Podríamos irnos de Granada, a donde nadie nos conozca,

donde podamos empezar de cero y construir nuestra familia.

—Pero, Manu, vamos a ser padres... necesito a mi madre...

—¿Tu madre? ¿La misma que me odia y que nos lleva haciendo la vida imposible desde que nos casamos?

—Pero ahora todo cambiará —respondió ella nada convencida.

—Sabes de sobra que no. Vámonos lejos...

Eisa no respondió y abatida se dejó caer en el sofá. Manuel se sentó junto a ella y se acurrucaron dando por finalizada aquella conversación.

Claudia esperaba impaciente en el portal de Víctor. Estaba nerviosa. Necesitaba verle y contarle lo que había estado hablando con Teresa. Echaba de menos a su amigo y por unos instantes deseó que nada de lo sucedido en las últimas semanas hubiera ocurrido en la realidad. Un sudor frío humedecía las palmas de sus manos mientras miraba cómo los segundos dibujaban una circunferencia perfecta en la esfera de su reloj de muñeca. En realidad, no sabía exactamente qué iba a contarle y mientras inventaba conversaciones y formas de comenzar su discurso apareció Víctor, con el rostro descompuesto en una expresión de preocupación. Sus miradas se clavaron y el tiempo se detuvo en unos minutos eternos. Permanecieron quietos el uno frente al otro. Él sabía que algo había ocurrido entre ellos y pese a desconocer el motivo, decidió esperar a que fuera ella quien rompiera aquella barrera invisible que ahora los separaba. Claudia le odiaba y le amaba al mismo tiempo, y mantenía la incertidumbre de no saber cómo acabaría actuando, ni si debía olvidar aquella llamada telefónica proveniente del mismísimo infierno o fingir una vez más esperando una declaración de culpabilidad de Víctor. Pero el destino decidió por ella; una voz ajena a la pareja interrumpió aquel instante de tensión.

—Víctor, te has dejado la cartera en el restaurante.

Sofía, con una sonrisa dibujada en sus labios carmín, miró a Claudia saboreando ese triunfo que tanto había deseado. Con las prisas, él había olvidado la cartera sobre la mesa y ella, que se había dado cuenta, le había dejado marchar.

—¿Sofía? ¿Otra vez Sofía? —preguntó Claudia manteniendo la calma.

—Solo hemos comido juntos, sin ninguna otra intención.

—¿Qué crees, que no te conozco?

—Pues parece que no. No me conoces en absoluto.

Sofía, mientras tanto, observaba sin borrar esa odiosa sonrisa de su rostro.

—Os dejo con vuestras cosas, solo quería devolvértela. Gracias por haberme llamado después de todo lo que pasó. Nos vemos pronto. —Sofía se acercó a Víctor y le besó en la mejilla—. Chao, Claudia.

Claudia observó cómo se llevaba en sus labios un trocito del amor que ella guardaba bajo llave. Víctor quiso reaccionar, desmentir sus palabras, desmontar aquel malicioso paripé en el que le había envuelto, pero sus palabras se esfumaron tras los rápidos pasos de Sofía.

—Sube a casa y hablemos.

—Sí, claro que tenemos que hablar. —Permanecieron en silencio hasta que Claudia encendió la mecha—. Sabía que me estabas engañando, lo que desconocía era que sería otra vez con ella. Pensaba que era agua pasada, o bueno, que nunca te importó en realidad.

—No te he engañado. Te lo prometo. Me llamó para comer y tú me habías dado plantón. No tenía nada mejor que hacer y...

—Debo suponer entonces que cada vez que no esté contigo y estés aburrido vas a llamar a esa zorra o a cualquier otra.

—No he dicho nada parecido. Estás molesta y rara desde hace unos días. Dime qué te pasa.

—Ha estado aquí, ¿verdad? Apesta a su colonia barata.

—No quiero hablar de ella más; te he dicho que no tengo nada con Sofía.

Claudia ya no le escuchaba. Fue directa al dormitorio donde el olor a perfume de mujer era

mucho más intenso. Sintió náuseas por la fuerza del aroma. Deshizo la cama para encontrar alguna prueba, entró en el cuarto de baño buscando alguna pista. Abrió el armario. Los cajones. Y con los ojos encendidos de rabia cogió entre sus manos aquel tanga de color negro. Lo único que necesitaba para tomar una decisión. Se volvió hacia Víctor y le arrojó la ropa interior de su amante.

—¿Qué excusa me vas a poner ahora? ¿Qué la invitaste a comer y se dejó las bragas?

—No sé qué hace eso ahí.

Víctor no entendía la situación y no encontraba las palabras para explicar lo inexplicable.

—Fuiste un cabrón con Helena, no sé cómo pude pensar que conmigo serías diferente. Y lo peor es que aposté por ti dejando a Helena de lado cuando en realidad era la que más me necesitaba y no tú, que te estás riendo de las dos como si todos estos años no hubieran supuesto nada en absoluto.

—No me estoy riendo, ¡joder! Hazme caso y escúchame.

Mírame, por favor.

—Ya no quiero escucharte ni mirarte. —Claudia dio media vuelta y arrastrando los pies por el suelo como si quisiera que la tierra se la tragara fue hasta la salida esperando algo que le hiciera cambiar de opinión—. Ni amarte —logró a decir en un susurro.

—No te vayas, créeme...

El portazo que los separó definitivamente hizo vibrar esas paredes, las únicas que fueron testigos de la verdad.

Claudia salió de casa de Víctor conteniendo las lágrimas. No podía permitirse volver a derrumbarse, tenía que mirar hacia delante de nuevo, continuar con su vida y enfrentarse a esos problemas que no terminaban nunca. Sus pasos siguieron un rumbo inevitable y, necesitando a su mejor amiga, decidió que Helena sería la única persona capaz de ayudarla. Mientras caminaba sus pensamientos viajaban entre la maleza por un laberinto de obstáculos que debía saltar una y otra vez para toparse de nuevo con otro aún más alto. El amor había nublado la luz y ahora comprendía por qué siempre había rechazado la idea de encontrar a alguien con quien compartir la vida. La soledad era la respuesta a todos sus problemas, sin pareja, sin amigos y por supuesto sin Víctor. Pero Claudia quería darse una última oportunidad.

—¿Quién es?

—Hola —dijo tras escuchar la voz de Helena al otro lado de la puerta—. Ábreme, por favor.

—Vete de aquí. No quiero ni verte. No sé ni cómo te has atrevido a aparecer.

—Tenemos que hablar. Sobre Víctor.

—Ya te advertí.

—No es lo que piensas. Ábreme, ¿o es que quieres que se enteren todos los vecinos?

El sonido de la llave retumbó en el silencio del portal.

Parecía que la puerta no se abría desde hacía días por el ruido desgarrador de la cerradura; lento, chirriante.

Las amigas se encontraron de nuevo. Helena continuaba con sus ojeras marcadas y sus labios presos del desengaño. Y Claudia con la mirada marcada por el desconcierto de una vida no programada.

—Anda, pasa.

—Dame tregua, al menos durante un rato.

—No debería, pero vale. ¿Quieres tomar algo?

—Agua.

—Siéntate, ahora te la traigo.

La casa de Helena estaba hecha un asco. El polvo cubría los muebles con mullido espesor. Olía a cerrado, a suciedad y a sudor. Helena se sentó junto a Claudia con un vaso de agua medio vacío que colocó sobre la mesa.

—Aquí tienes.

Pero Claudia no bebió. Le dio asco.

—Intenta olvidar un segundo lo ocurrido.

—Lo que me pides es imposible, no sé en qué mundo vives. Ah, sí, ya lo recuerdo. En el mundo de la muerte y la traición.

—Justamente de eso quiero hablarte. De muerte y de traición.

—¿Qué ha pasado esta vez? —dijo Helena sin un ápice de interés ni preocupación.

—He recibido un nuevo encargo.

—¿Y a mí qué?

—Víctor.

—¿Víctor qué? Claudia, hija, si quieres contarme algo habla. Si no vete por donde has venido.

—Me han pedido que mate a Víctor. Y la persona que lo ha hecho sabe quién soy, sabe cosas de

mí que no debería. Estoy atrapada.

—¿Te tiras a mi marido y ahora lo quieres matar? ¿Y encima me lo cuentas?

—No quiero matarlo... Necesito que me ayudes, no sé qué hacer.

—¿Se lo has contado a él?

—Claro que no. Ya no estamos juntos. Tenías razón.

—¿Sofía?

—Sí. Sofía.

Una sonrisa pareció asomar a los labios de Helena. Una sonrisa de triunfo, de satisfacción.

—Te lo dije.

—Sí, sí. Me lo dijiste. ¿Y ahora qué?

—Tú eres la profesional, a mí qué me cuentas. Mávalo, ya ves tú qué problema. Como si te importara acarrear otra muerte más a tus espaldas.

—No hablas en serio.

—Y aunque hablara en serio, no ibas a escucharme. Vienes aquí porque tu trabajo te ha desbordado. Llevo yo hablándote de mis problemas durante meses y tú ni me escuchabas. Mirabas hacia otro lado. ¿Qué pensabas? ¿Qué no me daba cuenta de que mis asuntos te importaban una mierda? Y ahora vienes aquí, a mi casa, después de haberme traicionado de todas las formas habidas y por haber, ¿a qué?, ¿a contarme gilipolleces?

—La vida de Víctor está en juego, no estoy bromeando, ni he venido aquí a perder el tiempo. Aunque yo no lo mate, alguien lo hará. Necesito que me ayudes a pensar, a decidir.

—Mi vida estaba en juego también. Mi felicidad, mi matrimonio. Y a ti te dio igual. Qué me importa a mí ahora vuestra vida. —Claudia no reconocía a Helena en sus palabras, sus gestos, su actitud—. Anda, vete. No voy a ayudarte. Ya te digo que a mí me dais igual.

Claudia la miró incrédula antes de decir:

—Ya no sé quién eres.

—Curiosas palabras viniendo de ti.

—Adiós, Helena.

—Adiós, Claudia.

24 de Mayo de 2016

Por primera vez en mi vida he decidido no matar a una de mis víctimas. Salvar la vida de Manuel Camañas se está convirtiendo en una obsesión. Me ha llamado hoy para contarme que le ha pedido a su mujer que se vayan de aquí de una vez. Al parecer las amenazas que le he enviado han surtido efecto. ¡Ya era hora! Deben huir de aquí y solo espero que no me digan a dónde van. No merece morir. ¿Y Víctor? ¿Lo merece acaso? Quizás acabar con su vida me libre de estas ataduras que me obligan a seguir los pasos de un asesino. Mi padre, que decidió vengar a mi madre, me crio como un títere a quien manejar incluso desde la tumba. Y yo me dejo hacer, como si no fuera dueña de mis movimientos más básicos, aunque mi conciencia me diga que algo no va bien. Matar a Víctor para acabar con Agustín Sáez de manera definitiva parece la solución más fácil. Matar y olvidar. Pero antes tengo que terminar de solucionar lo de Manuel. Su maldita suegra me llama a deshoras para meterme prisa. Al igual que el inglés que quiere que mate a Víctor. ¿Quién será?

Le he dejado en el buzón a Manuel los cinco mil euros que su suegra me había pagado por adelantado. Con eso podrá irse de Granada y comenzar una nueva vida. Otro anónimo que le desconcertará pero que será la balsa que le salve de este naufragio.

Cómo he podido cambiar tanto en tan poco tiempo. Cómo estos días han podido transformarme hasta convertirme en quien soy hoy. No entiendo su crueldad. Cómo las agujas del reloj pueden clavarse en el corazón tan rítmicamente, sin cansarse, eternas. Un dolor agudo, un ahogo constante que martillea incesante este cuerpo que se pudre. ¿Y qué me queda ahora? Quisiera huir también como Manuel. Allí donde nadie me encuentre. Donde nunca he existido y donde no soy yo. Quizás deba hacer eso, desaparecer.

Pero la presencia de mi padre me desquicia. Oigo su voz y siento su odio deambular por la casa, ese odio que instauró en mis entrañas cuando aparecí en este mundo invisible en el que vivo y que ahora se adueña de mis manos para jugar a ser Dios. Ese hombre que por amor sacrificó su vida y la mía y me condenó a esta encrucijada en la que el amor es el protagonista. Un amor que me quema el pecho y aviva este odio genético que no comprendo.

Los ojos de Víctor parecían sinceros, ¿pero acaso no creía Helena también en ellos? Es su mirada la que me desconcierta, la que me atrapa. ¿Y si es sincero? ¿Y si... de verdad me quisiera? ¿A mí? ¿Quién iba a quererme a mí?

Cuando el sol pintaba de color naranja la ciudad de Granada, Sofía regresaba a casa de William con la sensación de haber ganado una gran batalla. Su sonrisa imborrable hacía imposible no fijarse en ella. El inglés se acercó a besarla instintivamente con ese impulso insaciable que sentía con solo verla. Ella, por supuesto, se dejó besar y paseó sus manos por la piel de él con fuerza y con una pasión enfermiza que hizo que su amante se despegara de aquel cuerpo imantado.

—¿Por qué estás así?

—¿Así cómo?

—Tan... impresionante. Tan segura. Tan receptiva...

—Empiezo a pensar que la vida puede sonreírme de vez en cuando.

—¿Te ha ocurrido algo?

—Puede, pero ¿de verdad quieres hablar ahora?

William la rodeó con sus brazos y cuando creyó que todo estaba empezando a cambiar, el móvil de Sofía sonó. Ella no esperó a escuchar el segundo tono, lo cogió de inmediato al ver el nombre de Víctor en la pantalla.

—Ven a verme, Sofía, ven ya.

No le dio margen a la negativa, colgó el teléfono.

—Tengo que irme, me ha surgido un... pequeño imprevisto.

—Era él, ¿no?

—Sí, es él. Siempre ha sido él.

Cuando la puerta se cerró de nuevo dejando marchar tras ella a la única persona de su vida, William decidió que sus planes estaban tardando demasiado en llegar. Marcó el número de teléfono de quien aún no había obtenido ningún fruto.

—¿Diga? —respondió Claudia con una voz que no la caracterizaba, como dormida u olvidada.

—Víctor Sáez sigue vivo.

—Ya le dije que no estaba en mi mejor momento. Todo a su tiempo.

—Le pagaré tres veces más, pero necesito que lo haga ya. Le ingresaré hoy mismo el dinero que haga falta si me asegura que mañana el doctor Sáez no estará en este mundo.

—Estás cosas no se hacen de la noche a la mañana. Primero tengo que saber más cosas de él, estoy trabajando en esto. No crea que le tengo olvidado. Por lo que sé hoy ha estado comiendo con una chica, una tal Sofía... ¿le dice algo ese nombre?

—No juegue conmigo a los detectives. No quiero que vuelva a ver a mi chica y ahora mismo están juntos de nuevo, ¿sabía acaso eso? Así que hágame el favor y acabe con esto—. Un largo silencio viajó a través de la línea telefónica mientras Claudia ahogaba en un suspiro una lágrima envenenada. —O puede acabar muy mal para usted, Claudia Vargas. ¿Sigue ahí?

—Dentro de veinticuatro horas Víctor Sáez estará muerto.

—Eso espero.

William se sentó con calma, encendió un cigarro y esperó pacientemente a que el humo consumiera esas interminables horas.

Si con solo cerrar los ojos se pudiera cambiar el mundo como cada noche en los sueños, Helena borraría sus recuerdos de toda una vida para volver a comenzar de nuevo. Pero, para su desgracia, tenía que convivir con ellos en medio de aquella podredumbre en la que se había convertido su casa. ¿Cuánto tiempo duraría esa sensación de vacío?, pensó. Si el tiempo lo curaba todo, no entendía por qué para ella el tiempo actuaba como un puñal que se clavaba en su pecho, cada día más y más profundamente. Y la herida que nunca cicatrizaba protagonizaba sus días, dejándola presa en su propia casa.

Aún pensaba en Víctor, en los años que pasaron juntos y en los que creyó que la felicidad había sido inventada para ellos, una felicidad que ahora se reía de ella con los nombres de otras mujeres. Sofía, Claudia y seguro que muchas. Le seguía queriendo a pesar del dolor continuo y palpitante. Deseaba su regreso cada segundo, observando la puerta durante horas, esperando a que el sonido de la llave rompiera aquel silencio que vibraba en su infierno de basura e intenso hedor. Nada volvería a ser lo que fue y nada cambiaría si seguía sentada en su sillón dejando pasar las horas.

La visita de Claudia no la sorprendió, en cierto modo la estaba esperando. La conocía perfectamente a pesar de las sorpresas que a veces te dan las personas a las que crees querer. Habían sido amigas durante años y, aunque el amor y los celos te nublan los sentidos, su esencia seguía siendo la misma.

—Sabía que volverías.

—De veras que lo siento.

—Eso ya me lo dijiste.

Claudia no sabía cómo empezar la conversación, ni cómo decirle aquello que había ido a contarle. Había tomado una decisión y necesitaba que Helena la ayudara, aunque sabía que lo tenía difícil.

—Víctor nos ha hecho mucho daño a las dos. Ha jugado con nosotras y me ha puesto en contra de ti desde el principio, desde que me confió lo de Sofía y me hizo ocultártelo. Desde ese momento comenzó a separarnos y a abrir esta brecha entre nosotras que ahora parece incurable.

—Es incurable.

—Tenemos que unirnos de nuevo y luchar juntas. Luchar contra el hombre que te ha hecho ser quien eres ahora.

—¿Te miras al espejo cada mañana? Estás irreconocible. Y mira la casa, ¿no te da asco vivir en estas condiciones?

Helena miró a su alrededor. Vio cómo el polvo decoraba sus muebles y cómo las pelusas del suelo daban tumbos de un lado para otro. Luego miró hacia sus pies descalzos. Observándose a sí misma, vio unas piernas desnudas que hacía semanas que no depilaba. Se puso las manos frente a los ojos y vio cómo las uñas tenían incrustada una sustancia negruzca.

—Lo que no entiendo es cómo te dejan trabajar en esas condiciones.

—No estoy trabajando. Me echaron.

—¿Y acaso te preguntas por qué? Date una ducha, por favor. Te espero aquí.

Helena miró a Claudia con una sensación de tristeza que se desbordaba por sus ojos marchitos. Sin pronunciar una respuesta arrastró sus pies hacia el baño llevándose consigo una parte del

desorden de su vida. A su vez, el agua arrastró sus miedos por unos minutos y le hizo abrir los ojos y asomarse al precipicio frente al que se había detenido meses atrás. Ahora observó esa caída a la que tenía que enfrentarse con la ayuda de un paracaídas para que el golpe doliera lo menos posible. Pero sí, tenía que saltar. Tenía que volar. Mientras tanto, Claudia intentó poner en orden la casa.

Fue a la cocina y aguantándose las náuseas subió las persianas y abrió las ventanas para airear aquel ambiente cargado y denso. Lavó el cubo de la fregona unas cuantas veces y limpió el suelo. Cuando Helena salió del cuarto de baño la casa parecía otra, aunque fuera solo por el cambio de luz y el aire renovado.

—Así estás mucho mejor —le dijo Claudia.

—Esto no cambia nada entre tú y yo. Ni borra el dolor que me habéis causado.

—Que nos ha causado. Ha jugado con nosotras, nos ha mentado, se ha reído de nuestro matrimonio y de nuestra amistad.

—También tú.

—No, yo tenía la mente nublada. Dejé de ser yo, no sabía ni lo que hacía. Debes creerme. Pero esto tiene que acabar. Además, me gustaría contártelo todo, todo lo que ha pasado estos meses. Déjame hablarte de mis padres.

—¿Tus padres? ¿Qué tienen que ver?

—¿Me dejas que te lo cuente?

—De acuerdo. Sentémonos.

—Mejor vamos a mi casa, tengo cosas que enseñarte.

Cuando Helena volvió a salir a la calle, el sol le hizo retroceder al interior del portal. Contó hasta diez antes de levantar la cabeza y con paso firme volver a mirar hacia delante. Claudia se sentía satisfecha por haber conseguido llevarse a su amiga a su terreno, sabía que sin la ayuda de Helena no conseguiría sus propósitos y debía hacer cualquier cosa por tenerla de su lado.

El camino transcurrió en silencio, con la mirada de Claudia al frente y la de Helena al suelo. Ninguna pronunció ni una sola palabra y la tensión de aquel aire que las separaba se hacía evidente ante cualquiera que las observara. Caminaban deprisa, deseando llegar lo antes posible, para ninguna de las dos estaba siendo un momento agradable. Una vez en la calle Salamanca, Helena se paró en seco y dudó si subir o no a casa de su amiga. Seguro que allí estuvo con Víctor y podría imaginárselos en cada rincón de la casa. Cómo se desnudaban en la entrada, sin contenerse las ganas, para pasar al dormitorio. La ropa interior de su marido encima de la lámpara de la mesilla, e incluso podría escuchar los gemidos de Claudia retumbar en su cabeza. No, no podía subir.

—Creo que me voy a marchar. No ha sido buena idea venir hasta aquí. No puedo. —Quiso explicar con su mirada el sentimiento de tristeza y asco.

—Si no fuera importante no te habría hecho venir, créeme.

—Solo te pido una cosa.

—Lo que quieras.

—Cuando pase todo esto quiero que desaparezcas para siempre de mi vida.

—Helena...

—Prométemelo.

Claudia la miró sin querer responder. Pensando qué decir y sobre todo cómo decirlo.

—Sigues siendo mi mejor amiga.

—Pero tú no eres la mía.

—Espero que cambies de opinión más adelante, pero si eso es lo que quieres, desapareceré para siempre.

Helena, satisfecha, cogió las llaves de la mano de la que fue su amiga y abrió con decisión la estrecha puerta de madera. El olor la transportó a un pasado feliz, de risas y fiestas, de amistad y confianza. Volvió a aquellas noches en vela investigando minuciosamente la manera de acabar con la vida de aquellas víctimas sin rostro que hoy le acuchillaban el alma. A pesar de eso, sonrió por aquellos años de felicidad amarga que aún hoy seguían formando parte de su vida y de la que no lograba desprenderse.

—Subamos a la tercera planta —dijo Claudia.

—¿Qué hay allí? Pensaba que lo usabas como trastero.

—Sí, y en medio de todos esos trastos he encontrado mis raíces.

El desorden del ático contrastaba con el resto de la casa. La luz se colaba por la pequeña ventana del techo dando una calidez tenue. Las cajas desparramadas por el suelo y los papeles amontonados en diversos bloques dispares desconcertaron a Helena. Claudia, que sabía exactamente dónde estaba colocado cada documento y cada caja, se sentó en el suelo y eligió aquellos que quería mostrarle, y uno a uno se los iba entregando sin pronunciar una sola palabra. Cada hoja que le pasaba era una nueva expresión de sorpresa en el rostro de Helena. Abría los

ojos como si así fuera a enterarse mejor de lo que estaba leyendo o más bien devorando. Cuando acabó de analizarlos todos, volvió a empezar por el principio. Y comprendió que Claudia estaba atrapada en la tercera planta, sentada sobre su pasado y con el futuro deambulando a su alrededor.

Claudia, ansiosa y desesperada, observaba a su amiga intentando leer su mente sin éxito alguno.

—Dime algo.

—Estoy pensando.

—Pues piensa rápido.

—No creo que matar a Víctor te vaya a liberar de tus fantasmas.

—¿Ves? Me conoces mejor que nadie. Sé que nada me va a liberar, pero quizás sí a mi padre.

—Tu padre está muerto. Olvida todo esto.

—¿Cómo era Agustín? ¿Víctor te hablaba de él?

—No demasiado, la verdad. Sé lo mismo que tú, que era un hombre despegado de su familia, que vivía prácticamente en el hospital. Víctor no tenía muchos recuerdos de su padre ni tampoco un especial aprecio a su relación.

—Ojalá pudiera matarle a él.

—Eso no te devolverá a tu madre. Se te está yendo de las manos.

—¿Crees que él lo sabría? ¿Que mi madre murió por un descuido de su padre?

—¿Por qué iba a saberlo? Creo que has perdido la cabeza.

Me voy de aquí, Claudia, no cuentes conmigo.

—Iré a la cárcel si no lo hago.

—Y si lo haces también. Te acusaré de ello.

—¿Ah, sí? ¿Quién me dio el fentanilo?, ¿y la ketamina?, ¿y la insulina?, ¿y...? Te recuerdo que estamos juntas en esto.

—Ya no.

—Pues me acompañarás a la cárcel.

—Sé que no lo dices en serio.

—Haz la prueba.

Tras un tenso silencio, Helena habló al fin.

—¿Por qué no me preparas un café? Tal vez pueda ayudarme a aclarar las ideas.

Se aseguró de que Claudia bajara a la cocina, consumida por las páginas malditas que la estaban haciendo tambalearse. Y entró al despacho y fue al ordenador y entre el correo, la galería de fotos y sus artículos de la revista, encontró lo que buscaba. El diario detallado que sabía que llevaba Claudia, el diario de la vida de alguien que debería no querer recordar sus actos. Una historia de terror contada en primera persona. Las dudas de una asesina que en ocasiones parecía tener alma. Helena rebuscó en su bolso esperando encontrarlo pronto. Ahí estaba, el pendrive. Lo introdujo en la ranura del ordenador y grabó el documento que podría ser su llave hacia la libertad.

Una colilla apagada descansaba entre los dedos de Víctor. Con la mirada perdida pensaba cómo la vida se descontrola sin poder hacer nada para remediarlo. Era imposible retroceder en el tiempo, pero si pudiera hacerlo, ¿qué cambiaría? Él solo se dejaba llevar por lo que sentía, por lo que le apetecía en cada momento y no conseguía acertar qué era lo que había hecho mal, porque debemos dejarnos llevar por aquello que se desea olvidando los rencores y los reproches. No entendía por qué debía conformarse con poco si estaba a su alcance tenerlo todo. Y ahora la ambición le había dejado envuelto en esa nube de humo que le impedía ver más allá.

Sofía llamó a la puerta, feliz por fin de sentir que su objetivo estaba al alcance de su mano. Esperó impaciente durante aquel segundo eterno.

—Pasa.

—Víctor... —dijo ella mientras se abalanzaba sobre el hombre al que amaba buscando sus labios desesperada.

Se desprendió de ella bruscamente, sin pensar en sus sentimientos, dándole igual el daño que pudiera causarle e intentando mantenerse distante, como siempre debió haber hecho.

—Tú eres la culpable de lo que me ha pasado. Has destruido mi vida y, con sinceridad, no sé ni cómo lo has hecho.

Desde que te conocí todo se ha ido deshaciendo en trozos que has ido recogiendo para hacerme daño después con cada uno de ellos. Sabía que esto ocurriría, lo que no sé es cuándo te he permitido llegar tan lejos.

—Lo único que he hecho ha sido quererte —dijo ella con la mirada sumergida en el océano más profundo—. Quererte desde que mis ojos se cruzaron con los tuyos y sentir cómo el aire vibraba entre nosotros.

—Lo único que había entre tú y yo era atracción, una atracción que nos nubló y nos hizo hacer cosas que jamás debimos. Pero nada más.

—Eso no es cierto. Tú sabes la forma en la que nos amábamos entre las sábanas, cómo nuestros cuerpos se buscaban insaciables.

—Solo sexo. Jamás pensé que las consecuencias serían estas.

—Te amo. He luchado por ti...

—De una manera muy sucia. Yo quiero a Claudia. Te ofrecí mi amistad pensando que eras sincera, te abrí las puertas de mi casa y tú traicionaste mi confianza colándote en mi habitación y dejando pruebas de algo que solo está en tú cabeza. Eres una cría. Ojalá algún día te avergüences de esto. —Sofía lo miró sintiendo como su mundo se derrumbaba. Había jugado sus cartas y había saboreado la victoria, pero no contaba con que, al fin y al cabo, se recoge lo que se siembra—. Desaparece de mi vida. Desaparece para siempre. Ojalá nunca te hubiera conocido.

Las palabras de Víctor se clavaron dentro de su pecho, sufriendo ese dolor que te lleva a un mundo de oscuridad y frío en el que la piel se seca y las manos tiemblan. Un mundo de inseguridad y tortura en el que te ahogas bajo el sol y solo te sientes libre cuando hay tormenta. La expresión de su rostro cambió de golpe. Parecía otra persona porque cuando el desamor te alcanza dejas de ser tú, una máscara te suplanta y como un títere te mueves entre la gente creyendo ser invisible, pero estás preso de los ojos de esas personas que te juzgan sin verse previamente en el espejo.

Y sin más despedida que una mirada al suelo, Sofía se fue dejando atrás sus sueños,

arrastrándose hacia el fondo del océano donde William la esperaba con los brazos abiertos.

Helena salió de casa de Claudia. El terror brotaba de sus ojos. Decidida, tomó rumbo al apartamento de Víctor intentando por el camino generar un plan que acabara de una forma u otra con esta locura que comenzó muchos años atrás. Observó de lejos el portal del edificio. No estaba segura de lo que iba a hacer, pero pensándolo bien últimamente no estaba segura de nada y además no le quedaba otro remedio. Mientras estaba paralizada mirando la entrada —a un proyecto sin vuelta atrás—, vio salir de allí a Sofía llorando de forma sonora y manifestando a los cuatro vientos que su vida se quebraba. Otra vez ella. Helena sintió cómo su dolor se acentuaba removiendo esos recuerdos áridos que revoloteaban sobre su cuerpo y la acompañaban en todo momento. Cuando supo que su enemiga ya no podría verla, caminó hacia la puerta y tocó al timbre. Nadie respondió; volvió a tocar. La voz ronca de Víctor sonó a través de aquel portero automático con tono áspero y distante.

—Qué.

—Soy Helena, ¿puedo subir?

—Claro, te abro.

Subió despacio, tomando de cada escalón esa fuerza que necesitaba para enfrentarse a la situación en cuestión de unos segundos. Cuando llegó al tercero, Víctor estaba esperándola en el rellano con el rostro serio y dubitativo, con la mirada en silencio y los labios serenos.

—No te esperaba —susurró Víctor aguardando una respuesta que sabía que tardaría en llegar.

Helena entró en la casa sin aguardar a ser invitada. Rozó el cuerpo de Víctor levemente, lo suficiente para acelerar su corazón y nublarle la vista, haciéndola retroceder en el tiempo. Dejó que su olor la transportara a aquellos años de felicidad que ya ni siquiera sabía si eran reales. El recuerdo de un sueño pasado quizás, pero no quedaba nada más.

—Siéntate.

—Gracias. —Helena intentaba mantener la calma pese a que sus deseos eran retomar aquella discusión eterna que aún no era capaz de cerrar—. He visto a Sofía salir despavorida de aquí...

—Si has venido a hablar de ella, sinceramente, prefiero que te marches.

—He venido a hablarte de muchas cosas, no pienso irme. Y la primera persona de la que tenemos que hablar es de Claudia.

—Siento el daño que te hicimos, pero no veo la necesidad de seguir ahondando en esa historia, sobre todo cuando ya se ha acabado. Pasemos página.

—Escúchame, por favor.

Helena hizo una leve pausa, respiró hondo, y contó hasta tres para poder continuar.

—No he venido a hablar de tus infidelidades, ni a recordar cómo me arruinaste la vida.

—Pues para no querer hablar de eso, se te da muy bien sacar el tema.

—Déjame hablar.

—A ver, qué pasa.

—Pasa que Claudia está muy dolida contigo. Tanto que estaría dispuesta a cualquier cosa para vengarse de tu traición. —Hizo una parada para incitar la impaciencia de Víctor.

—¿Qué es cualquier cosa?

—Sabe que la has engañado a ella también con Sofía y que...

—Eso no es cierto —replicó él—, pero no me cree.

—Yo tampoco, pero ya te digo que no he venido a hablar de tus líos. Y a ella creo que ya también le da igual. Está dolida y le importas una mierda.

—Si le importo una mierda, no puede estar dolida. Dime lo que has venido a decirme, tengo prisa, esta tarde salgo para Málaga porque tengo un curso, he quedado con Lorenzo.

—¿Con Lorenzo? ¿Cómo está? —Este nombre le dio un aire fresco a la conversación.

—Pues como siempre... ¿Desde cuándo te interesa Lorenzo? Bueno, mira, me da igual. Dime de una vez qué pasa.

—Claudia tiene un trabajo entre manos que no te va a gustar ni un pelo.

—Hace tiempo que dejó de afectarme a qué se dedicaba y creía que a ti también.

—Pero esta vez es distinto.

Helena respiró profundamente de nuevo. Miró a los ojos al que había sido su gran amor y comenzó a contarle lo que Claudia le había confesado un rato antes. Le explicó lo referente a sus respectivas familias y que estaba dispuesta a todo para liberarse de aquello que la mantenía atada a esa vida. Víctor se quedó sin palabras, con la garganta seca y el miedo apoderándose de cada parte de su cuerpo. Helena intentó calmarle, le dijo que haría todo lo que estuviera en su mano para poder ayudar. No había justificación para esa muerte. No quiso alargar demasiado el momento y se despidieron con un intenso abrazo, creyendo ambos que podría ser el último y sintiendo por un momento que nada había cambiado entre ellos.

Es curioso cómo la muerte es capaz de borrar el odio que une a ciertas personas, cómo el sentimiento de pérdida sustituye a todos los demás; desbarata un mundo que parecía estable y lo transforma en una neblina en la que no se distingue ni tan siquiera el paso del tiempo.

Una vez que Helena salió a la calle, escribió un mensaje conciso a Claudia:

“Esta tarde Víctor se va a Málaga. Te recojo en una hora y vamos juntas. Será la última vez que te ayude”.

Quizás Santiago de Compostela era un lugar demasiado alejado de Granada, pero la idea de volver a aquella ciudad donde se enamoraron, a Manuel y Eisa les pareció cuanto menos emocionante. Pese a las primeras reticencias de ella, al final el romanticismo pudo convencer a un alma triste y desencantada. Recuperar la ilusión por un nuevo comienzo, la despertó de ese sueño en el que se mecía al ritmo de la nana que su madre le cantaba, la misma que amenazaba a Manuel.

Se fueron una noche en la que en el cielo solo se veían estrellas, y la Luna, oculta para quienes necesitan que la oscuridad los guíe, desaparecía tras la ciudad a la que creían que jamás volverían.

No pasarían muchos días hasta que la pareja se estableciera en Santiago. Manuel, que salvó su vida gracias a la persona cuyas manos hubieran sido responsables de su muerte, no buscó explicaciones a esas amenazas, pero en cierto modo siempre supo que quien le envió el dinero necesario para poder huir de su pesadilla fue Claudia Vargas.

Y pensando en ella cayó en la cuenta de que no se habían despedido y la llamó por teléfono para agradecerle, tan solo con el hecho de llamarla, todo lo positivo que le había ocurrido desde que la conoció.

—Claudia, ¿cómo estás?

—¡Manuel! ¡Me alegro tanto de oírte! Y, ¿tú qué?

—Yo lejos, muy lejos de Granada.

—Supe que lo harías el día que nos conocimos.

—Sí, aquel día acabaste sabiendo muchas cosas. No pudimos despedirnos, nos fuimos sin pensarlo demasiado. Me gustaría que vinieras a visitarnos dentro de un tiempo, cuando la tormenta haya pasado.

—Te diré algo... —Claudia hizo una leve pausa al otro lado del teléfono—... No quiero saber dónde os habéis ido.

—Aún no diremos a nadie donde estamos, nos sentimos más seguros así, pero más adelante, ¿por qué no?

—Más adelante sí. Entonces quizás seré yo la que huya lejos de esta ciudad.

—¿Te pasa algo?

—Nada que deba preocuparte. Sed felices. Y jamás miréis atrás.

La llamada se cortó con esas últimas palabras de Claudia, sin más explicación. Manuel no se preocupó por buscarle un sentido, hacía tiempo que su vida carecía de sentido.

La lluvia martilleaba las ventanas de aquella tercera planta abuhardillada de la calle Salamanca. Claudia, dos pisos más abajo, se despertó tras haber pasado más de once horas durmiendo. Abrió los ojos y escuchó la tormenta. Aquella mañana no tenía nada planeado y se arropó con el edredón hasta las orejas. El intenso dolor de cabeza bombeaba en su interior cada vez más y más fuerte. Las náuseas vinieron de golpe, haciéndola saltar de la cama e ir corriendo al cuarto de baño. Intentó recordar qué había ocurrido el día de antes, si había bebido o cuánto había bebido. Pero no recordaba absolutamente nada. Pasó más de media hora arrodillada junto a la taza del inodoro. Consiguió levantarse a pesar del temblor de piernas y el mareo que hacía que todo le diera vueltas. “¿Pero qué pasó ayer?”, pensó. Se sentó en el sofá que tenía en su despacho, la habitación que más cerca estaba del baño. Desde ahí, con los ojos entornados, pudo ver cómo parpadeaba la luz de encendido de su ordenador. Recordó que hacía días que no revisaba el correo electrónico ni trabajaba.

Pasaron horas hasta que volvió a despertarse de otro sueño en el que había caído sin darse cuenta. Con el cuello dolorido por la postura en el sofá, se levantó para ir a la cocina y se preparó un café que la despertaría de aquel sopor. Con la taza humeante se sentó en su escritorio y encendió la pantalla del ordenador. Se había dejado abierto el diario y a decir verdad, ya no recordaba ni qué había sido lo último que escribió. Se situó al final. La sorpresa llegó cuando vio que las anotaciones eran ¡justo! del día anterior.

27 de Mayo de 2016

Eran las dos de la tarde y el sol de Málaga calentaba mis manos sudorosas a la espera de utilizarlas para acabar con su vida. Había llegado el momento.

Los compañeros de Víctor comenzaron a salir de la Facultad de Medicina tras asistir a la primera sesión del curso de Nutrición en Pediatría. Él saldría el último como siempre; su parsimonia y perfeccionamiento en recoger sus apuntes, bolígrafos y demás enseres le hacía ir con el tiempo justo.

Atravesó la puerta diez minutos más tarde. Con la garganta áspera y el corazón desbocado me sentía incapaz de realizar mi trabajo.

Le observé sabiendo que sería la última vez. Sus ojos almendrados enmarcados por unas cejas perfectas y su barba descuidada pero estudiada hasta el último milímetro, lo convertían en el hombre más atractivo que jamás he conocido.

El amor que siento por él me paralizó los pies y creí por un segundo que no podría hacerlo. Indecisa, introduje la mano en el bolso y acaricié suavemente la pistola que él mismo me había regalado semanas atrás.

Me dejé ver unos minutos más tarde, cuando el campus estaba vacío y él caminaba solo hacia su coche. Su cuerpo se tensó y dio un paso hacia atrás. Sus ojos reflejaban el pánico; parecía prever lo que iba a suceder. “No lo hagas, por favor”, logró decir con la voz temblorosa. Me pregunté cómo podría saberlo, pero no dejé tiempo para la conversación. Aún con la mano dentro del bolso, empuñé el arma y apreté el gatillo. Vi cómo sus labios suplicaban piedad, como su mirada se desvanecía sin remedio frente a un amor descontrolado que acababa de terminar. Esos segundos eternos que transcurrieron hasta que la vida de Víctor acabó, fueron para mí también el final de una vida tortuosa y sin sentido. Me despedí de ella con un dolor que siempre formaría parte de mí, pero sabiendo que por fin era libre.

Claudia leyó aquella página varias veces. No se reconocía en esas palabras, o más bien en esos hechos. ¿Cuándo había ocurrido?

Llamó a Víctor. Tenía el móvil apagado.

Sus ojos se humedecieron de inmediato. ¿Cómo podía no recordar nada? El corazón reclamaba auxilio dentro de su pecho, la sangre bombeaba su cerebro con fuerza, causándole ese horrible dolor de cabeza que le impedía pensar con claridad.

Era imposible que su único amor ya no existiera en el mundo de los vivos. Su voz ya no se oiría, sus ojos jamás volverían a ver. Y era ella la que había matado a la única persona que estuvo a su lado sin preocuparle nada más. Pero ahora deseaba regresar a ese pasado del que siempre había querido huir. Y ahora no importaba. Ahora el mundo era otro.

Intentó hacer memoria. Su último recuerdo era de Helena. Estuvieron planeando el asesinato de Víctor el día anterior. Acudió a su casa a última hora de la tarde y trazaron exactamente ese mismo plan que describía en el diario. Pero no podía ser real. No podía estar sucediendo.

Llamó a Helena. También tenía el teléfono apagado. Pasaron minutos, horas, pero Claudia seguía bloqueada.

Intentaba buscar una repuesta, aunque su mente borraba cualquier pensamiento lógico que pudiera aparecer. ¿Cómo podía siquiera haberse planteado matar al hombre al que amaba? ¿Cómo podía no haber marcha atrás?

Sonó su móvil. Un mensaje de Helena.

“Jamás te perdonaré que me hayas hecho cómplice de esta muerte. No vuelvas a llamarme”.

Claudia ignoró su petición y la llamó, pero su amiga había apagado el teléfono de nuevo.

Había ocurrido de verdad. No era producto de su imaginación. No era un mal sueño. El peso de cada una de las muertes de las que había sido responsable se hizo de repente insoportable. Empezó a sentir el dolor de cada asesinato. Y presa de sus dedos, a modo de carta, comenzó a escribir a mano sobre el que sería con total seguridad su último trabajo.

No soporto respirar el aire que envuelve este mundo en el que vivo. No soporto su oxígeno ni su contaminación. Odio el fluir de la vida, el ir y venir de las personas, el transcurrir del tiempo. Este planeta que ya no es el mismo que era ayer, esta tierra marchita que yo estoy pudriendo con mi sola existencia, este amanecer que se me antoja cada día un anochecer eterno.

Ya no está él y mi alma se pierde entre tanto vacío. No encuentro la soledad en este infierno plagado de lagartos y campanillas. Esta muerte viviente que posee a las personas creyéndolas protagonistas de algo que ignoran, está por terminar. Ya no le encuentro sentido a los ojos tristes ni a la risa nerviosa. Ya no admiro el desdén ni la sátira. Ya no me siento viva.

Y qué orgullo es morir trabajando con estas manos asesinas. Y cómo justificar tanto terror sino haciendo justamente eso. Terror, pérdida. Ahora lo comprendo. Ahora siento cómo se puede desgarrar el alma de un cuerpo. Ahora entiendo que nada importe y que todo a la vez desaparezca, que el mundo se hunda y el cuerpo flote entre la nada siendo visible a esas miradas que se consuelan con el mal ajeno.

Y es que mis días han terminado. No puedo vivir mi vida sin la suya. No puedo respirar si no es su aire. No puedo llorar si no existen sus lágrimas.

Y todos serán testigos de la muerte que tanto ansiaban. Y ya no habrá miedo...

Solo cinco personas acudieron al entierro. Un trueno lejano anunciaba la incipiente tormenta. Qué tétrico y qué típico. Fue una muerte inesperada y aun así casi nadie lloró su pérdida. Los asistentes permanecieron serios durante la corta ceremonia de despedida. Dos de ellos se sentían culpables y se preguntaban continuamente cómo había podido acabar así un plan que tenía como objetivo salvar una vida. Una vida por otra, pero, ¿cuál valía más?

Víctor, apasionado por su trabajo, por los niños e irremediamente por la vida. Un hombre aventurero, luchador y entusiasta. Enamoradizo y mujeriego. Sensible y en ocasiones inseguro. Amigo de sus amigos, fiel a lo que ama, aunque no siempre a quien ama. Claudia, una mujer firme, segura de sí misma, fría y distante. Condenada a llevar una vida impuesta por un padre que perdió la razón a la vez que a su mujer. Extraviada entre el odio y el amor.

Ninguna vida es mejor que otra, pero ese día, en el cementerio de San José, una estaba pagando la muerte de la otra. Dejaban de estar unidas para separarse para siempre.

Helena apretaba con fuerza los puños, sosteniendo la ira que la impulsaba a soltar un grito que la liberara y que la ayudara a saltar al otro lado del abismo en el que se encontraba. Se sentía culpable. Sin su influencia esta vida no habría acabado. Que Lorenzo estuviera a su lado apenas la reconfortaba.

“... Despidámonos de esta alma inmortal, que descansará desde hoy para siempre en el reino de los cielos. Claudia Vargas, descansa en paz”.

El sacerdote abrazó a Teresa, que lloró por primera vez desde que supo que había muerto. Ella se había encargado del entierro, esperaba que la influencia de Dios ayudara a esa ánima atormentada que se debatía a las puertas del Cielo y del Infierno. Se sentía responsable; le había facilitado mucha información y posiblemente esa fue la causa que la llevó a suicidarse. Ahora siempre llevaría ese peso a sus espaldas. El dinero de la cuenta de Claudia que no se quedara hacienda, lo pensaba entregar a una ONG.

Manuel Camañas también asistió al entierro de la que se había convertido en su amiga sin saber lo que esa amistad escondía. Se enteró gracias a los compañeros de la asociación de la prensa que enviaron un *e-mail* a todos sus contactos. Se sentía en deuda y la quiso acompañar en esta despedida de la que ella nunca podría ser consciente. En cuanto el cura dio por finalizado el acto se marchó. Recordó las últimas palabras que Claudia le dijo, “Jamás mires atrás”, y pese a haber hecho una excepción acudiendo al sepelio no se arrepintió. Se fue de nuevo hacia aquel destierro que había sido su billete hacia la vida.

Y Víctor, con el ceño fruncido, pensativo, enfadado y sintiendo cómo su mundo se estaba desmoronando, contemplaba el nicho que encerraba a su amor. La cárcel que la escondería para siempre. Seguía amándola a pesar de la distancia insalvable que los separaba y deseó por unos instantes ser él el prisionero de esa caja que jamás volvería a abrirse. Cuando Helena le contó su plan, drogar a Claudia, no pensaron que estas serían las consecuencias. Creyeron que al escribir aquella muerte ficticia en el diario mientras estaba bajo efecto de la ketamina causarían como mucho su huida. Nunca pensaron que se arrepentiría de una muerte que planeaba ni que pagaría con su propia vida ese arrepentimiento y menos por un crimen que ella no había cometido.

Patricia Moreno Faya

Nace en Granada. Se licencia en Farmacia y trabaja en el Complejo Hospitalario de Granada. Realiza su primer taller de escritura en 2013 en la Escuela de Escritores de Granada-Valparaíso, donde su cuento “Reflejo” es accésit del I Certamen “Crear en Granada” e incluido en el libro *Relatos de Valparaíso* (2013). Desde 2014 a 2015 asiste al taller de escritura creativa de la Casa de Porras, de la Universidad de Granada. A lo largo de este periodo y hasta el día de hoy publica relatos en distintas revistas literarias como *Literántropos* y participa en varias antologías de relato como *Soy feliz con... Antología de microrrelatos* (2014) y *Había una vez... Antología de cuentos breves* (2015) de la editorial Letras con Arte; *Miradas de Navidad* (2014) de la editorial La Fragua del Trovador; *La Paloma. Homenaje a Frida Kahlo* (2017) y *Amor con humor se paga. Microrrelatos de amor y humor* (2017), ambas de la editorial Artificios. *La tercera planta* es su primera incursión en la novela.

Agradecimientos (Tercera edición)

A todas las personas que me apoyan, que confían en este sueño que veo cada vez más a mi alcance.

A mis amigos y a mi familia, por formar parte de mi vida, por acompañarme en la aventura.

A todos los lectores que le dais una oportunidad a mis palabras.